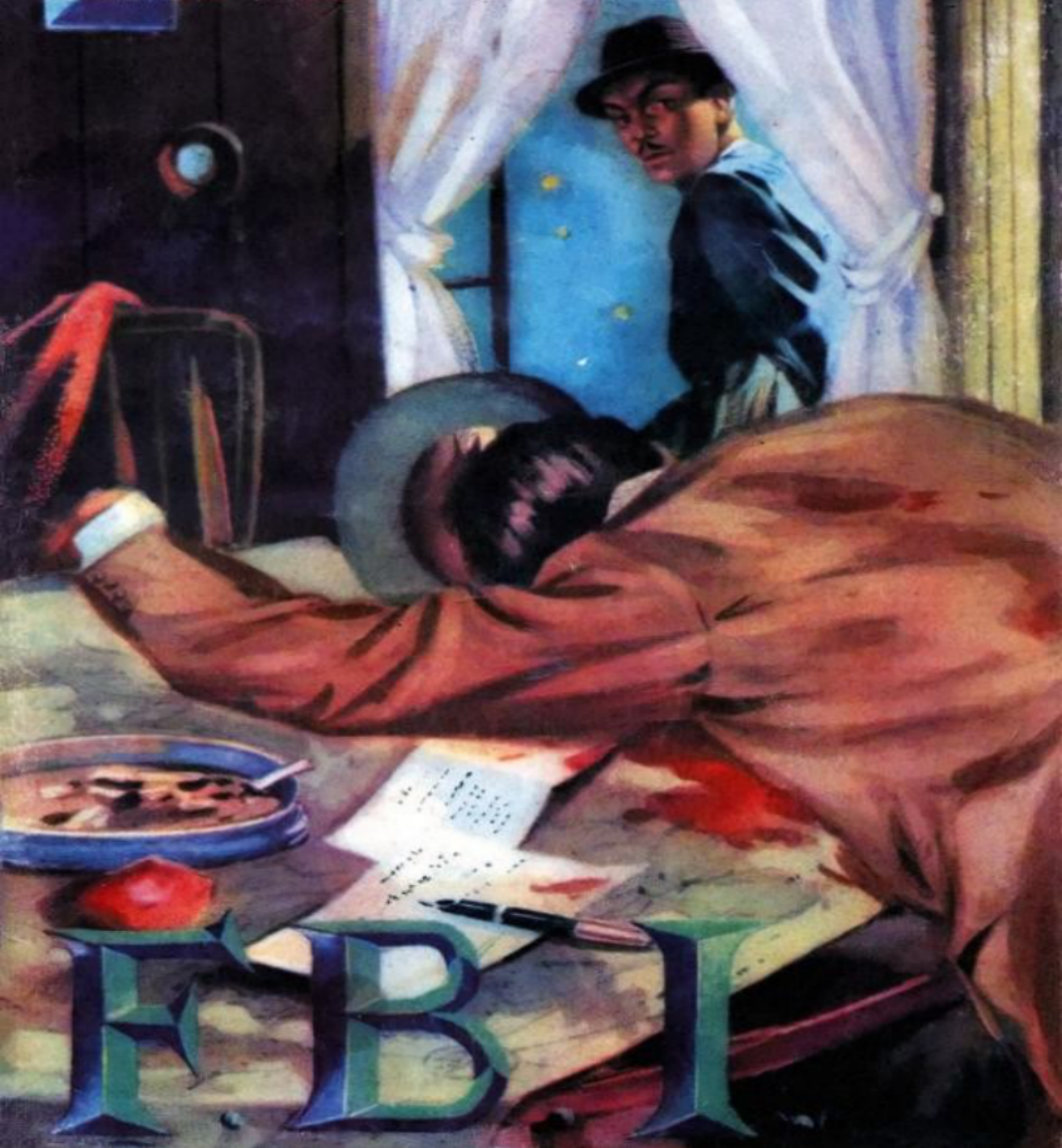


NO ESCAPARAS de MI



LEWIS HAROC



LEWIS HAROC

NO ESCAPARAS DE MI



DERECHOS RESERVADOS
Copyright by EDITORIAL ROLLAN
Madrid, 1954
PRINTED IN SPAIN



SAN BERNARDO, 68 - MADRID

Impreso en Gráficas ROLLAN.—Madrid.

COLECCION F. B. I.

OBRAS PUBLICADAS

1. ¡Culpable! (7.ª ed.) (1).
4. El cobarde (3.ª ed.) (1).
8. La ruta de la locura (2.ª edición.) (3).
11. Shanghái (3.ª ed.) (1).
18. Tragedia en Berlín (2.ª edición.) (4).
19. Alta traición (2.ª ed.) (2).
20. Terror en la Academia de Quantico (2.ª ed.) (1).
21. El delator (8).
22. Armonías de muerte (3).
23. Destinos cruzados (1).
25. Una ciudad abierta (4).
27. La muerte alada (3).
28. Doctor X (1).
30. Trampas mortales (5).
31. Contrabando funesto (3).
82. Nueva York-San Francisco (7).
34. Muerte en el Caribe (6).
35. Secuestro (5).
83. Carne de horca (4).
84. Tráfico mortal (8).
92. ¡Sabotaje! (8).
93. La marca trágica (5).
94. Misión suicida (4).
95. Lucha a muerte (5).
96. Rebelión (3).
98. Caza mayor (4).
99. La muerte falsifica dólares (15).
100. Yo, director del F. B. I. (2.ª ed.) (1).
101. De Harward a Quantico (18).
103. Tragedia en Chinatown (14).
104. Soborno (3).
105. Vida en deuda (17).
108. Contraespías (18).
109. Noches de Nueva York (5).
110. ¡Aniquilados! (19).
111. La risa sardónica (3).
112. Chantaje (4).
113. Canon de protección (20).
114. El misterio de los locos del aire (21).
115. El hombre de Witteha-pel (5).
116. Al llegar la noche (8).
117. Ciudad vertical (22).
118. Hombres y bestias (1).
119. La máscara (8).
120. Destino manda (23).
121. Sin esperanza (4).
122. La tela de araña (24).
123. Una sombra... (5).
124. Sin nada que perder (4).
125. Fidelidad, Bravura, Integridad (3).
126. La ciudad prohibida (2).
127. Fatalidad (5).
128. Escalera de color (16).
129. La muerte blanca (15).
130. Ojo siniestro (3).
131. El espectro del pasado (25).
132. Club nocturno (8).
133. Persiguiendo cadáveres (26).
134. Prisión de oro (4).
135. Pasión inmortal (1).
136. ¡Volverá O'Regan? (6).
137. Cubil de alimañas (17).
138. La aventura de Harris (3).
139. Ratas del puerto (27).
140. Billete para la eternidad (4).
141. El triunfo de los mejores (21).
142. Al final, la muerte (5).
143. La encrucijada sangrienta (28).
144. Horas eternas (3).
145. Buck «Parabellum» (17).
146. El hombre de la camelia escarlata (1).
147. Intolerancia (4).
148. Actuación extralegal (8).
149. La máscara y el rostro (29).
150. Héroes del F. B. I. (5).
151. Peligro nacional (4).
152. El Dragón de Bronce (23).
153. El profesor (3).

154. Crimenes en Reso (4).
155. La mujer sin alma (1).
156. Desafío (14).
157. La verdad de una vida (5).
158. Encrucijada (4).
159. Bajo la piel del león (25).
160. Maldad (3).
161. Injusta sentencia (12).
162. El asalto (5).
163. Pesadilla trágica (4).
164. De poder a poder (7).
165. Cuando la Patria llama (23).
166. Precinto «C» (3).
167. Un hombre (1).
168. Yo, el juez (4).
169. El capitán de su alma (5).
170. El verdugo espera... (30).
171. Fuego en la sangre (29).
172. ¡Ultimátum! (4).
173. El ángel de Harlem (5).
174. El quinto viajero (3).
175. Agente núm. 1 (4).
176. Rata acorralada (14).
177. A una carta (3).
178. Hay que saber morir (7).
179. Grita una mujer (5).
180. Cuatro deben morir (4).
181. Sublime amistad (12).
182. Disparos en la noche (32).
183. Morir no es fácil (3).
184. La silla espera (5).
185. Falsas apariencias (33).
186. Cien blancos en el targeto (81).
187. Ojos en la noche (4).
188. Problema resuelto (33).
189. El disco rojo (29).
190. Una pista en Ceylán (24).
191. La herencia de los Lawson (34).
192. La pista perdida (5).
193. Misión de guerra (15).
194. El crimen de las esmeraldas (35).
195. Muerte robada (29).
196. El agente fantasma (5).
197. Confesión (4).
198. La muerte de Loise Bernard (34).
199. Zona de ocupación (17).
200. F. B. I. contra Crimen. S. A. (1).
201. 30.000 dólares (36).
202. ¡Ni un paso atrás! (5).
203. Viaje sin final (29).
204. Pistas truncadas (37).
205. Gran Hotel (38).
206. La coartada falló (7).
207. Lydia (3).
208. El peso de la Ley (30).
209. La única oportunidad (28).
210. Aquelarre (4).
211. La muerte ronda (33).
212. Error fatal (39).
213. Hacia el abismo (7).
214. Ojos delatores (37).
215. Reportero de sucesos (4).
216. ¡Fugitivo! (40).
217. Rehabilitación (39).
218. El extraño agente (5).

AUTORES

- | | | |
|---|--|---|
| <ol style="list-style-type: none"> (1) Alf Mans. (2) Fred Baxter. (3) Frank McFair. (4) Eddie Thorny. (5) O. C. Tavin. (6) Alar Benet. (7) A. G. Murphy. (8) Lewis Haroc. (9) J. L. Martin. (10) Jack Brooklyn. (11) Thomas Settee. (12) John Nebot. (13) Thomas Wanton. (14) F. N. Grew. | <ol style="list-style-type: none"> (15) Robert Deaf. (16) Alan Carson. (17) Aliv Coriou. (18) Jack Grey. (19) Edgar Ford. (20) Andre O'Sun. (21) Fel Marty. (22) Dana Yonell. (23) Al Gallard. (24) Chester King. (25) Josep Tell. (26) Med Ryman. (27) Lou Dark. (28) Jan Hutton. | <ol style="list-style-type: none"> (29) Richard Jackson. (30) Jim Murray. (31) Sand Burl. (32) Joe Greig. (33) Bill O'Creigh. (34) Don Lassister. (35) John Est. (36) Edward Goodman. (37) Angelo de Turis. (38) Gary Belson. (39) Paul Coster. (40) Herman Teigon. |
|---|--|---|



OS dos coches se deslizaban vertiginosamente por la carretera. La luz de los faros iluminaba el camino, y los árboles, más visibles por las bandas pintadas con cal en la mitad de los troncos, desfilaban hacia atrás.

Dentro del que marchaba en primer lugar, el inspector Riley, sentado junto al conductor, mantenía los ojos obstinadamente fijos en la carretera, pensando en el momento en que se encontrase ante el escurridizo Rourke, que, seguramente, no esperaba su llegada.

La noche era fría y clara. Riley se estremeció ligeramente. Detrás de él los agentes a sus órdenes permanecían silenciosos, como si durante el corto camino hubiesen agotado todos los temas de conversación.

Los faros iluminaron de pronto un poste indicador, situado a la derecha de la carretera, cuyo extremo superior sostenía un tablón pintado de azul.

—Tome por ese camino —ordenó Riley al conductor.

Aquel no era tan bueno como la carretera. El suelo estaba cubierto de guijarros, y los baches eran frecuentes; pero ello tuvo la virtud de hacer menos monótona la marcha al despertar los comentarios de los agentes que ocupaban los coches.

Llevaban recorridas un par de millas cuando el lomo suave de una colina apareció a su vista, a la izquierda del camino.

—Apague los faros —ordenó Riley de nuevo.

El conductor lo hizo así, continuando el avance a la luz de la luna. Afortunadamente el camino no estaba asfaltado ni tenía árboles a los lados, de forma que el pálido astro nocturno suministraba claridad suficiente para seguir despacio por él.

La colina estaba cada vez más cerca. Al fin llegaron a la parte de la pendiente que se cortaba de pronto sobre el camino, en un pequeño talud, y el inspector ordenó al chofer que se detuviese a la sombra proyectada por aquel.

Cuando saltó al suelo, seguido por sus hombres, el segundo coche frenaba a su vez detrás del otro, quedando, como él, protegido por la penumbra del pequeño barranco. Cinco agentes más descendieron de él en el mayor silencio, engrosando el grupo que acababa de formarse alrededor del inspector. Este habló en voz baja y rápida.

—Según mis noticias, Rourke y sus hombres preparan un nuevo alijo para esta noche —dijo—. El punto de reunión es una pequeña casa de recreo situada detrás de esa colina. Debemos procurar llegar a ella sin ser vistos. Una vez allí les diré lo que deben hacer.

Sin la menor vacilación se encaminó hacia un estrecho sendero que partía de junto al talud. Los demás agentes le siguieron, caminando con rapidez, y en pocos segundos sus siluetas se confundieron con la sombra que se enseñoreaba de los campos.

Dejando la colina a la izquierda, el sendero serpenteaba a través de los campos cubiertos por la hierba, hasta penetrar en un estrecho valle. Poco más allá, la silenciosa procesión cruzó un rústico puentecillo de madera, que salvaba una pequeña corriente de agua, lenta y perezosa, de la cual subió hasta ellos el croar de las ranas.

—¿Estarán en la casa? —preguntó a Riley el hombre que le seguía.

—Cállese —repuso, ásperamente, aquel.

El agente apretó los labios y se maldijo a sí mismo por haber hecho la pregunta. No ignoraba la dureza que caracterizaba al inspector no solo con los delincuentes, sino con sus propios subordinados, y se llamó imbécil por haberle interpelado.

Riley siguió adelante, con las manos metidas en los bolsillos. Había estudiado el terreno durante el día y no ignoraba que no era necesario tomar precaución alguna hasta salir de la alameda que se alzaba a corta distancia de donde se encontraban.

El inspector paladeaba con delectación los minutos que precedían a la detención de Rourke. Duran te cuatro meses el forajido les había burlado, introduciendo clandestinamente en la ciudad importantes alijos de drogas; pero eso iba a terminarse aquella misma noche, dentro de escasos minutos tal vez, si sus informes eran exactos.

Rourke y su media docena de hombres, tan astutos como audaces y crueles, constituían una dolorosa espina clavada en el corazón del F. B. I., y más concretamente en el suyo. Una espina que le quitaba el sueño y le hacía rechinar los dientes de furia cada vez que recibía una escueta nota de sus superiores dándole cuenta de que persistía el tráfico de estupefacientes en el perímetro de

Chicago, y recordándole, de paso, que Rourke y sus secuaces continuaban campando por sus respetos.

El sendero bordeaba la alameda, en las copas de cuyos árboles quedaba prendida la luz de la luna, originando densas sombras. Riley se detuvo a la altura de los últimos álamos, y los agentes se agruparon a su alrededor.

—Aquella es la casa —dijo.

Se trataba de un edificio pequeño, que se confundía con la pendiente de la colina, a cuyo abrigo estaba construido. Riley explicó concisamente sus características para ordenar a continuación:

—Tres de ustedes vendrán conmigo. Los demás rodearán la casa, menos dos, que permanecerán a la puerta del jardín hasta que yo los llame. Es innecesario que les diga que no originen el menor ruido, que procuren ocultarse y que lleven las armas preparadas. O mucho me equivoco o Rourke no se rendirá sin luchar.

—¿No verán los coches, si no han llegado aún? —preguntó uno de los agentes.

Riley taladró las tinieblas con la mirada. Aunque sus subordinados no podían verle la cara, oculta por la doble sombra de los árboles y del sombrero, aplastado sobre los ojos, adivinaron que acababa de sonreír con ironía.

—No pretenda darme lecciones, muchacho —dijo, condescendiente—. Cuando usted salió del cascarón ya había incubado yo doce promociones de agentes, Rourke no entrará en el valle por ese lado. Por el otro extremo la carretera llega hasta la misma puerta de la casa.

El agente murmuró una disculpa, ahogada por las risitas de algunos de sus compañeros. Riley designó a los que habían de acompañarle, y dijo a los otros:

—No rodeen la casa hasta que nos vean penetrar en ella.

La marcha de los cuatro hombres mermó el volumen del grupo. Cuando sus siluetas se convirtieron en otras tantas movibles sombras, uno de los agentes comentó:

—Da gusto trabajar con Riley. Es suave como una tarde de abril.

—Probablemente mejorará de humor si atrapamos a Rourke —sentenció otro.

—Ni lo sueñes, chico —intervino un tercero—. El acero a su lado es mantequilla pura.

—Callaos ya y adelante.

El edificio estaba completamente a oscuras. En sus ventanas no brillaba una sola luz y se diría que estaba deshabitado o que sus

moradores se entregaban al descansó.

Riley y los tres agentes que le acompañaban llegaron ante la puerta del jardín, constatando que estaba cerrada con llave; pero esto no fue un obstáculo. El inspector fue el primero en encaramarse al bajo parapeto de ladrillos que sostenía la verja de hierro y trepar por ella, hasta encontrarse dentro del reducto.

Sus hombres le imitaron con presteza y le siguieron luego hacia la puerta de la casa, preguntándose intrigados cómo iba a componérselas para entrar en ella.

Los métodos de Riley eran poco ortodoxos, y el inspector no se preocupaba por esto. El rayo de luz procedente de su linterna brilló un instante, tan solo lo preciso para permitirle meter en la cerradura un objeto alargado que sacó del bolsillo, con el cual maniobró unos segundos, antes de que un pequeño chasquido indicase a sus hombres que la puerta había dejado de ser una barrera.

Riley franqueó el umbral, cerrando aquella espalda del último de sus hombres. Durante unos segundos permanecieron en la más absoluta oscuridad, envueltos por un silencio denso y agobiador, hasta que el inspector hizo funcionar de nuevo la linterna.

El ramalazo de luz les mostró un pequeño vestíbulo a ambos lados del cual había tres puertas. Una escalera arrancaba del lateral derecho del fondo, y casi debajo de ella vieron dos puertas más. Riley apagó la luz, y ya se disponía a dar instrucciones a los agentes cuando un rumor se dejó oír en el piso de arriba, haciéndoles envararse en prevenida actitud.

El rumor volvió a repetirse. Era como si alguien anduviese sobre ellos, haciendo rechinar las maderas del piso a cada paso. Momentos después una claridad difusa apareció en el final de la escalera.

—¡Escóndanse! ¡Pronto!

Él fue el primero en refugiarse contra la escalera, y los otros tres agentes lo hicieron a su lado, conteniendo la respiración.

La luz se hizo más intensa, y alguien comenzó a descender por la escalera. Debía ser un hombre y estar bien seguro de que se encontraba solo en la casa, pues al rumor de las pisadas se unió el tarareo de una canción.

Al fin, apareció. Era un individuo de mediana edad, bajito y rechoncho, que calzaba zapatillas y cubría su busto con una entallada bata de casa. En la mano derecha que mantenía en alto, portaba un quinqué, cuya luz se derramaba ahora sobre la escalera.

Prosiguió su descenso con lentitud, sin percatarse de los cuatro

agentes que permanecían silenciosos a escasa distancia suya. Cuando pisó el vestíbulo y la alta figura del inspector apareció de pronto ante él, encañonándole con una pistola, estuvo a punto de dejar caer la luz.

—¿Quién... quién... es usted? —tartamudeó.

—El inspector Riley, del F. B. I. —repuso este, con sarcasmo—. Seguro que no esperarías verme aquí a estas horas, ¿eh, Derby?

Este fue a decir algo, pero solo consiguió mover la mandíbula inferior con una rapidez que demostraba que el miedo había hecho presa en todo su ser. Riley rio de nuevo. El susto que acababa de dar a Derby y la sensación de que la victoria es ahora cerca le había puesto de un humor rayano en la alegría, que sus hombres le creían incapaz de sentir.

—¡Y pensar que estás aquí cuando debías seguir en Sing-Sing! —exclamó—. Pero todo se andará, Derby, no te preocupes, y no tardarás en verte de nuevo detrás de una bonita reja de hierro.

—Yo... yo no he hecho nada, inspector —repuso Derby.

Su rostro estaba pálido como la cera, denotando el intenso temor que lo dominaba.

—Ya lo sé que no, hombre —replicó Riley—. Tú eres solo un ángel que proporcionas paquetitos a nuestros jóvenes por cuenta de Rourke. Lo malo es que sabemos lo que contienen los paquetes— Derby tragó saliva. El inspector debió creer llegado el momento de abandonar el sarcasmo, y agregó con dureza—: Coja esa luz.

El agesté designado arrancó el quinqué de manos del pequeño rufián. Al alzarlo, la luz dio de lleno en el rostro de Riley, que se había echado el sombrero ligeramente hacia atrás. Los ojos eran duros y estaban como incrustados en el fondo de profundas ojeras. La nariz aguileña y la boca de labios finos y prolongados ponían una nota de crueldad en la faz del inspector. La barbilla, cuadrada, se adelantaba con firme resolución hacia Derby.

—¿A qué hora vendrá Rourke? —preguntó.

—¿Rourke? Está equivocado si cree que tengo tratos con él —chilló Derby.

La mano del inspector adelantóse con vertiginosa rapidez, cruzándole la cara, sobre cuya palidez, casi traslúcida, quedaron señalados cuatro dedos.

—¿A qué hora vendrá Rourke? —tornó a preguntar Riley, con voz impersonal.

Los tres agentes se miraron, pero no dijeron una sola palabra en defensa de Derby. Este empezó a sollozar. Riley apremió con dureza.

—Vamos, habla de una vez, sabandija. Voy a llevaros a todos a la silla, y cuando estéis achicharrados os nombraremos bienhechores de la Humanidad, tan solo por haber abandonado este mundo.

Su mano se alzó de nuevo. Derby se replegó sobre sí mismo, levantando el brazo derecho para protegerse.

—Está al llegar —chilló.

—Eres un chico listo, que sabes lo que te conviene. Skena, enciérrelo en ese cuarto de debajo de la escalera. Billing, avise a los dos hombres que están a la puerta del jardín. Luego diga a los demás que no hagan nada, vean lo que vean, si no oyen ruido de lucha.

Derby fue arrastrado debajo de la escalera y encerrado en un cuartucho lleno de trastos viejos, donde se derrumbó sobre una silla, que, incapaz de resistir su peso, se derrumbó, dando con sus huesos en el suelo. Mientras tanto, otros dos agentes penetraron en la casa, y poco después lo hacía también Billing. Riley los reunió a todos en el vestíbulo.

—Vamos a dar a Rourke un recibimiento que no olvidará nunca —les dijo.

Las órdenes fueron precisas y rápidas. Cinco minutos después, cuando cada agente estuvo en el lugar que se le designó, el silencio abatióse de nuevo sobre la casa.

Pasaron unos minutos con la lentitud de los siglos. Riley, junto a una de las ventanas del frente, oteaba ansiosamente, intentando taladrar las tinieblas, hacia el otro extremo del valle, por dónde debían de llegar Rourke y sus hombres.

Tenía el rostro ceñudo, y, tal vez por vez primera en su vida, elevaba una súplica al Cielo, pidiéndole que le llevase al forajido hasta la casa, y él se encargaría del resto; pero el tiempo pasaba y aquel no se mostraba muy dispuesto a escuchar su ruego.

Al fin, un ramalazo de luz brilló en el lejano lugar donde tenía puesta la mirada. Fue un breve parpadeo producido por una luz que de pronto coronase una cuesta, apuntando momentáneamente al cielo; pero bastó para encender otra vez la llama de la esperanza en el alma del inspector.

Un par de minutos después, la luz apareció de nuevo, más vivida y refulgente, para persistir, desgarrando las tinieblas que se cernían sobre los campos, y Riley se dispuso a actuar.

—Ya están aquí —dijo—. Atención.

El ruido del motor se hizo más distinto. Riley volvió a pedir a sus hombres que permaneciesen bien ocultos. Rourke era tan hábil

como desconfiado, y la sola presencia de un alma alrededor del “chalet” a aquellas horas de la noche podía ponerle sobre alarma.

Pero nada de esto sucedió. Desde su puesto de observación, junto a la oscura ventana, Riley vio detenerse el coche frente a la puerta y descender de él cinco hombres, mientras otro permanecía sentado junto al volante.

El propio Rourke, según le pareció, abrió la portezuela del jardín, y el quinteto avanzó hacia la casa sin apresurarse.

El corazón de Riley latía tumultuosamente en su pecho, a la vez que una salvaje alegría hacía circular la sangre por sus venas con rapidez inconcebible. Sus dedos se crisparon alrededor del culatín del pequeño fusil ametrallador que empuñaba, y a duras penas pudo dominar el impulso de disparar sobre Rourke a través de los cristales para asegurarse el triunfo; pero le contuvo el pensamiento de que debía de atraparle vivo para obligarle a confesar y para cobrarse en parte las amarguras sufridas por su culpa.

Rourke, sin presentir lo que le esperaba, llamó a la puerta en forma evidentemente convenida. Riley se maldijo por no haber previsto aquel detalle, y solo pensó en su descargo su convencimiento de que el forajido tendría una llave. Sin embargo, la duda duró poco. Con la rapidez del pensamiento deslizóse hacia la puerta y la abrió. La silueta del rufián recortóse en el vano de la puerta. Riley presintió su vacilación.

—¿Eres tú, Derby? —preguntó.

Riley murmuró algo confuso, entre lo cual sobresalió solamente una maldición y la palabra “quinqué”, que dio a entender al rufián que estaba luchando por hacer funcionar este.

El inspector estuvo a punto de lanzar un suspiro de alivio al comprobar que los cinco penetraban en el vestíbulo. De un salto se hizo a un lado y su voz tronó en la estrecha lóbreguez del recinto.

—¡Ahora! ¡Quietos todos!

Un foco formado por los haces de tres linternas partió desde lo alto de la escalera, envolviendo en su luz al sorprendido quinteto.

Rourke estaba delante de todos. Vestía un elegante abrigo, completado con un pañuelo de vivos colores, y su rostro apenas podía percibirse debajo del sombrero.

—Las manos detrás del cuello —conminó Riley.

Los forajidos se percataron del deseo homicida que brillaba en sus ojos y elevaron los brazos. Riley y otros cuatro agentes, surgidos de las tinieblas, se aproximaron a ellos, al mismo tiempo que los que iluminaban la escena descendían la escalera. Una sonrisa brilló en los labios del inspector.

—Al fin te cagé, Rourke —dijo con delectación.

El forajido le miró ceñudo, y preguntó:

—¿Qué tiene contra mí? Esta es una casa...

El inspector rio silenciosamente.

—Esta es una guarida de cochinos contrabandistas de estupefacientes. De buena gana te agujerearía el abrigo; pero creo que será mayor el placer de verte encanecer en la “gayola”.

Rourke crispó los labios al comprender que la baza final era de los hombres del F. B. I. Uno de los forajidos miró hacia la puerta, constatando que estaba abierta un par de pulgadas. Era poco, pero sí lo suficiente para hacerle abrigar la esperanza de poder escapar del copo.

Riley avanzaba hacia Rourke. En el momento en que le despojó del sombrero de un manotazo, el forajido saltó hacia la puerta. Tanto el inspector como sus hombres se percataron del movimiento, pero aquel estaba protegido por sus compañeros y nada pudieron hacer por evitar su huida. Uno de los agentes se escurrió detrás de ellos a lo largo de la pared; pero la voz de Riley, experto en aquellos lances, le contuvo.

—¡Espere!

El agente quedó clavado en el pavimento, a la vez que el fusil ametrallador de Riley desgranaba una andanada de proyectiles contra el techo. El eco multiplicó los disparos dentro de la casa, transportándolos fuera para actuar como una llamada de alarma, y, como en respuesta a él, las cinco agentes que rodeaban la casa, emboscados en la oscuridad, salieron de sus escondites.

El forajido comprendió que estaba perdido, más aun así se zambulló en la oscuridad del jardín, con la esperanza de poder alcanzar el coche, cuyo conductor acababa de ponerlo en marcha.

Sin embargo, no llegó a arrancar. Uno de los agentes abrió la portezuela, encañonándole con la pistola, y cuando el conductor intentó librarse de él, haciendo saltar el vehículo hacia adelante con un brusco pisotón del acelerador, un proyectil se incrustó en su cráneo, y el individuo cayó sobre el volante con un ronquido siniestro. El automóvil chocó contra un árbol, con gran estrépito de cristales rotos, y el otro forajido, viendo cortada la retirada, se detuvo de pronto y levantó los brazos en el aire, exclamando:

—¡Me rindo! ¡No disparen!

La muerte del chofer le había servido de saludable lección. Los agentes le empujaron hacia la casa, haciéndole penetrar de nuevo en el vestíbulo. Riley sonrió desagradablemente.

—Lo tendremos en cuenta más tarde, amigo —afirmó.

Por el radioteléfono de corto alcance dio unas breves órdenes a los coches que esperaban su llegada, protegidos por la sombra del talud, los cuales se pusieron inmediatamente en marcha.

Los agentes del F. B. I. procedieron a desarmar a los forajidos, reuniendo en el centro del vestíbulo, bien iluminado ahora, un pequeño arsenal de armas cortas y navajas. Riley y sus hombres permanecieron vigilantes y alertas hasta la llegada de los coches, acompañados por una furgoneta, donde fueron metidos los rufianes, esposados unos con otros.

Riley respiró satisfecho. Acababa de obtener un triunfo en toda regla y comenzó a canturrear mecánicamente, haciendo que los agentes que ocupaban el asiento posterior del vehículo se mirasen perplejos.

* * *

La detención de Rourke y sus hombres llevó aparejada una gran batida en varias ciudades de la nación, que dio como resultado la detención de gran número de delincuentes y maleantes, cuya única ocupación era ganar adeptos para las drogas, mostrándoles primero el paraíso para después sumergirlos en el infierno.

Diez días después se celebró el juicio contra los componentes de la cuadrilla, a los cuales se impusieron diversas penas de privación de libertad. El Tribunal mostró mayor severidad con Rourke, condenándole a la pena de dieciocho a veinte años, que debía cumplir en la prisión de Milán, del Estado de Michigan.

Rourke lo escuchó sin inmutarse, manteniéndose erguido ante el Tribunal. Riley sonrió con ironía, pero el forajido no le dio el gusto de mostrarse desalentado ni pedir al jurado que tuviese clemencia con él.

Al fin, unos cuantos policías entraron en la sala dónde acababa de celebrarse la causa y esposaron a los detenidos para llevárselos. Rourke, como los demás, tendió dócilmente sus manos. Aun en aquella situación, había en él algo que imponía y justificaba que hubiese asumido la jefatura del grupo.

Cuando pasó junto a Riley, este se puso en pie y dijo:

—Mala suerte, muchacho. Espero que te morirás en presidio.

—Gracias por el cumplido, inspector —replicó Rourke—. Yo, por el contrario, voy a rezar para que usted continúe con vida cuando salga para cobrarme esta deuda.

—Procuraré complacerte, Rourke —repuso Riley, de buen humor—; pero otros me han amenazado y ya lo ves: sigo vivo.

—Yo no le he amenazado nunca, inspector —replicó el forajido, apretando los labios—. Le aseguro que no escapará de mi aunque transcurran cien años.

De esta forma se separaron los dos hombres. Riley contempló las anchas espaldas del forajido hasta que la comitiva se perdió de vista. Luego lanzó un suspiro de alivio al ver definitivamente terminado aquel asunto, y se dispuso a salir del tribunal.

El juez Brentwood estrechó, sonriente, su mano.

—Tenga cuidado, inspector —dijo—. Algún día uno de estos bandidos cumplirá su amenaza y nos veremos privados de un valioso auxiliar.

Riley sonrió a su vez.

—No se preocupe. Todos son lo mismo; pero una cosa es hablar y otra hacer lo que se dice. De todas formas, cuando Rourke salga de la cárcel yo seré ya un viejo decrépito.

“Si la mala bilis no termina antes contigo”, se dijo para sus adentros el agente que le acompañaba.

Pero ambos se engañaban. Ni Riley había llegado a la senectud cuando Rourke transpuso las puertas de la libertad ni habían de ser las bilis ni ninguna otra enfermedad la causa de su muerte.

~~~~~  
**¿Conoce usted**

### **NOVELISTAS DE HOY?**

*Es una colección que presenta las mejores novelas inéditas de los famosos escritores BAROJA, LOPEZ DE HARO, FERNANDEZ-FLOREZ, CELA, INSUA, LAFORET y otros, editadas maravillosamente al precio ínfimo de CINCO pesetas.*

**EN LIBRERIAS Y QUIOSCOS**

**Suscripciones a EDITORIAL ROLLAN**

## II



OURKE fue conducido al presidio correccional de Milán, donde debía cumplir su condena.

Su conducta en él fue ejemplar, y poco tiempo después era señalado como un recluso modelo que acataba las órdenes sin discutir las y cumplía el reglamento sin una sola protesta. Sin embargo, en su expediente aparecía una nota en la que se recomendaba que se le prestase la máxima atención, a causa de su peligrosidad, y esto estaba de acuerdo con el pensamiento que, desde el día de, su llegada al correccional, se fijó en su cerebro, aunque el forajido se cuidaba muy bien de exteriorizarlo.

Esta idea era, sencillamente, la de fugarse en cuanto se le diese ocasión para ello. Conocía bien las prisiones de la nación por haberlas frecuentado con cierta asiduidad, y, sobre todo, por lo que le habían enseñado sus conversaciones con otros sujetos de su calaña. Sabía, por ejemplo, que la buena conducta observada en los presidios correccionales se premiaba con el traslado a algún campo penitenciario, donde los reclusos eran dedicados a la tala de árboles o faenas agrícolas, bajo la vigilancia de una fuerte escolta, pero donde, por ley natural, los reglamentos no eran tan rígidos e inflexibles como en las prisiones.

Estaba seguro de que sus amigos no dejarían de ayudarle, y en esta confianza pasó el primer año de encierro, haciendo planes para el futuro, y, sobre todo, alimentando el odio que sentía hacia el inspector.

Rourke aceptaba de una manera natural y más o menos conformista el hecho de que Riley fuese el responsable de su desgracia. La obligación de la Policía era capturar a los que vivían fuera de la Ley, y la de estos procurar burlarla. El inspector había tenido la suerte de cortar su negocio cuando este comenzaba a rendirle pingües beneficios, y él se conformaba en cierto modo con este designio del azar. Pero lo que no podía tolerar, lo que llevaba

clavado en el alma eran los medios empleados por Riley para obligarle a confesar, los terribles sarcasmos que había empleado una vez lo consiguió y la feroz ironía de sus palabras, que destilaban la insana alegría del inspector por su triunfo, y al pensar en ello una y otra vez, en la soledad reconcentrada en que voluntariamente había aislado su alma, se prometió matarlo en cuanto tuviese ocasión para hacerlo, hasta llegar a hacer de su propósito una especie de obsesión que le quitaba el sueño.

Sin embargo, parecía que no iba a conseguirlo nunca. Sus amigos, de los cuales esperaba ayuda para conseguir la libertad antes del tiempo en que debía obtenerla, no daban señales de vida, y dos años después Rourke comenzó a perder la esperanza en ellos y comenzó a modificar sus planes de evasión sin contar para nada con ayudas externas.

Fue entonces cuando tuvo la primera noticia de que los escasos forajidos que consiguieron hurtar el bulto a la redada efectuada por Riley no se habían olvidado de él. La buena nueva fue llevada por un individuo llamado Cyril “el Largo”, procesado por un delito de robo, que le abordó cierto día en el patio a la hora del paseo.

Rourke estaba sentado en el suelo, con la espalda apoyada contra el muro, sobre el cual vigilaba un guardián desde su torreta, cuando un tipo sumamente delgado, al cual su gran estatura obligaba a inclinarse ligeramente hacia adelante, se acercó a él, preguntándole:

—Tú eres Rourke, ¿no es así?

El forajido levantó los ojos hacia él.

—Sí. ¿Qué quieres? —preguntó a su vez.

—Sólo llevo aquí cuatro días —repuso el otro—. Me llamo Cyril, pero todo el mundo me conoce por “el Largo”.

—Bienvenido al hogar, muchacho. ¿Cómo sabes mi nombre?

—El que me lo dio me enseñó una fotografía tuya para que pudiese reconocerte.

Rourke, que ya tornaba los ojos hacia el suelo, indiferente, volvió a posarlos con interés en aquel rostro picado de viruelas que le miraba con atención, sonriendo torcidamente.

—Siéntate a mí lado —dijo. Y cuando “el Largo” lo hizo, pidió —: Explícame bien eso. ¿Quién te enseñó mi retrato?

—El nombre no hace al caso. Me pidió que le guardase el incógnito por si las cosas salían mal.

—¿Qué cosas? —preguntó Rourke, con avidez.

“El Largo” miró a su alrededor. Luego posó los ojos en el suelo, como si hubiese en él algo que le interesase sobre manera, y explicó

en voz baja:

—Hay algunos chicos preparándote el vuelo, según parece. No sé quiénes son, pero ya los verás. Sin embargo, debes tener paciencia. No pueden hacer nada hasta que te trasladen a un campo penitenciario.

Rourke se desinfló de nuevo.

—Eso no sucederá nunca —repuso con amargura—. Un amigo que está en la oficina me ha dicho que tengo una advertencia en el expediente.

—Pero ellos están trabajando para conseguirlo —repuso “el Largo”.

Estas palabras animaron de nuevo a Rourke. Inquirió más detalles, pero Cyril no pudo dárselos. Sin embargo, las palabras del hampón tuvieron la virtud de hacer revivir de nuevo la esperanza en su corazón.

En lo sucesivo, los días se le antojaron siglos. Cada uno de ellos esperaba ser trasladado a un campo penitenciario, esperanza que moría al llegar la noche, para revivir otra vez con las luces del nuevo amanecer.

Gracias al “Largo”, que le aconsejaba que tuviese paciencia, pudo soportar aquellos días de terrible incertidumbre, y cuando, al fin, cierta mañana se le avisó para que estuviese preparado para emprender la marcha una hora después, todas las dudas acerca de las afirmaciones de aquel se borraron de su alma para dar paso a la certidumbre de que muy pronto estaría libre de nuevo.

Tuvo, además, la agradable sorpresa de que “el Largo” formaba parte de la expedición de quince hombres que partieron aquella mañana de marzo hacía el campo penitenciario de Mil Poni, situado en el Estado de Virginia del Oeste.

Cyril y él fueron destinados a una brigadilla compuesta por sesenta penados, que se dedicaban a sanear unos terrenos situados junto a un ancho camino que conducía a la población.

Rourke y su amigo se aplicaron a la tarea con ardor, y lo mismo que había sucedido en el presidio de Milán, no tardaron en ser puestos como modelo, lo cual hizo que sus compañeros de cautiverio comenzasen a mirarlos con rencor.

En esta forma pasó el mes de abril y llegó mayo, cuyo sol iluminaba los campos de Virginia. El día 16, “el Largo” tuvo carta. Le escribía su esposa, al parecer, y a Rourke no dejó de extrañarle este detalle, porque su compañero nunca le había hablado de ella. Cyril leyó la carta con la mayor atención, y luego la hizo pedacitos que no tiró al suelo, sino que guardó cuidadosamente en el bolsillo

del pantalón.

—¿Por qué la has roto? —le preguntó Rourke—. ¿No piensas contestarla?

—Ya lo haré —repuso “el Largo” con displicencia—. Hay que hacer sufrir un poco a las mujeres, ¿no te parece?

—¿Un poco? —terció un individuo bajito y regordete, de cara redonda y cráneo pelado—. Por mí parte podían desaparecer del mapa. Ellas tienen la culpa de todo lo que les sucede a los hombres.

Ni Cyril ni Rourke hicieron comentario alguno. Los dos sabían que Conan estaba allí por haberse fiado de una cara bonita para ejecutar un golpe. Luego resultó que la muchacha pertenecía a la Policía, y la consecuencia fue la caída de Conan en brazos de dos detectives cuando penetraba en cierto edificio, cuya puerta le había franqueado su reciente amistad.

Poco después partieron para el trabajo. Había enormes montones de piedra situados a trechos a lo largo del camino, que, una vez partidas, debían ser extendidas sobre el suelo embarrado. Los dos hombres tomaron sus mazos de hierro y se aplicaron con ardor a la tarea, bajo la vigilante mirada de los guardianes.

Alrededor de los montones de piedra había extendida una capa de grava, que hacía su trabajo menos penoso; pero los hombres que iban a buscarla junto al montón caminaban chapoteando sobre el espeso barro del lodazal.

“El Largo” miró al vigilante, maldiciéndole por no separarse del lugar en que se encontraba. Al fin, aquel encendió un cigarrillo y se alejó unos pasos, con ánimo, sin duda, de estirar las piernas. “El Largo” miró a su alrededor. Los otros tres penados estaban un poco retirados y no vaciló en aprovechar el momento.

—Hay noticias, Rourke —murmuró a su oído.

—¿Te refieres a la carta?

—Si —repuso Cyril, dándole cuenta, en un murmullo, de las instrucciones que había recibido en la carta, en una sencilla clave acordada antes de su ingreso en la prisión de Milán.

—¿Quiénes son? —preguntó Rourke, con curiosidad.

—La carta no viene firmada —replicó “el Largo”—. Pero no te preocupes, Rourke: mañana a estas horas estaremos ambos en libertad.

Sí. Al día siguiente, en aquellos mismos minutos, gozaría de nuevo del privilegio de ser libre como el aire, con un poco de suerte. Y si esta sentía favoreciéndole, Las horas del inspector Riley estarían contadas, porque la determinación de matarle no se apartaba del pensamiento del forajido.

El resto del día y la noche pasó para ambos con una terrible lentitud, capaz de alterar los nervios mejor templados, si no hubiese sido porque la esperanza actuaba como maravilloso sedante. Rourke quedóse, al fin, dormido cuando comenzaba a amanecer, y sus ojos estaban cargados de sueño al comenzar a sonar estrepitosamente los timbres en la galería, anunciando el fin del descanso.

Poco después abandonaban aquella celda, que esperaban no volver a ver más, y tras un nutritivo desayuno se encaminaron hacia el lugar donde se realizaban los trabajos, formados de tres en fondo, bajo la mirada vigilante de diez guardianes.

La jornada comenzó como siempre, y como siempre también, Rourke y “el Largo” fueron los primeros en empuñar los metálicos mazos para partir la piedra. Trabajaban afanosamente, deseando que el guardián que vigilaba el trabajo de la cuadrilla se confiase; pero sus corazones latían desesperadamente según se iba acercando la hora.

Al fin, uno de los vigilantes hizo sonar el silbato que daba la señal del corto descanso que se les concedía para fumar un cigarrillo.

Rourke encendió el suyo con el del “Largo”, y una mirada de inteligencia se cruzó entre ellos. A partir de aquel momento, un poderoso automóvil les estaría esperando en el camino, en un punto situado al otro lado de la colina de suave pendiente que se alzaba a continuación de los barrizales.

Si conseguían salvar aquella y llegar a la otra ladera, estarían a salvo, porque los árboles que la poblaban harían poco menos que inútiles los disparos de los vigilantes.

Un nuevo silbido anunció la reanudación del trabajo. Rourke y “el Largo” se consagraron a la tarea, mientras miraban a su alrededor. Junto a ellos, otros tres hombres más estaban también embebecidos en la tarea. Los minutos transcurrían y el vigilante del grupo no hacía intención de alejarse.

Rourke miró sombrío a su compañero. El automóvil esperaría tan solo media hora durante tres días consecutivos, porque era muy peligroso el permanecer más tiempo detenido tan cerca de los reclusos. Si el vigilante no se marchaba tendrían que aplazar la fuga para el día siguiente.

Había pasado cerca de un cuarto de hora cuando el jefe de los vigilantes llamó al que ejercía el control de la cuadrilla.

—¡Eh, Corly! Envíame para acá dos hombres—le gritó desde una distancia de cincuenta metros.

Corly se volvió hacia los reclusos. Era un hombre joven, de

rostro serio y adusto, que, además del revólver, iba armado con un excelente rifle.

—Rourke, Cyril: vayan ustedes —ordenó.

Los aludidos abandonaron los mazos y se enea minaron hacia el lugar señalado.

—¿Ahora? —preguntó Cyril, a mitad del camino.

—Espera un poco —repuso Rourke.

Toda su astucia y su sangre fría de forajido habitual se concentro en los movimientos de los vigilantes. Estaban aún demasiado cerca de Corly y del otro para intentar la fuga, pues aquellos los habrían acibillado a balazos sin la menor vacilación.

Hendrich los acompañó hasta un lugar donde cuatro reclusos más hacían denodados esfuerzos por arrastrar fuera del barro el enorme tocón de un árbol cortado durante la víspera. Rourke y “el Largo” arrimaron el hombro a la tarea, y poco a poco aquel fue sacado del barrizal, hasta un punto situado muy cerca de donde comenzaba la pendiente rila colina.

Allí, los hombres se enderezaron de nuevo, sudorosos y con el resuello agitado.

—Pueden marcharse —dijo Hendrich.

Rourke sacó un pañuelo y secóse con él el sudor que perlaba su frente.

—Pesaba como un demonio —dijo, sonriendo.

—Márchense —ordenó Hendrich, de nuevo.

“El Largo” se percató de que su compañero intentaba ganar unos segundos para recobrar el resuello perdido y se arrodilló en el suelo, procediendo a atarse una de las botas.

—Vamos, “Largo” —dijo Rourke.

Los dos hombres se encaminaron hacia el lugar donde estaba su cuadrilla; pero ahora se encontraban más lejos que antes y no pensaban llegar a ella. Caminaban bordeando la pendiente de la loma, como si estuviesen buscando un lugar apropiado para cruzar el barrizal y dirigirse hacia el camino.

—Vigila a Hendrich. ¿Qué hace?

—Ni nos mira siquiera —repuso Cyril—. ¿Y Corly?

—Nos está observando.

—Tendremos que arriesgarnos. Se van a marchar...

Corly se encontraba a unos cincuenta metros de distancia. Una ocasión como aquella no se les volvería a presentar nunca.

—Vamos —ordenó Rourke.

Él fue el primero en hollar el verde césped que alfombraba la pendiente, seguido por “el Largo”

Corly lanzó una exclamación al verlos remontar la pendiente a la mayor velocidad que podían desarrollar, mantenido los cuerpos inclinados hacia adelante.

—¡Eh! —exclamó—. ¡Deténganse! ¡Deténganse!

La orden no fue obedecida. Corly echóse el rifle a la cara y apretó el gatillo. La detonación retumbó como un trallazo en la paz de la mañana, provocando el cese inmediato del trabajo. Corly disparó de nuevo, y “el Largo” se llevó la mano al hombro izquierdo al sentir en él la mordedura del proyectil.

Los agudos pitidos de los silbatos se unieron al tronar de los disparos y a los gritos de aviso de Corly y Hendrich, y dos vigilantes se lanzaron tras los fugitivos, a la carrera, revólver en mano, intentando evitar que alcanzasen la cima de la pendiente.

Rourke y Cyril se encontraban ya muy cerca de ella. Un esfuerzo más y estarían a salvo. Rourke volvióse hacia su compañero, observando que estaba visiblemente rezagado.

—Vamos, Cyril —apremió—. Ya queda poco.

El rostro del “Largo” reflejaba el dolor y la angustia que le consumían. Rourke, al medir la distancia, que los vigilantes acortaban por segundos, se dijo que nunca conseguiría llegar a la cima de la colina, y le agarró de un brazo, tirando de él, al mismo tiempo que miraba hacia atrás. Los dos vigilantes estaban encima, y pudo percibir sus rostros contraídos y la alegría que brillaba en sus ojos al comprobar que la fuga iba a ser evitada.

—¡Alto! —gritó uno de ellos.

Disparó el revólver mientras corría. Rourke lanzó una maldición, y el pensamiento de dejar abandonado a Cyril a su propia suerte hirió su cerebro.

Sin embargo, no tuvo necesidad de hacerlo. De la cima de la colina llegó en aquel momento a sus oídos el ruido de un disparo, y un proyectil pasó silbando sobre ellos. El vigilante que estaba más cerca se detuvo en seco, indeciso; pero su vacilación duró un breve segundo, al cabo del cual continuó la persecución con su compañero, que acababa de llegar junto a él.

El nuevo proyectil no tuvo el carácter de aviso del primero. Uno de los dos vigilantes percibió el seco golpetazo del plomo contra su cuerpo y se detuvo como si hubiese tropezado con una invisible pared, y aquello permitió a Rourke y a Cyril alcanzar la cima de la colina, donde, recortadas contra el purísimo azul del cielo, se divisaban las siluetas de dos hombres.

—Vamos—apremió uno de ellos—. ¡Aprisa!

—“El Largo” está herido —jadeó Rourke.

Uno de los desconocidos avanzó hacia este, ayudándole a remontar la pendiente, y los cuatro se perdieron al otro lado de ella, corriendo por entre los árboles hacia el coche negro detenido en la carretera.

Mientras lo hacían, Rourke miró a sus salvadores, constatando que no conocía a ninguno de ellos.

Nuevos disparos que resonaron a su espalda les demostraron que los vigilantes no habían renunciado a la persecución. Los proyectiles se estrellaban con secos chasquidos contra los árboles; pero estos constituían una excelente protección que les permitió llegar al coche sin nuevos contratiempos.

Dos hombres más ocupaban este. Uno de ellos estaba sentado ante el volante. El otro, situado en la parte posterior del vehículo, mantenía el cañón de un fusil ametrallador fuera de la ventanilla.

—¡Suban! —exclamó, abriendo la portezuela—. ¡Aprisa!

En un instante estuvieron acomodados. Las siluetas de tres vigilantes avanzaban a través de los árboles, disparando sus armas sin cesar.

—Dale al dedo, Scripps —ordenó el hombre que empuñaba el volante.

Mientras el vehículo se ponía lentamente en marcha, el fusil ametrallador manejado por Scripps desgranó un mortífero rosario por entre los árboles. Evidentemente tiraba alto; pero fue suficiente para que los vigilantes se arrojasen al suelo, arrancando una carcajada del tirador.

El coche aumentó rápidamente la velocidad. Algunos curiosos se acercaban desde el otro lado del valle; pero era evidente que los disparos los habían atemorizado. Scripps retiró el arma, que precedió a enfundar, mientras silbaba por lo bajo. Rourke le miró, sonriente.

—¿Quién os envía? ¿Billiter? —preguntó.

—No; Callagham —repuso el conductor—. Dale los trajes, Scripps.

Este cogió una maleta que estaba detrás del asiento y sacó de ella dos ternos completos, que Rourke y Cyril se encajaron con cierta dificultad, mientras el vehículo se deslizaba por las bien cuidadas carreteras de Virginia, rumbo al Estado de Kentucky.

—¿Por qué no vamos hacia el Norte? —inquirió Rourke.

—Todas las carreteras estarán vigiladas por ese lado —repuso uno de los forajidos—. Tendremos que dar un largo rodeo para llegar a Chicago.

Rourke expresó su aquiescencia con un movimiento afirmativo

de la cabeza. Luego se sumió en el silencio. A su lado, “el Largo” exhaló un gemido.

—¿Duele? —le preguntó Scripps.

—Sí, ¡Maldita sea! Creo que tengo astillado el hueso.

Dos horas después pasaban ante Louisville, camino de Lebanon. Cuando llegaron a esta población, el grupo se deshizo en tres, que, ocupando otros tantos coches, emprendieron, por separado, la marcha hacia Chicago.

Era una sabia medida de prudencia, dado que seguramente a aquellas horas ya estaría circulando la descripción del coche, ocupado por seis o, siete hombres, junto con la orden de ser apresado a toda costa.

—Nos veremos en Chicago, “Largo” —dijo Rourke, al separarse de él, estrechando su mano.

—Gracias por todo. Rourke —repuso aquel—. Sí no es por ti...

—Olvídalo —repuso, generosamente, el forajido.

Dos días después se dirigía a Chicago por el oeste de la ciudad, ocupando un asiento de primera clase en el expreso de San Paul; pero mucho antes de que esto sucediese, la División del F. B. I. tenía noticias de su fuga, y había comisionado a media docena de agentes para que diesen con él a toda costa.

Rourke y el hombre que le acompañaba abandonaron el tren, en un apeadero situado más allá de Madison.

—¿Qué vamos a hacer ahora? —preguntó aquel.

—No tardarán en venir a recogerlos —repuso su acompañante—. Es peligroso llegar a Chicago en el tren. Las estaciones estarán vigiladas.

Rourke hubo de reconocer que tenía razón, a pesar de que ya le estaba cargando aquel cúmulo de precauciones, que él consideraba excesivas. Además, durante el viaje intentó sonsacar a aquel individuo, sacando solamente en limpio que se llamaba Laid: pero sin conseguir que le diese noticias acerca de Callagham ni, mucho menos, que le dijese cuándo le vería.

Un automóvil llegó poco después al apeadero, recogiendo a los dos hombres, y emprendió la marcha hacia Chicago; pero tampoco esta vez llegó a la ciudad, sino que se detuvo ante una encantadora construcción, situada en pleno campo, en cuya puerta Rourke fue invitado a descender de él.

—¿Está Callagham ahí? —preguntó.

—No. Le verá en Chicago; pero tendremos que permanecer aquí hasta la noche. Si quiere, puede telefonarle.

Con un gesto de fastidio, Rourke tiró al suelo el cigarrillo, y se

dirigió hacia la casa, sin percatarse de la mirada de inteligencia que se cruzó entre los dos hombres que le seguían.

---

**¿Conoce usted**

**NOVELISTAS DE HOY?**

*Es una colección que presenta las mejores novelas inéditas de los famosos escritores BAROJA, LOPEZ DE HARO, FERNANDEZ-FLOREZ, CELA, INSUA, LAFORET y otros, editadas maravillosamente al precio ínfimo de CINCO pesetas.*

**EN LIBRERIAS Y QUIOSCOS**

**Suscripciones a EDITORIAL ROLLAN**

### III



ECIR que Aland Cromwell estaba desesperado, era dar una pequeña idea del tormento por que estaba pasando desde la fuga de Rourke. La tranquilidad espiritual había desaparecido para él. Naturalmente, lo primero que hizo fue avisar a las personas que podían temer la venganza del forajido, y entre ellas al inspector Riley, que se rio de buena gana en sus propias barbas.

—No sea infantil, Aland —dijo—. ¿En serio cree que va a cumplir su amenaza? Aquello no fue más que una baladronada, a las cuales ya se irá acostumbrando. Por mí parte, le aseguro que no me quitará el sueño.

Pero, fuera de esto, no consiguió nada más, a pesar de que, durante aquellos días, se movió infatigablemente, junto con el resto de sus compañeros, intentando localizar a Rourke. Este parecía haberse volatilizado en el aire o confundido con la tierra, y por más que vigiló a algunas personas con las cuales se sospechaba que tenía relaciones, no fue posible encontrar el menor rastro de él.

—Las primeras noticias tuyas que tengamos serán porque haya cometido alguna fechoría —dijo, con amargura, a su compañero, Vicent Craig.

Y no sabía, al decirlo, cuán acertado estaba.

Aland Cromwell tenía el espíritu sano que debe poseer un hombre de veintiséis años, fuerte y vigoroso. La vitalidad le asomaba a los ojos, y el observador encontraba extraño que pudiese permanecer quieto, con aquellos músculos que, aun sin verlos, se adivinaban de acero. Hasta en sus momentos de reposo parecía estar dispuesto a saltar de un momento a otro, para convertir su quietud en la más dinámica actividad.

En contraste con esta prestancia corporal, los ojos eran risueños, y la alegría bailaba en ellos al menor pretexto. Vestía con cierta descuidada ligereza, que le hacía aún más atractivo a los ojos de las mujeres, y, por si esto fuese poco, su audacia corría parejas con su

apostura.

Había salido de Quantico cinco años antes, y sus servicios se contaban por éxitos, pues, aparte de haber asimilado perfectamente cuanto le enseñaron en la Academia, sabía utilizar el cerebro.

Y ahora estaba a punto de fracasar. Rourke se había transformado en el hombre invisible, y Aland tenía el espíritu encogido, como esperando de un momento a otro el temido golpe, que no tardaría en llegar, desencadenando sobre su cabeza las críticas de sus compañeros y los dolorosos rasponazos de sus jefes, por no haber sabido encontrar al forajido.

—Y el caso es que no se puede hacer más de lo que hemos hecho —agregó, tristemente—. Hemos registrado los suburbios de cabo a rabo; tenemos en jaque a todos los confidentes de la Policía desde hace una semana. Están sometidas a vigilancia las estaciones, el puerto, el aeródromo, los hoteles y pensiones. Hemos corrido mil veces a lugares donde se nos señalaba la presencia de un sospechoso. ¿Qué más podemos hacer? Si esto sigue así, voy a volverme loco. Y por si fuese poco, Riley a poco me abofetea cuando le hablé de protegerle...

Vicent intentó animarle, sin conseguirlo. La verdad era que la misma sensación de fracaso, que anegaba hasta ahogarla el alma de su compañero, le alcanzaba también a él. Sólo acertó a mover la cabeza comprensivamente, y ambos se quedaron mirando, sin verlos, los vasos, de los cuales acababan de trasegar un poco de licor para reanimarse. Al fin, Aland lanzó un suspiro, y dijo:

—Vámonos, Vicent. Ya no sé ni qué hacer... El cuerpo me pide acción, y esta quietud me pone nervioso.

Ambos abandonaron el bar, cabizbajos y alicaídos. Si el Destino hubiese podido reírse, su estentórea carcajada se habría oído en Alaska, porque, en aquel momento, ponía en marcha sus engranajes para procurar a Aland y su compañero acción hasta dejar agotadas sus fuerzas.

\* \* \*

Riley ocupaba una pequeña casa de dos pisos, situada sobre el camino de Joliet, en las afueras de la gran urbe. Tenía delante un pequeño jardín, y la vivienda era alegre y clara como una mañana de mayo. La planta baja estaba ocupada por el despacho, cuyas ventanas daban al jardín, el “living-room”, en comedor y la cocina, y estaba rodeada por otras casas semejantes, formando una barriada habitada por familias de la clase media.

Era un barrio tranquilo, situado en los suburbios de la ciudad. Las aceras eran anchas, y a ellas se abrían las portezuelas de los jardines. Los gruesos y añosos árboles que crecían en el borde debían ser bendecidos por los caminantes en los días de mucho calor, pero en aquel momento— poco más o menos, las diez de la noche —solo contribuían a aumentar la oscuridad, absorbiendo entre sus ramas gran parte de la luz de los faroles.

Una débil claridad brillaba en la ventana correspondiente al despacho del inspector. Parecía proceder de una lámpara de pie o de mesa, pero no de la iluminación del techo, y en efecto, cualquiera que hubiese observado a través de los cristales, habría visto a Riley, detrás de su mesa de trabajo, en actitud pensativa.

Lentamente abandonó el asiento, y comenzó a pasear por la estancia. De haber visto Aland su ceño fruncido, hubiese dictaminado al momento que, a pesar de todo, Riley no estaba tranquilo. La fuga de Rourke y su posterior ocultamiento, eran algo bien planeado y ejecutado, como lo demostraban las circunstancias de aquella y el hecho de que no hubiese sido encontrado aún, a pesar de los esfuerzos de sus compañeros. Él no sentía el menor temar. Sabía que Rourke no le amenazó en vano. “No escaparás de mí, Riley”, habíale dicho en el Tribunal, y estaba convencido de que, un día u otro, el forajido atentaría contra su vida; pero también lo estaba de que no le cogería desprevenido.

Encendió un cigarrillo, y se sentó en un sillón-balancín, junto a la ventana. Más allá de la oscuridad del jardín, los faroles parpadeaban, pretendiendo atravesar con su luz la masa de follaje de los árboles.

Un ligero rumor le hizo levantar la cabeza hacia la puerta. La lámpara que lucía sobre la mesa estaba vuelta hacia la pared, dejando el resto de la habitación sumido en la penumbra, pero no tuvo dificultad en reconocer a su esposa, que apareció en la puerta.

—Voy a salir—le dijo—. ¿Por qué no vienes conmigo?

—No puedo. Tengo un asunto entre manos que me está causando muchos quebraderos de cabeza —repuso Riley, señalando los papeles que descansaban sobre la mesa, pero no dijo que la intranquilidad que sentía por culpa de Rourke le impedía concentrarse en su estudio.

—Volveré enseguida —replicó ella—. Voy solo a echar unas cartas.

—Cierra la puerta al salir —ordenóla Riley.

La mujer lo hizo así, aventurándose por el jardín casi a oscuras, hasta llegar a la puerta, sin percatarse de que tres o cuatro hombres,

confundidos con las sombras de los árboles, observaban sus movimientos.

Joan avanzó calle adelante en demanda del buzón, situado a cierta distancia de la casa. Riley la vio cruzar ante la baja cerca de madera del jardín y perderse de vista, pero la posición en que se encontraba no le permitió distinguir las siluetas de los hombres, que se apresuraron a salvar la cerca por el extremo más alejado de la ventana, apenas su mujer se perdió de vista.

La noche estaba en calma. A pesar de la estación, la brisa procedente del lago refrescaba el ambiente, haciendo rumorear las ramas de los árboles. Diez minutos después, la señora Riley estaba de regreso, y poco antes de llegar a su vivienda se detuvo a charlar unos instantes con la señora Charley.

Cuatro hombres se alejaron precipitadamente de la puerta del jardincillo al llegar ella. La señora Riley no pudo ver sus rostros ni casi tampoco sus siluetas, a causa de la escasa luz que reinaba en la calle, ni volvió a pensar más en ellos, hasta que, al avanzar sendero adelante hacia la puerta de la casa, se percató de que esta se encontraba abierta.

Aun así, creyó, simplemente, que su esposo había acudido al remedio de salir a dar un paseo, para refrescar las ideas. La luz no lucía ahora en el despacho, y esto confirmó su creencia.

La mujer franqueó el umbral, penetrando en el vestíbulo. Accionó el conmutador, y la luz le mostró el camino; pero, apenas había dado unos pasos, cuando se detuvo, alarmada.

La puerta del despacho estaba abierta de par en par, pero no fue esto lo que llevó a su corazón la sensación de haber recibido un baño de agua helada, sino el desorden que pudo observar en la estancia. La librería, que estaba frente a la puerta, cargada de libros, aparecía derribada en el suelo, y los cristales, rotos al caer, estaban esparcidos a su alrededor.

Presa de la mayor ansiedad, la mujer del inspector se abalanzó hacia el despacho. Conocía su carácter brusco y burlón, y no ignoraba que muchas personas deseaban su muerte.

—¡Cornel! ¡Cornel! —llamó.

Cuando llegó a la puerta y miró al interior, tuvo que apoyarse en ella para no caer al suelo. Inmediatamente comprendió que Riley no volvería jamás a pronunciar su nombre, y un gemido se escapó de sus labios.

Sin embargo, sacó fuerzas para acercarse a él. Riley estaba caído en el suelo, junto al sillón donde le dejara al salir. Tenía la espalda apoyada parcialmente en aquel, pero su cabeza pendía laciamente

sobre el pecho, de cuyo lado izquierdo sobresalía la empuñadura de un cuchillo, alrededor de la cual estaba engarfiada la mano derecha del inspector, como si hubiese realizado un supremo esfuerzo por arrancarlo.

La sangre, caliente y roja aún, empapaba su camisa y había desbordado el pantalón para gotear sobre el linóleo. La pierna izquierda estaba estirada, y la derecha, doblada por la rodilla, permanecía aprisionada por el cuerpo.

Joan se abalanzó hacia su esposo, llamándole de nuevo, aun comprendiendo que ya era inútil hacerlo, y con entrecortados sollozos se arrodilló junto a él, apretando la inerte cabeza contra su regazo, como si tratase de infundirle nueva vida.

Al fin, convencida de que esto era imposible, se puso en pie. La capacidad de razonar había huido de ella y permaneció unos segundos con los ojos extrañamente fijos en el rostro de su marido. Luego se pasó la mano por los cabellos y contempló la estancia.

Fue entonces cuando vio al otro hombre. Estaba tendido de bruces en el suelo, junto a la pared, casi detrás de la puerta. Joan contempló un instante su extraña vestimenta, hasta fijarse en la sangre que manchaba la espalda de su americana, originalmente blanca, y, perdidas las fuerzas, sus rodillas se doblaron y se vino al suelo.

La última sensación que tuvo antes de perder el sentido fue el pensamiento de que debía dar cuenta inmediatamente a la Policía, e intentó sobreponerse al mareo, pero no lo consiguió y cayó al suelo, quedando casi atravesada delante de la puerta.

Sin embargo, para aquel entonces la noticia del atentado contra Riley era ya conocida de sus compañeras.

\* \* \*

Los Charley celebran una agradable reunión familiar, sentados en torno al aparato de televisión.

Bob Hoppe aparecía en la pantalla, y la alusiva canción que entonaba y los gestos con que acompañaba aquella causaban la hilaridad de grandes y pequeños.

La estancia estaba sumida en la penumbra para mejorar la visión de la pantalla, y solo la luz que emanaba de esta y una pequeña bombilla, velada en un rincón por un paño azulado, luchaban contra las tinieblas.

Poco después, Bob Hoppe dejó de cantar y los comentarios llenaron el “living-room”, hasta ser rotos por el estridente sonido

del timbre de la puerta del jardín.

—¿Quién será a estas horas? —preguntó la señora Charley.

—Lo mejor para enterarte es que vayas a verlo —sentenció su marido.

Ella salió del “living-room”. El vestíbulo se llenó de luz al accionar en la llave, y la señora Charlie abrió la puerta de la casa.

Una exclamación de terror y asombro a la vez surgió de sus labios, haciendo levantarse a su marido como si se hubiese sentado sobre un muelle y correr hacia ella.

La sorpresa de la mujer estaba justificada. Apoyado en el quicio, un hombre, con el rostro ensangrentado, intentaba balbucir algunas palabras sin conseguirlo. Era de buena estatura y muy distinguido, a pesar de los destrozos que mostraba su ropa. La americana estaba rasgada en varios sitios, dejando ver la albura de la camisa, sobre la cual se desatacaban también algunas manchas de sangre. No llevaba corbata, y del revuelto pelo caían sobre su cara gruesas gotas de sudor.

—¿Pue... puedo pasar? —logró tartamudear, al fin.

En el “living-room”, las notas de una nueva canción surgían del aparato de televisión. Charley avanzó hacia el hombre, inquirendo.

—¿Qué le sucede? ¿Está herido?

El hombre afirmó con la cabeza. Charley le ayudó a entrar en la casa, y su aterrada esposa cerró la puerta tras él.

—¿Un accidente de automóvil? —preguntó Charley de nuevo, amablemente.

El desconocido acababa de tomar asiento en una silla. Sus manos temblaban convulsivamente, y era inútil negar que se encontraba dominado por la ansiedad y el miedo.

—No... no —balbució, levantando los ojos hacia Charley—. Hay que avisar a... a la Policía. ¿Tienen teléfono?

—Si —repuso Charley—; pero ¿qué sucede?

Estaba en mangas de camisa ante el hombre. Los tirantes, además de sujetar los pantalones, servían para poner en evidencia su tórax estrecho y deprimido, a pesar de lo cual y de los escasos cabellos que lucía en la cabeza era el único que demostraba cierta serenidad.

—El inspector Riley... —tornó a tartamudear el desconocido—. Ha sido... asesinado.

Charley aspiró ruidosamente el aire. Su esposa lanzó una exclamación y comenzó a llorar. En el “living”, el aparato dejó le sonar. Charley acercóse a la puerta y ordenó a sus hijos que no saliesen, deseoso de evitarles el espectáculo. Luego volvió junto al

hombre.

—¿Asesinado? —preguntó—. ¿Cómo lo sabe?

—Yo estaba con él cuando... Pude escapar por verdadero milagro —el herido parecía haber recobrado la calma. Al menos, sus manos no temblaban ya, aunque sus ojos reflejaban aún el terror—. Vamos... No pierda tiempo—apremió—. Avise a la Policía... o, mejor aún, al F. B. I. directamente. El inspector pertenecía...

—Ya lo sé —repuso Charley, saliendo de su estupor.

El teléfono estaba en el vestíbulo, debajo de la escalera que conducía al piso superior. Corrió hacia él y marcó un número, obteniendo contestación inmediatamente.

---

**EDITORIAL ROLLAN**  
**¡LA EDITORIAL DE LOS EXITOS!**  
**Publica:**  
F. B. I. - PROEZAS - NEVADA  
NOVELISTAS DE HOY - JEQUE BLANCO  
EXTRAORDINARIA DEL OESTE - LOTO  
AVENTURAS DEL F. B. I.  
**¡COLECCIONES POPULARES PARA TODOS!**

## IV



A noticia fue transmitida inmediatamente al inspector Richard Stebbins, quien ordenó a Aland Crawford que se personase en el lugar del suceso.

Los dos llegaron casi al mismo tiempo. Para entonces, la señora Riley estaba ya en casa de Charley, donde era solícitamente atendida por la esposa de este. Aland encontró al inspector examinando la escena con un gesto de perplejidad pintado en el rostro. Los técnicos en huellas dactilares deambulaban por el despacho, recogiendo cuantas podían, pero teniendo buen cuidado de no desplazar del lugar en que se encontraban ninguno de los objetos que había en la estancia.

Mientras ellos se entregaban a su labor, el médico forense procedió a un rápido examen de ambos cadáveres, y se marchó enseguida, tras ofrecer al inspector un detallado informe. Stebbins, dijo:

—O mucho me equivoco o esto es obra de Rourke —miró a Aland, y agregó—: Y usted estaba encargado de su captura.

Aland enrojeció hasta la raíz del cabello ante aquel reproche. Para disimular la turbación y la furia que le embargaba despojóse de la americana y se adelantó hacia el cadáver de Riley.

El inspector tenía la pistola en la mano izquierda, firmemente empuñada. Aland desengarfó los dedos con sumo cuidado y cogió el arma envuelta en un pañuelo, oliendo el cañón.

—Ha sido disparada recientemente —dijo—. Riley se defendió antes de morir.

—Para eso no tenía usted que haberse expuesto a clavarse otro proyectil en la cabeza —repuso Stebbins, con ironía—. No hay más que mirar alrededor para comprender que hubo lucha.

Señalaba con el dedo el armario-biblioteca, caído sobre el linóleo, los libros que se habían desparramado de él y dos o tres sillas que aparecían volcadas. Una ligera brisa penetraba por la

ventana, levantando los visillos. Aland miró hacia ella, comprobando que casi todos los cristales estaban rotos.

—Al parecer, entraron por ahí —dijo.

—¿Por qué dice entraron?

—Esto no parece ser obra de uno solo —afirmó el agente—. Si lo hizo Rourke y consiguió huir, tuvo que venir acompañado.

—Eso lo averiguaremos enseguida. Ese hombre que está en el vestíbulo se encontraba con Riley cuando se produjo la agresión.

Aland se trasladó del cadáver de Riley al del otro individuo. Era de corta estatura, al parecer. Tenía la espalda de la chaqueta manchada de sangre coagulada alrededor de un orificio que, por las trazas, parecía ser el de salida de una bala. Llevaba unos pantalones de brillante tejido negro, parecido a seda, que se ajustaban a los tobillos por una trabilla, y, en lugar de zapatos calzaba una especie de alpargatas del mismo tejido que el pantalón.

Era una rara mezclanza de ropas que Aland miró pensativo antes de darle la vuelta. Como ya lo esperaba, no se sorprendió al constatar que se trataba de un individuo perteneciente a la raza amarilla. Su rostro tenía una palidez cerúlea, los cabellos eran escasos y sus facciones no dejaban lugar a dudas. La muerte había sido causada a todas luces por un proyectil, cuyo orificio de entrada se abría en el pecho, a la altura del corazón.

—Debió morir instantáneamente —dijo Aland.

El inspector Stebbins movió la cabeza, afirmando. Su rostro estaba surcado de arrugas, y un gesto de perplejidad se reflejaba en él.

—Rourke se hizo ayudar por chinos esta vez —dijo—. No sabía que hubiese tenido esta clase de relaciones.

—Quizá pagó a unos cuantos para conseguir su ayuda.

—Creo que no nos será difícil comprobar ese extremo. Regístrele.

Aland lo hizo, pero el chino no llevaba encima nada que sirviese para identificarle. Sus manos eran callosas, como si se tratase de un trabajador.

—¿Le mataría él? —preguntó Aland.

—No creo que Rourke renunciase a su venganza. Probablemente fue un mero auxiliar.

A continuación los dos hombres realizaron una detenida inspección por el despacho. Sobre la mesa no había un solo papel, y era, al parecer, el único mueble que no había cambiado de sitio durante la terrible lucha que Riley sostuvo antes de morir.

Algunos libros habían saltado de la librería al caer esta al suelo,

y no debía de quedar ningún cristal sano, a juzgar por la cantidad de pequeños fragmentos que eran visibles. Stebbins llamó a uno de los “cops” que esperaban sus órdenes en el vestíbulo, y, ayudado por él y Aland, levantó la librería, colocándola en su sitio.

Al hacerlo así, una irregular mancha blanca recortóse sobre el rojo linóleo que cubría el piso del despacho. Stebbins se inclinó, alzándose con un pañuelo de seda, que mostró a Aland.

Este tenía la mirada obstinadamente fija en el suelo, y el inspector hubo de meterle el pañuelo literalmente debajo de las narices para que se percatase del encuentro que acababa de hacer.

—Mire la inicial—recomendó el inspector.

—G. R. —murmuró Aland—. George Rourke.

—La cosa está bien clara —repuso el inspector—. Ha sido Rourke quien lo ha matado para vengar una vieja ofensa. Recuerdo que amenazó a Riley el día que fue condenado, diciéndole que no escaparía de él aunque se metiese en el mismo infierno. Bien. Aland, el problema queda reducido a los términos en que está planteado desde el principio: hay que encontrar a Rourke.

El agente movió afirmativamente la cabeza, pero siguió con los ojos fijos en el suelo, como si hubiese algo en él que le llamase la atención.

—¿Qué mira? —le preguntó el inspector, siguiendo la dirección de sus ojos.

—No lo sé—repuso Aland. Encendió un cigarrillo, y agregó—: Hay algo que no me gusta. El escenario está demasiado completo.

—No piense cosas raras, muchacho. De todas formas, vamos a tomar declaración a ese hombre.

Ambos salieron al vestíbulo, donde aquel, a una pregunta de Stebbins, se identificó como Guy Tuttle, abogado, con ejercicio en la ciudad. Era más bajo que el inspector y contaría aproximadamente su misma edad. Las ropas, a pesar de estar destrozadas, eran de buena calidad, y la camisa, de catorce dólares la pieza. Se había recompuesto la figura en casa de Charley, mientras esperaba la llegada de la Policía, y su rostro mostraba tan solo las señales de algunos arañazos, en lugar de las manchas de sangre.

—¿Fue usted quién telefoneó? —le preguntó Stebbins.

—Si —repuso Tuttle—. Mejor dicho, lo hizo míster Charley por encargo mío—se corrigió. Aspiró ruidosamente el humo del cigarrillo que tenía entre los labios y pareció que iba a decir algo más, pero se contuvo, en espera de las preguntas del inspector.

—Explíquenos lo sucedido —pidió este.

Tuttle tragó saliva, y dijo:

—Vine a ver a Riley para hablar de unos asuntos. No había nadie más que él en la casa, y al abrirme la puerta me dijo que su mujer acababa de salir a echar unas cartas, pero que regresaría de un momento a otro. Me hizo pasar al despacho y empezamos a charlar.

—Un momento —le interrumpió Aland—. ¿Dónde estaba Riley? ¿Detrás de su mesa, tal vez?

—No, no —repuso el abogado—. Estaba sentado en una mecedora situada junto a la ventana, y yo frente a él. No habíamos cruzado ni media docena de palabras cuando llamaron a la puerta. Riley fue a abrir, pensando que tal vez fuese su mujer que regresaba, pero le oí lanzar una exclamación de asombro, y al volverme a mirar hacia la puerta del despacho le vi aparecer en ella con las manos en alto, empujado por dos hombres.

—¿Eran chinos?

—No... no lo parecían al menos. Uno de ellos era alto, moreno, y parecía todo un tipo. Dijo no sé qué a Riley, y este le llamó Rourke.

El inspector miró a Aland. Tuttle prosiguió:

—Rourke dijo a Riley que iba a matarlo. Mientras el otro individuo nos mantenía a raya con su pistola, él sacó un puñal de grandes dimensiones y avanzó hacia el inspector; pero entonces este entró en acción, propinando al hombre que sostenía la pistola un puñetazo en la mandíbula que lo lanzó contra la pared.

—¿Disparó Rourke? —preguntó Aland.

—No, porque Riley se abalanzó contra él, empuñándose ambos en feroz pelea. Yo estaba anonadado contemplando la lucha, y ya me disponía a intervenir cuando el otro forajido se acercó de un salto a la ventana, hizo añicos un cristal con la culata de la pistola y dijo algo en tono perentorio.

Hizo una pausa para arrojar al suelo el cigarrillo, y continuó:

—Inmediatamente, media docena de chinos saltaron a través de la ventana, destrozando el resto de los cristales. Yo me abalancé sobre ellos apenas pusieron los pies en el despacho, pero me vi dominado por, la fuerza del número, y los orientales me aplastaron contra el suelo.

Volvió a aspirar ruidosamente el aire, para tomar fuerzas.

—En fin, señores—continuó diciendo—. Cuando conseguí quitarme de encima aquella turba, comprobé que Rourke y Riley seguían luchando como dos titanes. El armario se había venido abajo estrepitosamente, no cogiéndonos debajo por verdadero milagro. Riley consiguió sacar la pistola del cajón de un pequeño mueble que habrán visto junto a la ventana y disparó con ella sobre

Rourke, pero no le acertó. En cambio, uno de los chinos se desplomó al suelo sin vida cuando iba a saltar de nuevo sobre mí.

—¿Quién mató a Riley?

—Rourke, naturalmente. Al oír el disparo se precipitó sobre él ciegamente, puñal en mano. Riley se hizo hacia atrás, pero debió tropezar en algo y cayó al suelo, donde el forajido le apuñaló sin compasión. Yo estuve a punto de morir de terror, pero pude sacar fuerzas suficientes para desprenderme de un tirón de los hombres que me sujetaban, y salí al vestíbulo, y de este a la calle, perseguido por ellos.

—¿Cuánto duró en conjunto la pelea? —preguntó Aland.

—Unos diez minutos, quizá algo menos. No puedo precisarlo —repuso Tuttle.

—¿Qué hizo usted al verse en la calle?

—Procuré eludir la persecución de que era objeto, refugiándome en el jardín del “chalet” del señor Charley. Luego, cuando aquellos asesinos se alejaron, me decidí a acercarme a la casa, y esto es todo.

—Las cosas encajan —replicó el inspector—. ¿Tiene algo que preguntar, Aland? Por mí parte no tengo duda acerca de a quién debemos buscar.

—Oiga, Tuttle —preguntó el agente—: al caer la librería ¿lo hizo sobre el suelo o sobre alguno de los que luchaban?

—Sobre el suelo, naturalmente —repuso el abogado—. Ya le dije que estuvo a punto de atrapar a Rourke y a Riley. ¿Algo más?

—Sí. ¿Dónde estaba Riley cuándo disparó sobre su contrincante?

—Cerca del sillón donde se encontraba sentado hablando conmigo cuando comenzó la lucha.

—Usted oyó perfectamente el tronar del disparo, ¿no es así?

—¿Adónde quiere ir a parar con esas preguntas? —preguntó el inspector.

—¡Que me maten si lo sé! —repuso Aland—. Pero hay algo en todo esto que no me gusta nada.

—¿Por qué? —preguntó Tuttle con interés—. Las cosas sucedieron así y...

—¿Vio regresar a la señora Riley?

—No. Ya le he dicho que salí de la casa corriendo.

Aland comprendió que era inútil querer buscar tres pies al gato. Las cosas parecían haber ocurrido tal y como las relataba Tuttle. Por más que buscó no consiguió encontrar una sola laguna de tiempo o espacio, y se dijo que los sucesos estaban cronométricamente encadenados.

—Inspector —dijo—: le ruego que me deje seguir este caso.

Rourke ha llegado a convertirse en una obsesión para mí, como antes lo fue para Riley. Tengo que encontrarle, y le juro que ahora será él quien no escapará de mí.

—Está bien, Aland. Siga adelante. Yo sé que triunfará.

—¿Puedo marcharme? —preguntó Tuttle.

Stebbins le miró con simpatía.

—Sí —dijo—. Si lo desea podemos acercarle a su casa en uno de nuestros coches.

—Muchas gracias, inspector. Deje el mío estacionado a la salida de la calle.

Tuttle abandonó el vestíbulo. Aland regresó al despacho, mirando de nuevo a su alrededor. Había algo allí que no estaba de acuerdo con la declaración del abogado. Algo que tenía delante de los ojos y que, sin embargo, no acertaba a ver. Cuando Stebbins penetró en la estancia lo encontró examinando atentamente las paredes.

—¿Qué busca? —le preguntó.

—La bala que mató al chino —repuso Aland.

El inspector le ayudó en la tarea y descubrieron un agujero en la empapelada pared, situado a un par de yardas del suelo. Aland escarbó en él con una navaja y no tardó en tener el proyectil en la mano.

—¿Satisfecho? —preguntó Stebbins.

—Si —repuso el agente—. ¿Vamos a interrogar a la señora Riley?

—¿Lo cree necesario?

—Realmente, no. Todo está tan claro que daña los ojos.

—Entonces podemos evitarle el mal rato.

Una furgoneta se llevó los dos cadáveres para que el doctor Deeping realizase un reconocimiento a fondo de ambos, y Aland y el inspector se encaminaron hacia el “chalet” de Charley con objeto de manifestar su pésame a la viuda de su compañero.

Realizado aquel enojoso y triste trámite, regresaron a Jefatura, donde Stebbins hizo subir al agente a su despacho. Una vez en él, sentóse detrás de la mesa, y dijo, mirando a su subordinado, que permanecía en pie ante él:

—Me ha pedido usted una oportunidad y voy a dársela, Crawford. Siga buscando a Rourke. Apele a cuantos medios sean necesarios, pero obtenga resultados antes de cuarenta y ocho horas. Para ayudarle voy a silenciar a la Prensa durante ese tiempo. Luego...

Se encogió de hombros; Aland le dio las gracias y abandonó el

despacho. La noticia era del dominio público en Jefatura, y, a pesar de la hora, algunos compañeros le abordaron, inquiriendo detalles del caso, hasta que penetró en el despacho de guardia, donde le esperaba Vicent Craig.

Este era más joven que él. Tan solo hacía dos años que había salido de la Academia y aún se encontraba provisionalmente en la División de Chicago. Había intervenido con Aland en la resolución de un par de casos, y los dos hombres se profesaban un afecto mutuo, asentado en la firme base que proporciona haber corrido peligros juntos.

Apenas vio el rostro de su compañero se percató de que las cosas no marchaban bien, y se adelantó hacia él con expresión interrogante en los ojos. Aland le relató lo sucedido, y Vicent exclamó:

—No cabe duda de que Rourke ha cumplido su amenaza. El día que le eche la zarpa...

—Pídele a Dios que sea pronto. El inspector me ha dado cuarenta y ocho horas de plazo para conseguirlo.

—¿Cuarenta y ocho horas? —preguntó Vicent, ceñudo—. Pero ¡si no hemos conseguido nada en ocho días!...

—Es difícil, ya lo sé; pero no imposible. Vamos a ponernos a ello.

—¿Por dónde empezamos?

—Esta vez Rourke se hizo ayudar por chinos —repuso Aland—. Esto puede ser una buena base de partida. ¿Por qué no vamos a visitar a Wong?

Wong Li era una especie de tiranuelo de la colonia china de la ciudad, cuya autoridad era reconocida por todos sus compatriotas. Tenía un comercio de antigüedades en el corazón del barrio ocupado por los chinos en la parte occidental de Chicago. Aland, como la mayor parte de los policías de la ciudad, le conocía bastante bien, porque más de una vez Wong les había proporcionado valiosos datos que contribuyeron a solucionar difíciles casos.

Pero resultó que Wong no estaba en casa. Había partido aquella mañana para Nueva York con objeto de asistir a una subasta y no regresaría hasta el día siguiente.

Sin embargo, su encargado, un chino de la edad de Aland, que hablaba perfectamente inglés, se ofreció a hacer algunas investigaciones por cuenta propia. Aland le dio las gracias, y los dos agentes abandonaron el domicilio de Wong.

Aland no tenía ninguna gana de entregarse al descanso y marchó

a Jefatura, instalándose en el despacho de Stebbins. Sobre la mesa había unas hojas de papel que resultaron ser los informes del doctor Deeping.

El médico había cumplido con la rutina de siempre. Aland leyó ambos informes distraídamente con el pensamiento puesto en otro sitio. El de Riley era totalmente insustancial. Precisaba la hora de la muerte, que sabía muy bien, así como la forma en que fue asesinado, cosa que tampoco ignoraba. En el del chino tampoco encontró nada que le obligase a modificar la opinión que se había forjado acerca de la muerte de Riley, hasta que la línea final le hizo dar un bote en el asiento.

“Cuando murió estaba narcotizado, probablemente con escopolamina”, precisaba Deeping.

—¡Vicent! —rugió.

Este, que tenía ya el sombrero puesto, se volvió hacia él, sorprendido por el tono de la llamada.

—Lee ese informe. Concretamente la última línea —dijo Aland.

Su compañero lo hizo así. Cuando levantó la vista hacia el rostro de Aland, llevaba la perplejidad impresa en él.

—No sé qué opinar —dijo Vicent—. Tal vez tomó la droga para infundirse valor. Ya sabes lo aficionados que son los orientales a ellas.

—Es posible —replicó Aland—; pero voy a decirte una cosa. Desde que vi el cadáver de Riley y el escenario del crimen tengo metida entre ceja y ceja la idea de que hay algo raro en todo esto. En primer lugar, ¿por qué tenía que asegurarse Rourke el concurso de unos cuantos chinos? Con disparar sobre Riley por sorpresa cuando este le abrió la puerta, no tenía necesidad de correr más riesgos; en segundo lugar, Rourke no es tonto. Antes de llamar a la puerta debió de observar la casa durante un buen rato, hasta ver salir a la mujer de Riley. Entonces ¿por qué le atacó si sabía que no estaba solo?

—Tal vez no lo comprobó.

—Eso es impropio de un criminal de su experiencia. Pero hay otra cosa que no acierto a comprender. Me refiero a la librería...

—¿Qué le sucede a la librería?

—No lo sé —replicó Aland, de mal humor—. No es natural que se cayese, y, sobre todo...

En aquel momento el timbre del teléfono comenzó a repicar. Aland levantó el auricular. El que llamaba resultó ser el encargado de Wong para comunicarle que una mujer acababa de presentarse a él para decirle que su marido llevaba dos días sin aparecer por casa.

—Se llama Sing-Lien y tiene un lavarropas muy modesto —agregó el chino.

—¿Cómo se le ha ocurrido ir a ustedes? —preguntó Aland.

—¡Oh! Ellos siempre piden consejo a Wong en los momentos difíciles antes de hacer nada por cuenta propia. La he aconsejado que dé parte a la Policía. ¿He hecho bien?

—Perfectamente; pero no comprendo por qué me llama para decirme esto.

—Usted dijo que deseaba saber si algún compatriota nuestro había desaparecido. Pues bien: Sing-Lien...

La sugerencia del chino abría un sinfín de posibilidades ante los ojos de Aland. Naturalmente, el que Sing fuese el chino que había encontrado muerto en casa del inspector Riley no cambiaba el hecho de que Rourke fuese el asesino; pero sí podía ser una buena pista para investigar su paradero, porque cabía dentro de lo posible que algún amigo del chino hubiese intervenido también en el asunto.

—Oiga: ¿está ahí esa mujer? —preguntó—. Haga el favor de enviármela para acá.

Colgó el auricular y dio cuenta a Vicent de la conversación.

—Primero, quiero que nos diga si el cadáver es el de su marido. Si es así, habrá que investigar las amistades de Sing.

—Al fin parece que estamos en el buen camino —repuso Vicent con los ojos brillantes de satisfacción.

—No cantes victoria aún, muchacho—le aconsejó Aland—. Volvamos a lo de antes. Ahora la cuestión es saber hasta qué punto ese chino estaba narcotizado. Una droga, tomada a ciertas dosis, puede proporcionar un estado de euforia y valor rayano con el heroísmo; pero si aumentas la dosis ejerce el efecto contrario, es decir, puede producirte una depresión intensísima, pérdida del sentido e incluso la muerte.

—No entiendo dónde quieres ir a parar —replicó Vicent.

—Ahora lo verás —repuso Aland.

Marcó un número en el teléfono, pero pasó un buen rato antes de que obtuviese respuesta.

—¿Es usted, doctor? —preguntó Aland.

—Sí. ¿Quién me llama? Conque Crawford, ¿eh? ¿Y qué diablos se le ocurre a estas horas?

—Solamente deseaba saber si es posible determinar el grado de intoxicación del chino que...

—Conque se trata de eso, ¿eh? —repuso el médico—. Naturalmente que lo es. Cuando puse en el informe que estaba

narcotizado quise decir que estaba totalmente narcotizado — deletreó estas palabras.

El corazón de Aland sufrió un sobresalto al oírle.

—¿Cree usted que un hombre en tal estado puede...?

—Ni moverse siquiera, hijo mío —le interrumpió el galeno—. Y si me apura un poco le diré que ese chino de los demonios no murió a consecuencia de un disparo, sino a causa de la droga inyectada.

Aland lanzó un silbido.

—¿Está satisfecho? —preguntó Deeping.

—Más que eso, doctor. Acaba usted de proporcionarme un problema de mi especial predilección; pero creo que al inspector Stebbins no le va a sentar nada bien.

## V



El chino era, sin ningún género de dudas, Sing-Lien. Su mujer no podía equivocarse, y apenas vio el pálido rostro que reposaba en la “morgue”, fría y solitaria, estalló en sollozos. Aland la hizo salir de la sala donde se alineaban los cadáveres envueltos en bastos lienzos blancos y sentarse en un banco del pasillo, esperando pacientemente a que se calmase.

—Vamos —dijo al fin—. La llevaré donde usted desee.

El coche esperaba fuera, con Vicent al volante. El agente se hizo a un lado al verlos aparecer en la puerta del edificio, pero Aland dijo:

—Conduce tú. Nosotros nos acomodaremos atrás.

Vicent comprendió que deseaba interrogar a la china por el camino. Esta dio unas señas, y el coche se puso en marcha. La noche era hermosa, y, a pesar de lo avanzado de la hora, el tráfico tenía cierta intensidad, sobre todo por las calles del centro de la población.

Aland encendió un cigarrillo y se volvió hacia la llorosa mujer que iba sentada a su lado.

Estaba recostada contra un rincón del automóvil, encogida sobre sí misma, lo cual amenguaba aún más su pequeña figura. Las luces de los faroles penetraban en el coche fugazmente, en rápidos intervalos de luz y sombras.

—¿Era su marido aficionado a las drogas? —preguntó Aland.

—No; no, señor —repuso la china en buen inglés.

Aland vaciló, más al fin decidióse a ir derecho al grano, aunque ello significase aumentar el dolor de la mujer de Sing.

—¿Le han dicho cómo murió su marido?

—¿Quién iba a decírmelo? —preguntó ella a su vez, llorosa—. Ustedes son los únicos que...

—Lo asesinaron —repuso, un poco brutalmente, Aland. Pudo

observar la expresión de sorpresa que se pintó en el pálido rostro de su interlocutora, y agregó—: Lo mataron de un tiro...

Ella estalló de nuevo en sollozos. Al cabo de un rato preguntó:

—Pero... ¿quién pudo hacerlo? Sing no tenía enemigos. Vivíamos humildemente de lo que daba su negocio de lavarropas, pero nunca...

Los sollozos la interrumpieron otra vez.

—Un hombre a quién no conocernos pagó a varios chinos para que le ayudasen a matar a otro. Al parecer, Sing era uno de ellos.

Esta vez la china se retiró el pañuelo de los ojos. Por un instante le miró anonadada, hasta que la noticia quedó bien grabada en su cerebro. Cuando la asimiló por completo agregó casi con fiereza:

—Imposible, señor... Le digo que no puede ser. Sing nunca lo hubiese hecho. Él era honrado... No, no. Sing no pudo hacerlo.

Su vehemencia era sincera. La duda volvió a apoderarse de Aland, y de nuevo una extraña lucecita se agitó en lo más profundo de su subconsciente, avisándole de que algo no marchaba bien o estaba fuera de lugar en el cuadro general del crimen.

El automóvil penetró poco después en la destartalada agrupación de casas ocupada por los individuos de raza amarilla. Las calles, estrechas y oscuras, permanecían solitarias, y solo algunas fugaces sombras se aventuraban por ellas.

Dejaron a la mujer ante la puerta de su casa, y Aland se acomodó junto a Vicent, emprendiendo el regreso a Jefatura.

—¿La oíste? —preguntó a su compañero.

—Sí. Parecía sincera.

—Por lo que dijo, Sing es otra pieza fuera de lugar en la muerte de Riley. Si hemos de creerla, nunca se habría prestado a hacerlo— Aland se detuvo de pronto. Luego, agregó—: Estoy pensando...; pero no, no puede ser.

—¿Qué es ello?

—Nada. El inspector Stebbins diría que estoy loco si lo supiese.

Vicent volvió la cabeza rápidamente hacia él, y las miradas de ambos se cruzaron durante una fracción de segundo. Aquel rio levemente.

—Sé lo que estás pensando —aseguró—. Que ese chino fue narcotizado y dejado allí... ¡Cielos!

De pronto se había dado cuenta de que su primera deducción llevaba aparejada un sinnúmero de preguntas. Fue Aland quien las hizo.

—Eso mismo —repuso—; pero, entonces, ¿quién lo mató? ¿Riley acaso? Es posible, pero demasiado raro. El doctor Deeping dijo que con la cantidad de droga que tenía encima, Sing no habría podido

permanecer en pie. Eso implica que lo llevaron allí y...

—Pero ¿cómo lo mató Riley?

Aland se movió inquieto en su asiento.

—No lo sé —dijo, de mal humor—. Si Tuttle hubiese permanecido allí después de la lucha, en lugar de salir corriendo, tal vez pudiese aclarárnoslo... —se detuvo como si recordase algo, y agregó—: Tuttle dijo que la bala destinada a Rourke alcanzó al chino. Y por el lugar donde este tiene la herida tenía que estar en pie cuando fue alcanzado...

—Tal vez Deeping se haya equivocado —murmuró Vicent—y Sing estaba menos intoxicado de lo que él afirma.

—Mañana le pediré que haga una nueva investigación —repuso Aland—. Me interesa mucho comprobar ese extremo.

Una vez en el despacho de Stebbins comenzó a pasear por la estancia, con el sombrero echado hacia atrás y las manos hundidas en los bolsillos del pantalón.

—¿No te vas a dormir? —le preguntó Vicent.

—No puedo. Le he prometido a Crandell hacerle su guardia.

—En ese caso —repuso Vicent, poniéndose en pie...

Salió del despacho, dejando a Aland Crawford sumido en sus meditaciones. El agente tomó asiento en uno de los confortables sillones y encendió otro cigarro, contemplando las volutas del humo, que parecían extraer los pensamientos de su cerebro en su lenta marcha ascendente hacia el techo.

De nuevo evocó la escena del despacho de Riley. Vio el carácter del inspector, caído en el suelo en una postura poco natural; el del chino, tendido de bruces detrás de la puerta; él, orificio de la bala en la pared, a la altura de su espalda, y los muebles violentamente tirados en el suelo a consecuencia de la lucha.

Allí estaba lo que le llamó la atención, despertando la alarma en su subconsciente; algo, sin importancia al parecer, que no había hecho más que rozar su espíritu, encendiendo en él la llama de la sospecha; pero ¿qué podía ser?

Se removió con fastidio y estiró las piernas.

“Algo fuera de lugar...”, se dijo.

El sueño y el cansancio habían desaparecido. Hasta la imagen de Rourke, que le quitaba el reposo desde hacía ocho días, se borró para permitirle concentrar todas sus potencias intelectivas sobre aquel pequeño detalle, convencido de que estaba vislumbrando algo que muy bien pudiera guardar una gran importancia. Fue al llevarse de nuevo el cigarrillo a los labios cuando lo descubrió. De pronto detuvo el movimiento de su mano, y una expresión de alegría

iluminó su rostro.

“¡Eso era!”, exclamó.

Le habría gustado que Vicent estuviese allí para discutir aquel nuevo elemento que había hecho su aparición en escena; pero estaba solo, y durante unos minutos se dedicó a pensar en la importancia que podía tener y la serie de consecuencias que llevaba aparejadas.

Fue aquel descubrimiento lo que le hizo salir al pasillo y encaminarse al Departamento de Balística.

Había allí una serie de aparatos necesarios para realizar todas las comprobaciones precisas. Aland avanzó hacia la gran mesa situada en el centro de la estancia, buscando algo con la vista. Ojeó varios papeles que había sobre aquella; pero ninguno era el que le interesaba.

—¿Qué busca? —le preguntó el agente de servicio en el Departamento.

—El informe acerca de la pistola del inspector Riley —repuso—. El inspector Stebbins lo pidió con urgencia —repuso Aland.

Lo encontraron sobre la mesa del despacho del jefe del Departamento. Era corto y rutinario, y en él se afirmaba que la bala que había causado la muerte a Sing pertenecía, sin duda de ningún género, a la pistola de Riley.

Aland se desanimó al leerlo. La bella teoría que acababa de forjarse se vino al suelo; pero no tardó en ser sustituida por otra. Fue entonces cuando se fijó en el sobre que estaba sobre la mesa, y que había quedado al descubierto al levantar el informe, como si se hubiese pensado entregarlo junto con este.

“Contiene hilachas de tejido encontradas en la pistola de Riley”, leyó en él.

Presa de la mayor curiosidad lo abrió, encontrándose un papel blanco del tamaño de una cuartilla, doblado por la mitad. Aland lo extrajo del sobre, desdoblándolo cuidadosamente, y vio las hilachas que se mencionaban en la escritura.

Eran tres cortas hebras de hilo, que, según unas breves líneas estampadas en la cuartilla, estaban cogidas por el mecanismo de cierre de la pistola del inspector, que fueron extraídas por los técnicos en balística antes de proceder al examen del cañón del arma para compararlo con el proyectil que mató a Sing.

Parecían pertenecer a un traje de mezclilla azul, gris y blanca, y sugerían la idea de que el inspector había disparado la pistola manteniéndola dentro del bolsillo de la americana o muy cerca del traje que vestía en el momento de ser asesinado. Sólo así se

explicaba que el cierre hubiese hecho presa en la tela al disparar, arrancando aquellas hilachas de tejido.

Aland regresó con todo aquello al despacho de Stebbins. Aquellas hilachas y el descubrimiento que acababa de hacer le dieron materia para pensar durante toda la noche.

A las ocho de la mañana, la luz que penetraba a través de las ventanas le despertó, y al mirar al reloj comprobó que había estado adormilado más de una hora. Tardó unos instantes en hacer su composición de lugar, y, al fin, decidió ponerse en camino hacia el “chalet” de la señora Riley.

El bar de Perry, situado frente a Jefatura, le recordó las imperiosas llamadas de su estómago, y cruzó la calle, dispuesto a acallarlo antes de entregarse de lleno a la tarea; pero antes de llegar a él, la penetrante voz de un vendedor de periódicos perforó sus oídos:

“El inspector Cornel Riley, del F. B. I., asesinado”.

Al principio no alcanzó a percatarse de la importancia de la noticia; pero, de pronto, se detuvo perplejo, con la mano puesta en el tirador de la puerta, al recordar que había acordado con Stebbins silenciar el asesinato de Riley durante cuarenta y ocho horas para no entorpecer la investigación.

Compró el periódico presa de una bien explicable curiosidad, mezclada con cierta dosis de irritación, y apenas hizo el pedido al “barman”, lo desdobló ante sus ojos, leyendo los enormes titulares que campeaban en primera plana.

Aquel constituía casi toda la noticia. El olfato del periodista que lo descubrió no había alcanzado a obtener muchos detalles. Solamente se daba la noticia de que Riley había sido asesinado en su propia casa la noche anterior, sobre las veintiuna horas, y que se tenía la sospecha que el autor del crimen había pagado a media docena de chinos para llevarlo a cabo.

Lo demás eran todo suposiciones. Se recordaba que Rourke le había amenazado casi tres años antes y que llevaba ocho días en libertad. Con este motivo se aireaban los detalles de la fuga, para terminar con un velado ataque a la Policía y al F. B. I. por no haber conseguido capturarle de nuevo.

“¿Quién habrá sido él...?”, estalló Aland para su interior.

La noticia podría poner al asesino de Riley en guardia, aparte de que los demás periódicos podrían considerar un agravio el que se hubiese facilitado la información tan solo a “El Globo”.

“Cualquiera los convence de que no hemos sido nosotros”, murmuró.

Sus manos se crisparon sobre los bordes del periódico. Perry dejó ante él un perro caliente y dos tazas de café, que Aland consumió rápidamente, y abandonó el establecimiento, prometiéndose tener una sabrosa entrevista con el repórter autor del artículo.

Un taxi le dejó en pocos minutos ante la puerta del “chalet” de Riley. Todo estaba igual que la noche anterior, al parecer; pero mientras avanzaba por el sendero, Aland vio unas manchas parduscas que supuso sería la sangre vertida por Tuttle en su huida.

Con ciertas vacilaciones apretó el timbre, y en respuesta a su llamada no tardó en abrirle la puerta una mujer de mediana edad, que, al parecer, había acompañado a la señora Riley aquella noche. Aland pidió ver a esta, y poco después la viuda se encontraba ante él, mostrando en su rostro las huellas de la noche pasada en blanco y entregada a su dolor.

Aland descubrióse respetuosamente ante ella, que le reconoció inmediatamente.

—Perdone que venga a molestarla —dijo el agente—; pero no lo haría si no lo considerase indispensable. ¿Puede responder a unas cuantas preguntas?

Ella afirmó con la cabeza.

—¿Quiere sentarse?

Aland lo hizo frente a ella, en el vestíbulo.

—Según tengo entendido, su esposo se quedó anoche solo cuando usted salió, ¿no es así?

—Si —repuso ella—. Estaba trabajando en su despacho.

—¿Se mostró preocupado o...? —iba a decir nervioso, pero Janet no le dejó.

—Nada de eso —repuso—. Por lo menos en lo que se refiere a la posibilidad de sufrir un atentado. Estaba trabajando en un caso que, según me dijo, le causaba cierta preocupación. Tenía la mesa llena de papeles...

—¿Está segura? No los encontramos... después.

—Completamente segura. Me dijo que no podía acompañarme porque tenía el propósito de reflexionar acerca del contenido de aquellos papeles.

—Entendido —repuso Aland, prometiéndose tener en cuenta aquel detalle—. A pesar de que lo vi después de... de muerto, no sé cómo era el traje que llevaba puesto. Es un extremo que me interesa aclarar, y si usted lo recuerda...

—Perfectamente. Vestía un traje marrón, viejo, que aprovechaba para estar en casa.

—¿Marrón? —preguntó Aland, extrañado—. ¿No sería gris azulado y blanco?

—No. Era marrón. Estoy bien segura de ello.

—¿No oyó usted ruido alguno cuando regresaba a la casa?

—¿Qué clase de ruido?

—El de un disparo, por ejemplo. O el de muebles al chocar violentamente contra el suelo o al hacerse añicos algunos cristales.

La viuda denegó con la cabeza.

—No —repuso—. No oí nada anormal. Sólo vi a cuatro o cinco hombres detenidos ante la puertecilla del jardín, que corrieron hacia el otro extremo de la calle al verme acercarme. En aquel momento no le di importancia, pero...

—¿Pudo verlos bien? ¿Distinguió si eran chinos?

—No podría asegurarlo —repuso la mujer—. La puerta estaba abierta y esto me extrañó.

Los sollozos la interrumpieron; Aland respetó su dolor, sintiendo profunda piedad por ella, mientras recapacitaba en lo que significaba ser la esposa de un agente del F. B. I. Al fin, pidió:

—¿Puedo echarle un vistazo al despacho?

—Claro que sí.

Se puso en pie, precediéndole hacia aquel. Aland la siguió, presuroso, deseando comprobar si sus sospechas eran ciertas.

Todo estaba tal y como lo habían dejado la noche anterior. La sangre de Riley y el chino eran dos manchas pardas y endurecidas sobre el color rojo violento del linóleo que cubría el suelo. Aland situóse ante la pesada librería y midió con la vista su altura y el lugar donde la cortante cornisa que la remataba debía de haber chocado contra el piso; pero no vio en el linóleo huella de ninguna clase. Con esto pareció conformarse, y tal vez si no hubiese estado delante la viuda de Riley habría sonreído al ver confirmadas sus sospechas. Luego avanzó hacia la mesa, comprobando que sobre ella no había papel alguno de los que Janet hiciera mención.

—¿Tiene usted las llaves de los cajones? —preguntó.

—Deben estar puestas. No he entrado aquí desde anoche.

Aland comprobó que así era. Y también que alguien había verificado en aquellos un rápido, pero escrupuloso registro, a juzgar por las muestras.

—¿No sabe qué clase de asunto investigaba su marido? —preguntó.

—No; pero sus jefes sí deben saberlo —repuso la mujer.

Aland le dio las gracias y abandonó el “chalet”, pero no regresó enseguida a Jefatura, sino que se dedicó a recorrer los “chalets” de

los alrededores, preguntando a sus moradores si habían oído el ruido de algún disparo o estrépito de muebles al venirse al suelo la noche antes sobre la hora del asesinato de Riley; pero, para su satisfacción, las respuestas fueron negativas.

De regreso a Jefatura ordenó sus ideas y pensamientos, lanzando un suspiro de alivio. Al fin, iba a tener algo concreto que ofrecer a Stebbins. Sonrió al pensar en la sorpresa que iba a llevarse el inspector; pero su sonrisa se trocó en un gesto de ira al tocar con los dedos el periódico que llevaba en el bolsillo.

“¿Cómo se habrán enterado?”, se preguntó.

El inspector no había llegado aún. Vicent, sí, y le asedió a preguntas apenas le echó la vista encima. Por toda respuesta, Aland le tendió el periódico.

—Lee eso mientras viene el inspector —dijo—. Así no tendré que repetir las cosas dos veces.

Mientras su compañero leía la noticia que tanto interés habían puesto en ocultar, Aland empuñó el auricular del teléfono, poniéndose en comunicación con las oficinas de “El Globo”. Le contestó la empleada de la centralilla, a la cual pidió que le comunicase con el redactor-jefe, y, una vez que tuvo a este al otro lado del hilo, le preguntó quién era el periodista que había llevado al periódico la noticia del asesinato de Riley.

—Dolly Maxwell—le respondieron.

—Una mujer tenía que ser —murmuró—. ¿Cómo se enteró de ella?

—Lo ignoro. La trajo a última hora y tuvimos que cambiar los titulares de la primera plana.

—Fue una lástima que no se partiese una pierna mientras corría a llevarla —masculló Aland—. ¿Dónde puedo verla?

—Estará aquí a mediodía.

—Dígala que no se mueva hasta que yo llegue —ordenó Aland.

—Oiga: ¿quién es usted?

—Un agente del F. B. I. que investiga la muerte de Riley —repuso Aland.

Oyó el silbido de asombro del redactor-jefe de “El Globo” y, sin más explicaciones, colgó el auricular.

## VI



El día se presentaba sumamente prometedor. Tras colgar el auricular, Aland permaneció sentado en el borde de la mesa, balanceando suavemente la pierna derecha en el aire, mientras Vicent terminaba la lectura del periódico.

—Pero... no comprendo —murmuró al fin, elevando la vista hacia su compañero—. El inspector dijo...

—Esto no es obra suya, Vicent. Una periodista de “El Globo” se pasó de la raya. No sé cómo obtuvo la información, pero lo averiguaré, y le voy a decir algo que le levantará ronchas en la piel por dura que la tenga.

En aquel momento Stebbins penetró en el despacho, y pareció sorprendido al encontrarse allí a ambos a aquellas horas de la mañana. Aland abandonó su asiento, y Stebbins, tras dejar el sombrero en la percha, encaróse con él.

—¿Hay noticias de Rourke? —preguntó, mientras se sentaba en el sillón, detrás de la mesa.

—Algunas —repuso enigmáticamente Aland, y su respuesta hizo que aquel le mirase sorprendido.

—¿A qué viene esa reticencia? —preguntó—. ¿Qué han averiguado ustedes?

—En realidad no se refieren directamente a Rourke, sino al asesinato de Riley —replicó Aland, en pie ante él—. Creíamos, por ejemplo, que quien lo mató se valió de algunos chinos para reducirle.

—¿Y no es así?

—No —afirmó Aland, rotundamente—. En el despacho de Riley solo entró un chino. Mejor dicho, no entró, sino que lo metieron entre dos hombres.

El inspector le miró, sin comprender.

—¿Quiere hablar de una vez? —preguntó, impaciente.

—Naturalmente —dijo Aland—, puedo estar equivocado en

cuanto a los detalles; pero no en lo referente a los hechos básicos.

Stebbins fue a decir algo, pero se contuvo al notar que su subordinado se disponía a continuar.

—Desde el principio me llamó la atención el escenario de la lucha. Recordará —dijo a Stebbins— que le dije que había algo extraño en la manera de estar de los muebles. Entonces no acerté a precisarlo. Ahora tengo la certidumbre de que se trató de crear la impresión de que había habido lucha.

—¿Y no la hubo?

—Estoy convencido de que no. Nadie oyó el ruido, ni tampoco el disparo.

—Sin embargo, Riley disparó—contradijo Vicent—. Lo dijo Tuttle, y, además, tenemos el proyectil.

—En efecto, lo tenemos. Y salió de la pistola de Riley. Eso por descontado. Pero no fue él quien disparó.

Stebbins se puso en pie casi de un salto.

—Pero... ¿qué sarta de majaderías está usted diciendo? —preguntó, excitado—. ¿Quién diablos iba a hacerlo entonces?

—El mismo que mató a Riley, probablemente...

—¿Con qué fin?

—Todo con el de dar la impresión de que hubo lucha. ¿Recuerda la librería tirada en el suelo? —ante el gesto afirmativo de Stebbins, Aland continuó—: Desde el principio noté algo raro que no he encontrado hasta esta mañana— puso las manos sobre la mesa, y agregó—: ¿No le parece extraño que un mueble tan pesado no dejase la menor huella de su caída sobre el linóleo que cubre el piso?

—¿Está usted seguro de que no la dejó? —la pregunta de Stebbins contenía cierta dosis de cautela.

—Segurísimo. He estado allí esta mañana y he podido comprobarlo. El hecho resulta más extraño teniendo en cuenta que la librería tiene una cornisa en su parte superior, sumamente afilada, que necesariamente debería haber quedado marcada en el linóleo si hubiese caído sobre él durante la lucha.

—En efecto—concedió Stebbins—. Bien, ¿qué le sugiere esto?

—Pudo caer sobre uno de los luchadores—continuó Aland—; pero Tuttle dijo que no había sido así. Luego solo nos queda una cosa. La librería fue colocada sobre el suelo, tras desparramar los libros y romper los cristales, todo en el mayor silencio.

—Eso es absurdo. Si pretendieron crear la impresión de que hubo lucha...

—Quisieron, en efecto, que se creyese así; pero, en cambio, no

les convenía producir ruido alguno.

Stebbins le miró perplejo.

—Eso quiere decir que Tuttle, ha mentido —dijo.

—Lo ha hecho en tantas cosas que no será difícil demostrárselo —repuso Aland—. Por ejemplo, el que disparó la pistola vestía un traje de mezcla gris, azul y blanca—les dio cuenta del hallazgo de las hilachas, y agregó—: Probablemente disparó sobre el chino con el arma envuelta en una prenda de tal color para evitar el ruido del disparo y no dejar impresiones digitales. Luego la puso en la mano de Riley...

—¿Por qué no pudo disparar este?

—Debía de estar ya muerto —aseguró Aland—. Riley vestía un traje marrón, color bien distinto al de las hilachas encontradas en el mecanismo de cierre de la pistola.

—¿En cuanto al chino?

—Deeping dice que estaba narcotizado y que la dosis de droga que le fue suministrada no permitiría ni tenerse en pie a un hombre más fuerte que él. Por otra parte, no era aficionado a las drogas, ni tampoco tenía necesidad de hacer semejante faena por unos dólares, puesto que se trataba de un hombre honrado que ganaba lo suficiente para vivir. Mi opinión es que fue narcotizado, probablemente un par de días antes del crimen, y conducido al despacho de Riley.

—Pero, entonces, ¿quién diablos mató a este? Me parece que Tuttle va a tener que explicar muchas cosas.

—Estoy de acuerdo con usted. Lo único que creo de cuanto nos ha contado es que llegó antes que los demás. Si Riley no desconfiaba de él, pudo apuñalarle tranquilamente antes de que el inspector se percatase de ello. Luego entraron otros dos o tres hombres llevando al chino. Entre dos le mantuvieron de pie y un tercero disparó sobre él con la pistola de Riley envuelta en un trozo de tela.

El rostro de Stebbins manifestaba el interés que le invadía.

—Prosiga —ordenó con los ojos brillantes.

—Luego derribaron los muebles para dar la impresión de que Riley se había defendido hasta el final; pero la librería habría producido un ruido infernal, y por eso la colocaron en el suelo.

—Puede que las cosas se hayan desarrollado tal y como usted las supone —repuso Stebbins, lentamente—; pero eso también puede haber sido obra de Rourke. ¿Quién le dice que no envió a Tuttle por delante para...?

—Está usted en lo cierto, inspector; pero creo que ganaría

cualquier apuesta que hiciese sobre la inocencia de Rourke. Si Tuttle fue comisionado por él se habría apresurado a huir con los demás. Y otra cosa: creo que el pañuelo de Rourke fue dejado allí a propósito para acusarle. Lo mismo hizo el abogado durante toda su declaración.

Stebbins tomó el auricular del teléfono.

—Voy a ordenar que me lo traigan ahora mismo —dijo—. Y le voy a apretar las clavijas de tal forma que va a decir hasta lo que no sabe.

—No lo haga, inspector —repuso Aland—. Es preferible darle cuerda. Vicent puede encargarse de vigilarle, y, mientras tanto, usted y yo podemos examinar el caso que Riley trataba de resolver.

—¿Tiene algo que ver con esto?

—Creo que sí. Riley tenía sobre la mesa algunos documentos referentes a él cuando fue atacado. Esos papeles han desaparecido, y, además, la mesa del despacho fue concienzudamente registrada.

—Voy a ver ahora mismo al inspector-jefe —dijo Stebbins.

Como respondiendo a sus palabras, el teléfono sonó en aquel momento. Stebbins tomó el auricular y volvió a colgarlo enseguida.

—Parece que me ha oído —dijo.

—¿Era él?

—Sí. Muchacho: ha llevado usted a cabo una labor maestra, que nos librará de una buena repasata. Ahora —agregó, con una sonrisa— solo falta que nos diga usted dónde está Rourke para que el éxito sea completo.

Sus palabras destilaban cierta ironía. Aland exclamó:

—Daría cualquier cosa por saberlo.

Stebbins se humanizó ante la amargura que destilaban sus palabras.

—No se preocupe demasiado. Con lo que sabemos, con lo que suponemos—se corrigió—, creo que podré aplacar al inspector-jefe. Pero no me deje a Rourke de la mano. Con que Tuttle trató de cargarle el muerto, ¿eh? Va a ver ese tipo lo que...

El resto de sus palabras se perdió, según se alejaba hacia la puerta. Aland se volvió hacia Vicent.

—Bueno, chico. Ya tienes tarea. Pégate a Tuttle y no le dejes ni a sol ni a sombra.

—¿Qué vas a hacer tú?

—Voy a entrevistar a cierta periodista —dijo, con ironía—. Luego volveré a ver a Stebbins.

Los dos salieron del despacho.

Winston Callagham no hacía nada desinteresadamente. Todos sus movimientos tenían un fin determinado, y podía asegurarse que cuando levantaba una mano lo hacía con el único fin de que le valiese dinero.

Por eso, cuando planeó la fuga de Rourke no lo hizo movido por su amistad con el forajido. Ni tampoco influyó en ello el hecho de que Rourke le hubiese puesto en el camino de la prosperidad de que gozaba actualmente.

Había pensado varias formas de hacerlo, que variaban desde asaltar el campo penitenciario donde aquel se encontraba, empleando para ello a todos sus hombres provistos de todas las armas de que podían disponer, y el soborno de los guardianes, como medio más suave. Pero todo el valor que le sobraba iba en detrimento de su cerebro y demoró su actuación más de la cuenta, hasta el punto de que, cuando al fin encontró un plan que le pareció viable, se enteró con sorpresa de que Rourke gozaba ya de la libertad.

Pero transcurrieron siete días sin que su amigo y antiguo jefe diera señales de vida. Callagham hizo indagaciones por los bajos fondos de la ciudad, que conocía como las palmas de sus manos; pero nadie fue capaz de darle razón de Rourke, por lo cual llegó a pensar que había huido del país.

Se equivocó de nuevo, y ahora podía comprobarlo, al oír lo que acababa de afirmar el hombre que se sentaba frente a él. Callagham le miró fijamente.

—¿Tú lo has visto? —le preguntó.

—Cómo te estoy viendo a ti. Hace apenas una hora que me he separado de él.

—Eso quiere decir que está cerca de Chicago.

—Muy cerca —afirmó el otro—; pero no podrás encontrarle nunca.

Callagham era pequeño, rechoncho y peligroso como una víbora. Su aspecto engañaba a muchos, que se percataban demasiado tarde que fiarse de él era como acariciar a un escorpión. El traje que vestía le sentaba como un tiro, aunque él estaba convencido de que era el no más allá de la elegancia masculina, y su corbata producía náuseas y conjuntivitis nada más mirarla. Tenía las regordetas manos cubiertas de joyas, y lo que más lamentaba para su fuero interno era no tener catorce dedos en cada una, para poder lucir también las que guardaba a buen recaudo de sus honrados

compañeros de fechorías.

—Bueno, y ¿por qué vienes a contármelo a mí? —preguntó a su interlocutor.

—Sé que te interesa encontrarle, y yo necesito dinero —repuso el otro—. Mucho dinero. Tengo cinco hermanitos pequeños a mi cargo, y...

—Cinco fulanas, querrás decir. Bueno, muchacho, siento decirse que te has equivocado de puerta. Claro que me gustaría ver a Rourke, pero no estoy dispuesto a dar un centavo por saber dónde está.

El otro se encogió de hombros, y se puso en pie, dispuesto a marcharse. Era casi el doble de alto que Callaghan, y tenía la cabeza de un tamaño acorde con su corpulencia, pero lo que había dentro de ella habría dejado vacía la mitad de una cáscara de nuez.

—Bueno. En ese caso... —se volvió desde la puerta, y agregó—. Pero tal vez te interesa saber que lo van a matar esta noche.

Callaghan palideció. No porque le interesase la salud de Rourke, sino porque, de pronto, vio esfumarse en el aire el montón de dólares que podía proporcionarle el negocio que tenía entre manos, para el cual necesitaba desesperadamente el concurso del bien organizado cerebro del forajido.

—¡Vuelve aquí, maldita sea tu alma! —exclamó.

El otro volvió sobre sus pasos, sin haber llegado a tocar la puerta.

—Ya sabía yo que llegaríamos a un acuerdo —repuso.

Sentóse de nuevo. Callaghan permaneció en pie ante él. Había oído decir que un hombre que domina en altura a otro tiene muchas probabilidades de intimidarle, y se dispuso a manejar el negocio de aquella forma.

—¿Cuánto? —preguntó.

—Diez “sábanas” —repuso el otro, apoyando con indolencia un codo en la mesa.

Callaghan le miró, iracundo.

—Tú estás loco, si crees que voy a dártelos.

—Ya lo creo que me los darás. Sé muy bien lo que supone Rourke para ti. Uno sabe cosas...

—Oye—propuso Winton, con astucia—: hagamos una cosa. Te doy dos mil y te admito a trabajar conmigo.

Su interlocutor chascó la lengua.

—Necesito el dinero, Callaghan —repuso—. He decidido retirarme de los negocios y darme buena vida. Bien; ¿qué dices?

El pequeño forajido le miró, con la frente surcada de arrugas,

como si estuviese considerando las ventajas de tal proposición.

—Está bien —dijo, al fin—. Hecho. ¿Dónde está Rourke?

—La “pasta” antes.

El rufián tendió la mano hacia él.

—¿Crees que ando por ahí con los bolsillos llenos de dinero? —interrogó Callaghan—. Te daré un cheque...

—Ha de ser dinero contante y sonante. Ahora no andamos por ahí. Estamos en tu despacho, y tienes que tener dinero en ella— señalaba la caja fuerte.

Refunfuñando por lo bajo, Callaghan dirigióse hacia la caja, sacó de ella un mazo de billetes, y regresó junto a Cransborg, cuyos ojos relucieron de codicia.

—Toma —dijo, tendiéndole diez billetes. Antes de que el otro pudiese cogerlos retiró de nuevo la mano, y preguntó—: ¿Cómo sé que puedo fiarme de ti?

—No tienes más remedio que hacerlo, Callaghan. Sólo puedo jurarte que lo que voy a decirte es verdad. Si te gusta así...

Callaghan le alargó de nuevo los billetes, que pasaron al bolsillo de Cransborg.

—Venga ese informe —pidió Callaghan—. ¿Dónde está Rourke? Cransborg dio ciertas señas.

—¿Quién lo ha llevado allí? No me refiero a los que le acompañaban, sino al que lo ordenó.

—Un abogado de la ciudad llamado Tuttle es quien dirige la orquesta —replicó Cransborg—. Ignoro los motivos por los que le pusieron en libertad y le tienen secuestrado.

—¿Cuántos hombres hay, normalmente, allí?

—Cinco o seis; pero date prisa, porque está ordenado que Rourke no vea la luz del sol.

—¿Vas a estar tú allí?

—Sí. No me separaré de ellos hasta mañana.

Callaghan sonrió torcidamente para su fuero interno, al ocurrírsele algo respecto a Cransborg.

—Está bien —repuso—. Cransborg: espero de ti un último favor. Si se percatan del ataque y quieren liquidarlo, procura protegerle. Te aseguro que no te pesará.

—De acuerdo —repuso Cransborg, poniéndose en pie.

Mientras transponía la puerta, Callaghan le miró con dureza. Luego cogió el teléfono, y dio dos o tres órdenes rápidas y precisas.

El edificio de “El Globo” estaba incluido en la manzana de casas situadas entre la calle Doce y Bellevue Street. Constaba de seis pisos, y la oficina del redactor-jefe ocupaba un amplio espacio del tercero.

Aland fue llevado inmediatamente a su presencia, encontrándose ante un hombre de estatura media, delgado y calvo, en cuyos ojos, detrás de las gruesas gafas, relucía una expresión de astucia.

—¿Dónde está Dolly Maxwell? —le preguntó, sin rodeos—. Debía de esperar aquí mi llegada.

—Está en su casa. Al parecer, se encuentra indispuesta.

—¿Dónde vive?

El redactor-jefe le dio las señas de la periodista.

—Lo que va a oír no contribuirá a mejorar su salud —aseguró Aland, abandonando el despacho, y seguidamente el edificio.

Dolly Maxwell ocupaba un pequeño departamento situado en el sexto piso de un edificio de Regent Street. Aland apretó el timbre, iracundo, y en respuesta a la llamada apareció en el vano de la puerta una mujer de avanzada edad, rostro simpático y atractivo y cabellos blancos. Aland la miró, sorprendido; pero su vacilación duró tan solo un momento.

—¿Es usted Dolly Maxwell? —le preguntó.

La anciana rio de buena gana. Su risa era contagiosa, y Aland sonrió también.

—Bueno; ya veo que me he equivocado —dijo.

—Dolly es mi nieta —replicó la vieja—. ¿Quiere verla?

—¿Está en casa?

—Sí. ¿Quién le digo...?

—Un agente del F. B. I.

La sonrisa de la anciana trocóse en un gesto de alarma y curiosidad a la vez.

—¿Ha hecho algo Dolly? —preguntó.

—Me temo que sí. No como para ir a la cárcel, pero sí para recibir una buena tanda de azotes.

—Pase por aquí.

Para un hombre como Aland, que llevaba seis años viviendo en hoteles y pensiones, soportando toda clase de impertinencias de patronas y gerentes, engreídos por la escasez de alojamientos, y llenándose de tedio en las habitaciones frías e impersonales de aquellos, la pulcritud y simpatía de la vieja, la apacible atmósfera del saloncito en que le introdujo y, sobre todo, las muestras del cuidado femenino que se observaban por doquier, fueron como una revelación.

La anciana salió, y a poco oyóse de nuevo ruido de pasos que se acercaban al saloncito. Y cuando Aland Crawford vio a Dolly Maxwell, comprendió que sus propósitos de echarla una buena repasata se esfumaban en el aire, empujados por la sonrisa de sus ojos. Ni la personalidad de la joven, ni el ambiente en que iba a desarrollarse la entrevista, eran propicios para pronunciar palabras duras.

## VII



OLLY Maxwell se disponía, a juzgar por sus vestiduras, a salir a la calle. Aland se puso en pie al verla entrar en el saloncito, y la muchacha avanzó hacia él, sonriente.

—¿Quería usted verme? —le preguntó.

—Para eso he venido. ¿No le dijo su jefe que me esperase en la oficina del periódico?

—Sí...; pero... —la única disculpa que pudo ofrecer Dolly fue su radiante sonrisa—. ¿Qué es lo que he hecho?

—Publicar algo que debía permanecer secreto.

—¿Se refiere al asesinato del inspector Riley?

—Sí. ¿Quién le dio la noticia?

—Perdone que no se lo diga. Primero tengo que preguntarle a él si puedo hacerlo.

—Luego es un hombre —dedujo Aland. Dolly se llevó la mano a la boca. El agente sonrió—. Bien; el caso es que ya apenas tiene importancia; pero, de todas formas, no debía haberlo hecho sin contar con nosotros.

—¿Usted sabe lo que eso ha significado para mí? —preguntó ella—. Hasta ayer, yo era una oscura periodista, redactora de las notas de sociedad de “El Globo”. Hoy... ya me han llamado de dos o tres periódicos, solicitando mis servicios.

—Me alegro mucho de que así sea —replicó Aland, intentando aparecer serio—. Pero ha podido causarnos un gran perjuicio...

A pesar de que tenía palabras más duras en la punta de la lengua, no pudo pronunciarlas. La bella imagen de Dolly Maxwell se lo impidió, y se dijo que sería una mala acción romper sus ilusiones y su sonrisa.

La muchacha era un cromo bien coloreado, desde sus cabellos, artísticamente peinados, hasta el tacón de sus zapatos. El vestido estaba sabiamente elegido, y la altura de la falda calculada para

seguir los dictados de la moda... hasta donde era compatible con la coquetería de mostrar las bien formadas piernas. El “rouge” de los labios era discreto; la nariz, ligeramente respingona, prestaba al rostro un gracioso atractivo, y los ojos, azules, se conjugaban con el oro del pelo, en una armoniosa mezcla de colores.

—Lo siento mucho —repuso ella, verdaderamente compungida—. Si lo hubiese sabido...

—No importa ya —repuso Aland.

En realidad eran muchas las cosas que habían dejado de tener importancia para él nada más verla; en cambio, otras, entre ellas su atuendo, ligeramente descuidado, y su barba del día antes, adquirirían de súbito un valor inestimable, al preguntarse qué opinión formaría de él la muchacha.

Durante un instante permanecieron mirándose, como midiéndose mutuamente con la mirada. Al fin, el agente preguntó:

—¿Iba usted a salir?

—Sí —repuso ella, con su voz cantarina—. ¿Viene usted?

—Si me lo permite...

Por la escalera, Aland percibió el efluvio de sus cabellos. Dolly Maxwell era todo femineidad, lo cual no excluía una vitalidad exuberante y una viveza, muy de acuerdo con las ideas de Aland.

—¿Supongo que el asesinato del inspector le habrá proporcionado un sinnúmero de quebraderos de cabeza? —le preguntó.

—No tantos como usted se imagina —repuso Aland—. En realidad, puedo decir que está aclarado.

Estaban en el portal de la casa. Dolly se volvió vivamente hacia él.

—¿Sabe quién fue el asesino? —preguntó, con ansiedad.

Su instinto profesional acababa de despertarse, de pronto, ante la probabilidad de obtener una sensacional noticia de primera mano.

—Pues... no. Aún no; pero creo que no tardaremos en saberlo.

—¿Puedo publicar eso? Sería...

—Espere un poco, monada. No corra tanto —repuso Aland, intentando estirar un poco la cara para aparecer severo—. Yo le diré cuál es el momento oportuno... si me promete cenar conmigo esta noche.

—¿Chantaje? —preguntó Dolly, sonriendo.

—No. Llamémoslo más bien intercambio de favores. Yo le regalo noticias, y usted me proporciona la satisfacción de verla.

Dolly rio de buena gana.

—Acepto el trato —dijo—. ¿Adónde iremos?

—Depende de su abuela.

—¿De mi abuela?

—De sus prejuicios; vamos. Si es de las que están recordando a cada paso otras épocas y quiere tenerla en casita a las once...

—Mi abuela formaba a la vanguardia de las jóvenes de sus tiempos. Elija usted mismo el sitio, y no se preocupe por el tiempo.

—Está bien. ¿A qué hora vengo a buscarla?

—¿Le parece bien a las nueve?

—De perlas. ¿Adónde va ahora?

—Al periódico.

—Suba —repuso Aland, abriendo la portezuela de su coche—. La dejaré allí. Si tiene prisa, iré tocando la sirena, para que nos dejen paso.

—No, por Dios —repuso ella, mientras se acomodaba en el asiento—. No es preciso...

—Me alegro mucho —aseguró Aland—. Me gusta estar a su lado.

Dolly le miró, pero no pudo advertir en sus palabras ni en la expresión de su rostro el menor asomo de ironía. Aland puso el automóvil en marcha, mirando hacia el frente. Ante el edificio de “El Globo”, Dolly apeóse del vehículo, y se perdió en el vestíbulo, seguida por la mirada de Aland.

\* \* \*

No fue Tuttle quien se percató de la vigilancia a que estaba sujeto.

En realidad, el abogado creía estar libre de toda sospecha, y no se preocupó de tomar la más elemental precaución en sus idas y venidas por la ciudad. Vicent le siguió como una sombra durante toda la mañana, constatando, decepcionado, que las visitas del abogado no podían ser más inocentes, ya que todas ellas se concretaron a entrevistas con compañeros de profesión en la Sala del Palacio de Justicia.

Sin embargo, no era él el único que espiaba los movimientos de Tuttle. Un hombrecillo delgado y enteco, cuyo rostro estaba continuamente sometido al martirio de un tic nervioso bastante acentuado, también parecía tener mucho interés en los movimientos del abogado.

Sus ojos se cubrían con unas gafas negras, que los libraban de los rayos del sol; pero que, en cambio, no debían restar agudeza a su visión, a juzgar por el escaso tiempo que tardó en percatarse del

interés del agente por Tuttle.

Cuando comprobó que no estaba equivocado, permaneció unos instantes sin saber qué hacer, detenido en un extremo de la galería del Palacio de Justicia.

Tuttle penetró en un despacho reservado para los abogados, y Vicent permaneció a la puerta, esperando su salida, sin percatarse de que, a su vez, era observado por el hombrecillo de las gafas negras.

Este vestía un traje de corte irreprochable, que no le daba ninguna personalidad, y portaba una cartera de buen tamaño, llena, al parecer, de papeles, que le confería el aspecto de un ocupado hombre de negocios.

La vista de la cabina telefónica pareció darle una idea, y penetró en ella. A través de la encristalada puerta podía ver a Vicent fumando con indolencia, sin separar los ojos de la puerta, y no dejó de observarle mientras depositaba una moneda en la ranura y marcaba un número.

—¿Callaghan? —preguntó—. Oye: estoy en el Palacio de Justicia. Hay un tipo que no se separa de Tuttle ni a sol ni a sombra. ¿Qué hago?

—¿Qué aspecto tiene?

—De lo más vulgar. Igual puede ser un policía que un guardaespaldas. ¿Qué hago?

—Síguelos. Ahora mismo te mando a Delaney.

Vicent comenzó a bostezar. Miró al reloj, y lanzó un gruñido al comprobar que eran cerca de las doce de la tarde. Para aquel entonces, Delaney se había unido ya a Taylor, y acordaron que este permanecería arriba, mientras el otro esperaba en la puerta del edificio.

Pocos minutos después, Vicent suspiró, aliviado, al ver abrirse la puerta y recortarse en ella la poderosa humanidad de Tuttle. El abogado parecía más viejo y cansado que la noche del asesinato de Riley; más, a pesar de ello, dirigióse con rapidez hacia la puerta de la galería.

Vicent le siguió, sin parar mientes en Taylor, y los tres, uno detrás de otro, descendieron la amplia escalinata de mármol. Al llegar a la calle, Delaney unióse a Taylor, y ambos pudieron comprobar que, apenas Tuttle subió a su coche, Vicent arrancó tras él.

—Me da mala espina esto —dijo Delaney, una vez se acomodaron en el asiento posterior del taxi que esperaba a Taylor—. Si le fuese guardando las espaldas, habría subido al coche con

él.

Taylor estuvo de acuerdo con su compañero. Y más aún cuando, al cabo de pocos minutos, Tuttle detuvo el coche ante su domicilio, y descendió de él, cerrándolo, mientras Vicent pasaba de largo, haciendo que los dos hombres se mirasen, perplejos.

—¿Adónde irá? —preguntó Delaney—. Tú quédate aquí —dijo, de pronto, a Taylor—. Si vuelve a salir Tuttle, no le pierdas de vista. Yo voy a seguir a ese tipo.

De esta manera, Delaney vio penetrar a Vicent, poco después, en el edificio en que estaba instalada la Jefatura de la División del F. B. I. y de la Policía de la ciudad, y su rostro tomó el aspecto de una nube sombría.

El conductor del taxi le miraba con sospechas. Delaney se percató de ello, y pagó el importe del contador. Una vez de pie en la acera, frente al edificio, pensó en lo que más le convenía hacer, y se dijo que lo más prudente era avisar a Callaghan.

Lo hizo desde la cabina de un bar, y fue el propio Callaghan quien contestó a su llamada.

—Oye —dijo Delaney—: el tipo que seguía a Tuttle es un policía. Acaba de entrar en la Jefatura.

—¿No será del F. B. I.?

—No lo sé.

Sucedió un intervalo de silencio, mientras Callaghan se devanaba los sesos pensando el motivo por el cual las autoridades habían puesto ya su mirada en la espalda del abogado. Naturalmente, sabía que Riley había sido asesinado, por haberlo leído en el periódico de la mañana; pero estaba seguro de que no había sido Rourke el autor de su muerte, porque el forajido permanecía secuestrado desde que se le facilitó la fuga.

¡Y era Tuttle quien le había secuestrado! La idea de que la Policía estaba ya sobre la pista del abogado le hizo sudar.

—¿Sabes si ha salido Tuttle de la ciudad esta mañana? —preguntó a Delaney.

—Supongo que no —repuso su secuaz—. Al menos, Taylor no me ha dicho nada.

Tal vez, la Policía no tenía aún más que sospechas acerca de Tuttle; pero si el abogado visitaba aquella tarde el lugar donde guardaba a Rourke y era seguido, los agentes del F. B. I. matarían dos pájaros de un tiro. Callaghan conocía bien sus métodos y su eficiencia. Si iban detrás de Tuttle, no tardarían en echarle el guante, y el abogado “cantaría” de plano dónde estaba Rourke, en cuyo caso ya podía él despedirse de los preciosos billetes que veía

en sueños.

—Escucha, Delaney —dijo, con rapidez—: tenemos que impedir que Tuttle sea vigilado. ¿Sigue en Jefatura el agente que le vigilaba? Pues pégate a él como una sombra, y dime qué hace. Yo estaré aquí el resto del día. Si ves que Tuttle sale de la ciudad y el policía le sigue, no vaciles en hacerle perder su pista.

Delaney colgó el auricular, y salió de nuevo a la calle; pero aún pasó un buen rato antes de que Vicent apareciese nuevamente ante su vista. Esta vez no iba solo, sino acompañado por otro hombre, y ambos subieron al coche del primero. Delaney detuvo un taxi que pasaba en aquel momento, y ordenó al conductor seguir al coche.

\* \* \*

Stebbins le estaba esperando cuando Aland se presentó en el despacho del inspector, saboreando aún el encanto de la compañía de Dolly Maxwell.

Su superior parecía la viva estampa de la satisfacción, y la sonrisa que brillaba en su ancho rostro auguró a Aland que las cosas marchaban viento en popa.

Stebbins avanzó hacia él, sin dejarle siquiera tomar asiento.

—He hablado con el inspector-jefe —dijo—. Está muy satisfecho de usted y de su teoría, aunque no dejó de rozarme la piel con lo de Rourke. Opina que este y Tuttle pueden estar coaligados para matar a Riley.

—¿Por qué habían de estarlo? —preguntó Aland.

—El forajido tenía sentenciado al inspector —repuso Stebbins—. Le amenazó en el Tribunal, y no es de los que...

—De acuerdo. ¿Y Tuttle?

—No sabemos aún que parte tiene en este rompecabezas. Estuvo varias veces a ver a Riley. La viuda de este le ha reconocido en una fotografía que le hemos enseñado. Dice que la última vez (hará de esto unos cinco o seis días) sostuvieron una discusión, en la que se pronunció varias veces la palabra dólares.

—¿Qué es lo que investigaba Riley?

—Al parecer, ha habido un soborno respecto a ciertos suministros con destino a Corea —repuso Stebbins—. Concretamente, se sospecha que determinado miembro de ella ha percibido dinero por adoptar algunos productos, cuya calidad es muy inferior a la que debían tener.

—¿Quién es él? —preguntó Aland.

—Lo ignoramos. Pero tanto el inspector-jefe como yo, tenemos

la sospecha de que Tuttle lo sabe. Probablemente, Riley lo averiguó, y el abogado fue comisionado para sobornarle, si aplazaba la investigación. El robo de los papeles parece confirmar esta teoría.

—Y ¿por qué creen que Rourke y Tuttle están asociados?

—El interés de ambos coincidía sobre la persona de Riley; pero, aparte de eso, hemos hecho algunas averiguaciones, y creemos que Tuttle no es ajeno por completo a la fuga de Rourke.

—Esto implica que el abogado sabe dónde se encuentra. ¿Por qué no le detienen?

—Aún no tenemos más que sospechas, muchacho —repuso, paternalmente, Stebbins—. Tuttle es listo, y se defendería como un tigre acosado, sin contar con que no habría poder humano que le sacase dónde está Rourke ni, mucho menos, quién le comisionó para que entrase en tratos con Riley.

—Comprendo —murmuró Aland—. Afortunadamente, Vicent no le pierde de vista.

—Eso es. Tarde o temprano volverá a ponerse en comunicación con Rourke, sin contar con que nosotros tampoco nos estaremos cruzados de brazos. Y a propósito, ¿ha visto a esa periodista?

—Si —repuso Aland—. No ha querido decirme quién le dio la información; pero eso apenas tiene ya importancia, y, por otra parte, supongo que ha sido el encargado de Wong. Ningún otro hombre, más que Charley y el propio Tuttle, sabían que Riley fue asesinado, y a ambos se les advirtió que no dijese nada.

—Haga venir a ese chino. Le voy a dar un recorrido que...

—¿Para qué? —preguntó Aland, temeroso de que la reacción de Stebbins cortase sus buenas relaciones con Dolly—. En realidad, no nos ha perjudicado en nada, y yo no le advertí que la noticia era confidencial.

El inspector pareció aplacarse.

—Está bien —dijo—. Usted lleva las riendas del asunto, de forma que actúe como mejor le parezca —miró al reloj, que marcaba bien pasada la hora del mediodía, y agregó—: Aún no sabemos nada de Vicent.

Los dos hombres esperaron impacientes la llegada de aquel. Mientras tanto, le dieron tantas vueltas al asunto, mirándolo desde todos los puntos de vista, que cuando aquel llegó, media hora después, podían asegurar, sin temor a equivocarse, de que no había quedado ningún cabo suelto.

Apenas le vieron entrar, Stebbins le preguntó por el resultado de su gestión. Vicent hizo un gesto de fastidio.

—Estas comisiones podías encomendárselas a un alumno de

primer año —dijo a Aland—. Me parece que te has tirado una buena plancha, compañero. Si Tuttle tiene algo que ver en el asunto, me como el sombrero.

—¿Adónde ha ido?

—A su despacho, y luego, al Palacio de Justicia, donde ha estado casi dos horas, encerrado en el despacho reservado a los abogados. Naturalmente, no puedo decirles con quién ha hablado; pero, desde luego, no apareció por allí la sombra de Rourke ni ninguno de su calaña.

—Hay que seguir vigilándole —dijo Stebbins—. Las cosas han llegado a un punto en que pueden explotar de un momento a otro. ¿Dónde está ahora?

—En su casa —repuso Vicent, sin ver por qué lado podría producirse el estallido que auguraba Stebbins.

—Enviaremos otro agente—decidió el inspector—. Usted váyase a almorzar, y relévele en cuanto lo haga.

Vicent afirmó con la cabeza, y los dos agentes abandonaron su despacho. Una vez en el pasillo, aquel dio rienda suelta a su decepción:

—¿Vigilarle? ¿Para qué? ¿Qué esperáis que haga? ¿Lo creéis tan tonto como para ir a visitar a Rourke o al hombre que encubre?

—Tendrá que hacerlo, más tarde o más temprano —repuso, tranquilamente, Aland.

Ambos salieron a la calle, y se acomodaron en el coche de Vicent, que aquel había dejado estacionado frente a la puerta. Ninguno de los dos se percató de que eran seguidos por Delaney, porque no tenían ningún motivo para sospecharlo.

---

**¡ ATENCION !**

**EDITORIAL ROLLAN**

**¡ LA EDITORIAL DE LOS EXITOS !**

triunfa una vez más al crear la inigualable  
Colección

**P R O E Z A S**

Un género nuevo, interesante, para toda clase  
de públicos, como lo es el invencible

**F. B. L.**



## VIII

TUTTLE detuvo su automóvil ante la gasolinera situada fuera ya de la ciudad. Vicent, que le seguía a una distancia prudencial, le vio apearse del vehículo, y acercó su coche a la derecha de la carretera, a unas cincuenta yardas de distancia del surtidor.

El abogado parecía estar de un humor excelente, a juzgar por las muestras. El agente del F. B. I. esperó pacientemente, con las manos puestas sobre el volante, sin percatarse de que, a corta distancia suya, se había detenido un tercer automóvil, conducido por Taylor.

Este y Delaney venían devanándose los sesos desde Chicago, intentando dar con la fórmula que les permitiese conseguir que el agente perdiese la pista de Tuttle, y la encontraron a la vista de ambos coches detenidos en la carretera.

Era ya casi de noche. Las luces del surtidor brillaban más allá con sus guiñadas rojas y verdes, que anunciaban su emplazamiento a los automovilistas desde una gran distancia, sobre todo en la oscuridad. El tráfico era bastante intenso, pero los dos forajidos confiaban en poder evitar que Vicent siguiese su camino en pos de Tuttle.

Ambos se apearon del automóvil, y se dirigieron al ocupado por el agente. La carretera estaba bordeada por gruesos árboles, debajo de los cuales la oscuridad era mayor que en el centro de aquella. Vicent permanecía en el coche, con las luces apagadas y los ojos fijos en la movable figura de Tuttle en el surtidor.

Delaney acercóse disimuladamente a la parte trasera del automóvil, mientras Taylor se ocultaba entre los árboles, y maniobró durante unos segundos en una de las ruedas. Luego se unió a su compañero, y ambos permanecieron alertas, ocultos entre los árboles.

Al cabo de pocos minutos, Tuttle subió de nuevo al coche, y reanudó la marcha sin vacilar. La luz de sus faros era lo bastante potente para guiar a Vicent; pero, de todas formas, este encendió

también los suyos, sabiendo que el tráfico le permitiría seguirle sin que Tuttle lo sospechase.

Obedeciendo al mandato, el automóvil se puso en marcha, pero no fue muy lejos. En cuanto empezó a tomar velocidad, Vicent se percató de que algo anormal sucedía. Por la forma en que marchaba el vehículo, tuvo la sensación de que había pinchado una rueda de atrás, y maldijo en su interior por aquel contratiempo que, tal vez, le haría perder la vista de Tuttle.

De nuevo detuvo el vehículo, junto al borde de la carretera, y se apeó de él, dirigiéndose hacia la parte posterior del mismo, donde la luz de la linterna que empuñaba le hizo lanzar una exclamación de asombro. No se trataba de un simple pinchazo, como él había creído, sino de un corte perfecto, largo y profundo, que afectaba a la cubierta y a la cámara. No cabía la menor duda acerca de que había sido hecho con una navaja. Ni siquiera un cristal de gran tamaño, abandonado en medio de la carretera, habría podido abrir aquella brecha.

“¿Quién habrá sido...?”, se preguntó, lanzando un violento insulto.

Pensó que, tal vez, Tuttle se había percatado de la persecución de que era objeto, y apretó los dientes, iracundo. De todas formas, no le quedaba otra solución más que arreglar el desperfecto, y fue a aplicarse a la tarea de cambiar la rueda, pero el ruido que percibió detrás de él le hizo volver la cabeza.

El foco de la linterna cayó de lleno sobre Taylor y Delaney, mostrando a Vicent que estaba en peligro, pues ningún hombre, con intenciones amistosas, se habría acercado a él llevando una pistola en la mano.

—Tire la linterna. Tírela o...

Vicent lo hizo así, pero antes de que aquella llegase al suelo, pensó que no debía permanecer en actitud pasiva, y se llevó la mano derecha a la pistola.

Sin embargo, era ya demasiado tarde. Delaney saltó a su lado y le aferró por ambos brazos, arrastrándole hacia la sombra más densa de los árboles, para evitar el ser vistos por alguien que pasase por la carretera. Vicent forcejeó desesperadamente con él, y por un momento pareció que iba a imponerse a su agresor; pero Taylor no permanecía inactivo.

La linterna, manejada ahora por él, dejó ver de pronto su luz, en un fugaz relámpago que permitió al hombrecillo golpearle, con la seguridad de que no hería a su compañero. Vicent tuvo la sensación de que una descarga eléctrica le perforaba el cerebro, y Delaney

completó la acción de Taylor propinándole un terrible puñetazo en la barbilla, que lo lanzó hacia atrás, haciendo chocar su cabeza contra el tronco de un árbol.

—Vamos, Taylor; aprisa.

Entre los dos cogieron el inanimado cuerpo del agente, llevándolo a su automóvil. Iban a meterlo en él, cuando la luz de los faros de un coche se distinguió a la salida de la curva. Los dos rufianes se pegaron al suyo, esperando a que aquel hubiese pasado, y enseguida depositaron el cuerpo de Vicent en el suelo del vehículo.

—Siéntate atrás —dijo Taylor—. Si despierta...

Delaney lo hizo así, y el hombrecillo empuñó el volante, pero no se arriesgó a penetrar en la ciudad, sino que, tomando diversos caminos y atajos que rodeaban aquella, se dirigió hacia el lugar donde esperaba Callagham.

Cuando Vicent recobró el sentido, sintióse conducido a gran velocidad por lugares poco concurridos y mal iluminados. A los ramalazos de luz de los escasos faroles ante los cuales cruzaban, el agente se percató de que estaba tendido en el suelo del automóvil, y de que uno de sus agresores iba sentado en el asiento posterior. Al rebullirse, Delaney inclinóse hacia él, y le dio unos suaves golpes en la cabeza con el cañón de la pistola.

—Sea buen muchacho y permanezca quietecito, polizonte—le dijo—. Se lo digo por su salud.

Vicent dudó si obedecer la orden. Si no se rebelaba contra la estúpida caza de que había sido objeto, ahora que iba acompañado tan solo por dos hombres, tal vez no pudiese hacerlo nunca. Creía que aquello era obra de Tuttle, y se dijo que había sido un estúpido no cerciorándose antes de que el abogado no llevaba guardaespaldas.

Sin embargo, no tuvo tiempo para decidirse. Por el suave deslizarse de las ruedas, comprendió que acababan de penetrar en una bien cuidada carretera, y, dos minutos después, Taylor detuvo el vehículo en un lugar oscuro.

Se encontraban ante un edificio de dos pisos, de cuyas ventanas emanaban raudales de luz. La puerta principal, situada al final de una corta escalinata, era amplia y daba a un “hall” bien iluminado y mejor decorado, ante el cual paseaba un portero uniformado. Las notas de una orquesta se desgranaban en la noche de los campos. Un cartel luminoso anunciaba a los visitantes que se encontraban en El Pato Verde, el establecimiento de moda, frecuentado por la buena sociedad de Chicago.

Altos setos de espino, sosteniendo rosales en flor, se extendían a ambos lados del edificio, más allá del cual cabrilleaban las aguas del lago Michigan, en las cuales se zambullían numerosos bañistas, a la luz de la luna.

—Sigue hasta la parte de atrás —aconsejó Delaney.

Taylor maniobró en el volante: sacó el automóvil del final de la fila de ellos, que se estacionaban a la derecha del edificio, y se metió por un estrecho camino, que no tardó en dejarle ante la puerta posterior del club.

—Ahora voy a venderle los ojos —dijo Delaney a Vicent—. No quiero correr el riesgo de que sepa dónde nos encontramos.

Vicent no quiso decirle que tenía una vaga idea de ello. Los sonos de la orquesta y los gritos de los bañistas se asociaban a la sensación de encontrarse fuera de la ciudad, a juzgar por la ausencia total de los ruidos del tráfico, y ello le hizo pensar que se encontraba en alguno de los clubs situados en las afueras de Chicago, sobre la carretera que bordea el Michigan, en dirección a Milwaukee.

Delaney fue a hacer lo que le habían anunciado. Vicent le aferró por ambos brazos, tirando hacia él, y antes de que el “gangster” le aplastase con el peso de su cuerpo, ladeó el suyo con una violenta contorsión, haciendo que fuese aquel quien cayese en el suelo, mientras él se aderezaba a su lado.

—¡Taylor! —gritó el rufián.

Al mismo tiempo llevóse la mano a la pistolera, pero Vicent había abierto ya la puerta del automóvil y saltó al suelo... para encontrarse con la pistola de Taylor, que acudía en ayuda de su compañero.

—Quieto —gruñó.

Vicent hizo un movimiento para abalanzarse sobre él. Tenía ganada ya la mitad de la libertad, y no era cosa de echarla a perder. Pero en aquel momento abrióse la puerta del club, y tres individuos aparecieron en ella.

“Es inútil luchar —se dijo—. Esperemos los acontecimientos”.

Poco después se encontraba ante Callagham, en una amplia estancia situada en los bajos de El Pato Verde. El “gangster” le miró atentamente, y dijo:

—Al parecer, no salieron bien las cosas, ¿eh, polizante?

—No se preocupe por eso. Tuttle y todos vosotros no tardaréis en veros en la “silla”.

Callagham lanzó una risotada.

—¿Lo oís, muchachos? Cree que trabajamos para Tuttle.

—Déjame que le patee la cara, Callagham —pidió Delaney.

—Conque Callagham, ¿eh? —murmuró Vicent—. Bueno; ahora ya sé lo que os traéis entre manos.

Callagham miró a Delaney con ojos fulgurantes.

—Sea como sea, no vas a tener ocasión de aprovechar ninguna clase de informes —dijo a Vicent—. Rourke decidirá lo que hacemos contigo. Si eres un buen chico, tal vez decidamos dejarte marchar.

—¿Dónde está Rourke?

—Tuttle le tiene secuestrado, y vamos a ir en su busca.

De nuevo se maldijo Vicent. Ahora se daba cuenta de lo cerca que había estado de enterarse del paradero de Rourke y de conseguir, al mismo tiempo, una buena prueba para acusar al abogado.

Callagham ordenó que lo atasen a conciencia, y sus hombres lo hicieron así. Luego, uno de ellos preguntó adonde le llevaban, y Callagham repuso:

—Al departamento de botes. Quedaos con él uno de vosotros.

Con lo cual afirmó a Vicent en sus sospechas de que se encontraba en uno de los tres establecimientos situados a orillas del lago Michigan; pero, al parecer, ello iba a servirle de bien poco.

## IX



medida que transcurría la tarde, Aland se convencía cada vez más de que la teoría que elaborase acerca del asesinato del inspector Riley era correcta.

A ello contribuyeron varias noticias que recibió, mientras se encontraba dictando órdenes para la captura de Rourke, aunque el desaliento iba haciendo presa en él respecto a la posibilidad de encontrarle.

En primer lugar, la Policía de Illinois comunicó haber descubierto el cuerpo de Cyril “el Largo”. Estaba en lo más recóndito de un bosque, oculto con hojarasca, y presentaba dos tiros en la cabeza. Aland sintió piedad por aquel pobre diablo.

“Otra víctima de Rourke”, se dijo.

El pensamiento que llegó a su cerebro le hizo fruncir el ceño. ¿Acaso no tenía un detallado informe, donde constaba que “el Largo” había resultado herido, y que Rourke le ayudó a llegar hasta el coche que les esperaba, con riesgo de ser capturado de nuevo? Entonces, ¿por qué lo había matado después, si era mucho más cómodo haber dejado que le hubiesen cogido de nuevo?

Mediada la tarde, le llamó Wong, pidiéndole que fuese a verle. Aland pensó que tal vez tuviese alguna noticia importante que darle respecto al pasadero de Rourke. No ignoraba la sutileza y habilidad de los chinos para adquirir informes. El barrio en que moraban parecía disponer de millares y millares de ojos en toda la ciudad. Eran ellos los que hacían los más bajos menesteres, mediante los cuales tenían acceso a multitud de lugares, donde otros individuos no habrían podido entrar.

Wong recibióle a la puerta de su tienda. Tenía el rostro simpático y vivaz, aunque nadie hubiese podido decir la edad que contaba. Una barbita blanca remataba su mandíbula inferior, y llevaba la cabeza cubierta con un bonete de seda negra, con un complicado dibujo en colores.

Aunque, para viajar, el chino adoptaba una curiosa mezcla de ropas, ahora, y quizá para dar mayor ambiente al establecimiento, llevaba las vestiduras clásicas de su raza, que le llegaban casi hasta los pies, calzados con babuchas de seda.

Pronunciando una serie de amables palabras, condujo a Aland a su despacho. Al cruzar ante su encargado, el agente le miró con dureza, recibiendo por respuesta una sonrisa dulce y humilde.

El despacho de Wong era pequeño, pero contenía riquezas suficientes para haber proporcionado una vida descansada a un padre de familia.

Era, en realidad, un pequeño museo, en el que, sobre los más variados y bellos muebles de estilo oriental, descansaban infinidad de objetos de laca y marfil. Las cajas, estatuillas, alhajas y otros objetos de arte formaban un conjunto que encantaba la vista.

—Debe valer un dineral todo esto, ¿eh, Wong? —preguntó Aland.

El chino rio, silenciosamente.

—¿Dónde quiere sentarse? —preguntó—. ¿En una silla o plefiele un cojín?...

Había varios junto a la ventana, a través de la cual se veía pasar la multitud que frecuentaba la calle. Aland se decidió por el cojín, y se dejó caer con muy poca maña sobre uno de ellos. Wong lo hizo frente a él, cruzando habilidosamente las piernas, y pareció adivinar el deseo de Aland.

—Puede fumar, si lo desea —le dijo.

—Gracias —repuso el agente, con una sonrisa—. ¿Para qué me ha llamado?

—Tengo una noticia, que tal vez lesulte intelesante pala usted —replicó Wong—. Mis compatlitas gozan de buena vista y mejol oído. Cuando leglesé del viaje y Peng me comunicó que había usted venido a velme, oldené hacel unas indagaciones. Sing no es un asesino. Sing no mató a nadie. Ela un hombre honlado, que vivía modestamente con su negocio de lavalopas.

—Ya lo sé —repuso Aland.

—Me aleglo de ello. Mi poblé y desdichado helmano fue visitado hace cuatlo días... noches, mejol dicho, pol dos caballejos blancos —la voz de Wong se impregnó de ironía al decir esto.

Al parecer, Sing y su ayudante iban a marcharse, cuando se vieron sorprendidos por la llegada de dos hombres, que, sin pronunciar una sola palabra, se abalanzaron sobre ellos. Evidentemente, su intención era coger vivo a Sing, y evitar que su dependiente pudiese hablar, por cuanto dejaron inconsciente a

aquel, mediante el expeditivo procedimiento de golpearle con una pistola en la cabeza, y luego ataron y amordazaron al otro, de tal manera, que no le fue posible libertarse de sus ligaduras.

—¿Cómo le encontraron?

—Un cliente fue a la tienda valías veces a buscar una plenda —repuso Wong—. Una de ellas oyó golpeal dentlo, y la voz de Chang que pedía auxilio a glandes voces, una vez consiguió deshacelse de la moldaza.

La historia era interesante, pero no agregaba nada a lo que ya sabían. Aland le indicó que estaba convencido de la inocencia de Sing, y también que tenía sobrados fundamentos para saber quién era el asesino.

—¿Loulke? —preguntó el chino.

La pregunta fue hecha sin demostrar interés, pero Aland no la contestó.

—Tal vez —repuso, sonriendo.

Wong sonrió, también enigmáticamente, y dijo:

—Si usted confiase en la humilde pelsona de Wong, tal vez llegalíamos a alguna conclusión, que favolecelía la acción de la Justicia.

Aland se percató, por sus palabras, de que el chino sabía más de lo que aparentaba, y le contó en breves palabras sus sospechas. Cuando terminó de hablar, la sonrisa del chino era radiante.

—Yo nunca me fie de ese Tuttle —dijo—. Y he hecho mis plopías aveliguaciones. ¿Sabe que dos hombres han seguido dulante todo el día los pasos del agente que usted designó pala vigilar al abogado?

—¿Dos hombres de usted? —preguntó Aland.

—No. Dos blancos—rectificó el chino.

—¿Cómo lo sabe?

—Los chinos tenemos los ojos oblicuos y pequeños —repuso Wong, sonriendo—, lo cual no excluye que sepamos utilizallos, ¿complende? Como le digo, esos hombres siguielon a su compañelo, que, a su vez, no peldía de vista a Tuttle. Ahola acabo de lecibil noticias de que el abogado se dispone a salil de la ciudad.

Aland se puso en pie de un salto.

—Seguramente irá al lugar donde debe reunirse con Rourke —dijo—. Tengo que irme. Wong: yo le estoy...

—Espele un momento, amigo. Mis hombres no pieklen de vista a los otlos. Ellos me dilán lo que suceda.

Aland se calmó un tanto, pero no volvió a sentarse. De pronto pensó que dentro de pocos minutos debía de estar en casa de Dolly,

para recoger a la muchacha, y dijo a Wong:

—Le ruego que me tenga al corriente de todo.

—Cíalo que lo halé; pelo pala eso necesito saber dónde está.

—Llame a casa de Dolly Maxwell, la periodista de “El Globo”.

¿La conoce?

—Wong se honla con la amistad de esa señolita.

—Y su encargado también, al parecer —repuso Aland. Wong sonrió, indefiniblemente, y el agente prosiguió—: Telefonee a su casa. Si no estamos allí, su abuela le dirá dónde podrá encontrarnos.

—Confolmes —repuso el chino.

Le acompañó hasta la puerta. El cierre estaba echado hasta la mitad, esperando, evidentemente, a que saliese. Mientras avanzaba por la calle, envuelta en sombras, se fue tranquilizando. Vicent sabía muy bien cómo salir de apuros, y además, su misión era puramente vigilante e informativa. Pero no podía ir con Dolly a ningún sitio. Tal vez, Wong descubriese algo, y, en tal caso, lo que procedía era tratar de aprovechar inmediatamente su información.

Cuando salió a calles más iluminadas, donde los chinos eran menos abundantes, llamó un taxi, y se hizo conducir a la pensión donde habitaba.

“Al menos veré a Dolly”, se dijo.

Le habría gustado cenar con ella; pasear bajo la luna, llevándola a su lado, y estrechar su cuerpo a los compases de una buena orquesta; pero ya que no podía ser, tendría, al menos, la satisfacción de estar a su lado, en el ambiente grato y acogedor de su casa, hasta que llegase el momento de la acción.



## **¡PROEZAS! ¡PROEZAS! ¡PROEZAS!**

### **P R O E Z A S**

**Es el título de la nueva colección de aventuras modernas, en ambientes exóticos, realizadas por hombres audaces y mujeres apasionadas.**

**Argumentos tensos y dramáticos, presentación exquisita, al bajo precio de CINCO pesetas.**

**JOVENES, MUJERES Y HOMBRES leerán**

### **P R O E Z A S**



A luna navegaba en un cielo sin nubes, iluminando el paisaje con su luz blanca y aterciopelada, que despojaba a los contornos de las cosas de las brusquedades y fealdad que la luz del sol ponía de relieve.

Dos grandes automóviles avanzaban a gran velocidad por la carretera, manteniéndose a corta distancia entre sí. Cada uno de ellos estaba ocupado por seis hombres, que guardaban el más absoluto silencio. Detrás del asiento posterior de ambos, podían percibirse oscuros bultos de siniestro aspecto, que, de haber gozado de mejor luz, hubiesen podido ser identificados como las fundas de sendos fusiles ametralladores.

Al fin penetraron en la carretera, más allá de la gasolinera, cerca de la cual permanecía aún el coche inutilizado de Vicent, y continuaron la marcha, redoblando la velocidad.

Poco después, los largos brazos de un poste indicador aparecieron ante el conductor del primer coche. La luz de los faros cayó sobre ellos, y Callagham pudo leer: “A Hagemont, dos millas”.

—Por aquí es —dijo.

El coche saltó hacia adelante por el estrecho camino. Apenas había recorrido una milla, cuando Callagham ordenó al conductor:

—Apaga las luces.

Este lo hizo así, y los dos automóviles continuaron su avance en la oscuridad. La marcha era demasiado lenta ahora para la impaciencias de Callagham; pero era preferible esto a que los hombres de Tuttle se percatasen de su llegada y liquidasen a Rourke antes de que pudiera ser libertado.

Media milla más allá, Callagham ordenó hacer alto, y se apeó del automóvil, siendo imitado por sus hombres.

—Bueno, muchachos: llegó la hora —dijo—. Recordad lo que tenéis que hacer.

Eran diez individuos, dispuestos a enfrentarse con los mismos

demonios con tal de conseguir la libertad de Rourke. Callaghan les había hecho ver, con encendidas palabras, los beneficios que se derivarían de ello para todos y cada uno de los componentes de la cuadrilla, que ya veían en Rourke una especie de Dios, capaz de sacar oro de una patada de las arenas de la playa.

El grupo continuó su camino. La luna mostraba sus sombras, que, por lo demás, eran invisibles a doscientas yardas de distancia. Diez minutos después estaban ante el lugar donde Tuttle guardaba celosamente a Rourke. Era un enorme caserón, de feo aspecto, rodeado por un amplio jardín, limitado por una verja de hierro.

Tuttle debía preocuparse muy poco de aquella propiedad, por cuanto la verja aparecía rota en algunos sitios, mostrando grandes brechas, por dónde los hombres de Callaghan, y él mismo, se deslizaron al jardín sin la menor dificultad.

El abogado parecía estar bien seguro de la impunidad, por cuanto no tropezaron en su camino con persona alguna que les echase el alto. Los hombres de Callaghan habían sido adiestrados por este a la vista de los datos proporcionados por Cransborg, y así, mientras él se dirigía en silencio, acompañado por tres de sus secuaces, hacia la parte trasera de la casa, los demás quedaron vigilando las puertas y ventanas del edificio, desde diversos puntos del jardín, sumidos en la oscuridad.

La luz brillaba en dos de las ventanas del frente del edificio. Callaghan, según avanzaba hacia la pequeña casucha situada en el fondo del jardín, que servía para guardar los útiles necesarios para el cuidado de este, se percató de que había un automóvil detenido ante ella, y se volvió hacia el hombre que iba a su lado.

—Será una gran suerte, si Tuttle se encuentra aún en la casa —dijo.

En el interior del vehículo no había nadie, ni tampoco montaba la guardia ninguno de los hombres del abogado ante la casucha.

A la luz de la luna, Callaghan pudo comprobar que la puerta de esta se encontraba abierta, y tuvo la sensación de que el fracaso más rotundo iba a coronar su acción. Cransborg le dijo que Rourke sería ejecutado aquel amanecer. ¿Habría precipitado los acontecimientos la llegada de Tuttle, y sería ya demasiado tarde?

Preso de la excitación, acercóse a la puerta, pistola en mano, y llamó, con voz tenue:

—Rourke.

Nadie le contestó. Ello decidió a Callaghan a encender la linterna y pasear la luz por el lugar en que se encontraban. Evidentemente, Rourke había estado allí, y las señales eran

inequívocas. Un camastro, adosado a la pared, mostraba aún en su centro la huella del cuerpo que, durante días y días, estuvo tendido en él rumiando planes de venganza. También había un par de sillas y un cabo de vela, y allí acababan las comodidades.

—¿Dónde diablos lo tendrán? —murmuró Callaghan.

—Tal vez lo han sacado ya para liquidarlo —apuntó uno de sus hombres.

Callaghan también lo temía así, pero se libró de manifestarlo. De pronto tuvo una luminosa idea.

—Quizá estén en la casa —dijo—. Vamos.

Una pequeña puerta se abría en el muro, muy cerca del lugar en que se encontraban. Callaghan recogió a dos de los hombres que vigilaban el jardín, y mientras, obedeciendo sus órdenes, uno de ellos corría en busca de los demás, él, con los otros cuatro, penetró en el edificio.

La puerta, abierta, le dio cierta esperanza de haber acertado en la suposición de que Tuttle había ordenado conducir a Rourke a la casa, quizá para comunicarle que iba a morir.

La invasión del edificio se realizó con el mismo silencio que la del jardín. Callaghan penetró el primero en el estrecho pasillo, ascendiendo sin vacilar la corta escalera de piedra, que parecía conducir al primer piso.

La linterna que llevaba en la mano izquierda lanzaba de cuando en cuando un ramalazo de luz sobre el camino a seguir, y no tardaron en encontrarse en la planta segunda, en la cual, al parecer, estaban encendidas las dos luces que se veían desde fuera.

De una de las habitaciones, por debajo de cuya puerta se filtraba una línea amarillenta, llegó hasta ellos el rumor de una conversación, seguida de una carcajada, que contenía una buena dosis de ironía.

“Tuttle se divierte a costa de Rourke —se dijo Callaghan—. Es una pena que tengamos que suprimirle la diversión”.

Dos de sus secuaces quedaron guardando el pasillo, para evitar posibles contingencias, aunque, al parecer, todos los hombres del abogado se encontraban en la estancia; pero Callaghan, perro viejo en aquellas lides, no deseaba correr el menor riesgo.

Seguido por dos hombres, acercóse a la puerta. El picaporte que la cerraba era de un tipo anticuado, que podía abrirse desde fuera. El “gangster” no vaciló, y, tras levantarlo, empujó bruscamente la puerta.

Tuttle, que había comenzado a hablar de nuevo, se detuvo, mirando, sorprendido, hacia ella. Uno de sus hombres lanzó una

exclamación, y de los seis que ocupaban la estancia, tan solo Rourke, pasado el primer momento de tensión, sonrió, aliviado, al reconocer a Callagham.

Los tres forajidos penetraron en la estancia. Uno de ellos llevaba un pequeño fusil ametrallador, que movió en sentido semicircular, amenazadoramente.

Callagham recorrió con los ojos el silencioso grupo que tenía delante. Toda la alegría había desaparecido de los ojos de Tuttle, que miró, perplejo, a los intrusos, como midiendo las fuerzas.

—Arriba los brazos —ordenó Callagham, manteniéndose alerta—. Ven aquí, Rourke.

Este retrocedió hasta ellos.

—Dale tu pistola, Pinkey.

El aludido lo hizo así, y Rourke empuñó el arma con verdadera delectación, mirando a Tuttle con ojos asesinos. El abogado perdía su aplomo por momentos. Si había guardado esperanzas de poder dominar al grupo por la fuerza del número, estas se disipaban, ahora que eran cuatro las armas que estaban apuntadas contra ellos.

Callagham le miró también. Nadie se lo dijo, pero reconoció al abogado inmediatamente, por el corte de sus ropas y su aspecto distinguido.

—Acérquese —ordenó—. Vosotros no perdáis de vista a esos.

Cransborg miraba la escena, intranquilo. Tenía en el bolsillo parte de los diez mil dólares que Callagham le había entregado, y, al pensar en lo que él haría en semejante situación, sintió que algo tan lento y helado como un caracol le recorría la columna vertebral.

—Con que tú eres Tuttle, ¿eh? —gruñó Callagham.

Le registró con mano diestra, sacándole del bolsillo del pantalón una pistola, no por pequeña menos mortífera.

—Uno sin dientes—rió Rourke—. Ahora, tú —dijo, señalando a otro.

Tuttle se hizo a un lado, y otro de los forajidos avanzó hacia sus enemigos, corriendo la misma suerte que el abogado.

—¿Hay más hombres en la casa? —preguntó Callagham.

—Que yo sepa, no. Vamos, Cransborg. Llegó tu hora.

Callagham sonrió al pensar que Rourke no sabía la verdad que acababa de decir, sin sospecharlo.

Cransborg avanzó hacia ellos lentamente, y Rourke le desarmó en un santiamén.

—¡Cobardes! —exclamó—. Ni siquiera tiene agallas para rebelarse.

—Mírale los bolsillos —dijo Callagham—. Debe tener encima el

dinero que me sacó por decirme dónde podía encontrarte.

Tuttle y los otros miraron a Cransborg sombríamente. Rourke le registró, sacando de sus bolsillos unos cuantos billetes.

—¿Dónde está el resto del dinero? —preguntó Callagham.

—En mi habitación.

—Sal delante de mí.

Cransborg lo hizo así, llevando los brazos en alto y la pistola de Callagham pegada a los riñones. Una vez en el pasillo, este ordenó a uno de los hombres que lo vigilaban que penetrase en la habitación y al otro que le acompañase.

Mientras se perdían pasillo adelante, Rourke, auxiliado por los demás, desarmó al resto de los hombres de Tuttle. Luego contempló a los forajidos, que permanecían frente a él con los rostros vueltos hacia la pared.

—Vigilad a esos —ordenó—. Tuttle, venga acá.

El abogado tragó saliva. Conocía la ferocidad de Rourke y no ignoraba que estaba furioso a causa del secuestro de que había sido objeto y las vejaciones por que tuvo que pasar durante él.

Rourke sonrió irónicamente cuando lo tuvo frente a él. Una barba de cuatro días y las ropas que le habían proporcionado, desplanchadas y sucias, hacían más terrible su aspecto.

—Se cambiaron las tornas —dijo, con helado tono—. Ahora va a explicarme por qué me secuestró.

Tuttle permaneció en silencio. En aquel momento, de alguna parte de la casa llegó hasta ellos una explosión amortiguada por la distancia, y enseguida Callagham y cuatro hombres más irrumpieron en la estancia.

—¿Qué has hecho de Cransborg?

—Le convencí para que me devolviese el dinero —repuso Callagham, con sarcasmo—. Luego, como no me gustan los traidores...

Tal fue el epitafio fúnebre de Cransborg, a cuya muerte nadie le dio la menor importancia. Los lobos no se muerden entre ellos, según el refrán; pero aquellos hombres eran peores que fieras y se destruían mutuamente sin ningún remordimiento. Rourke miró de nuevo a Tuttle.

—Vamos. ¿Por qué me secuestró?

—Yo puedo decírtelo —repuso Callagham—. ¿Sabes que han matado a Riley?

Rourke le miró sorprendido.

—¿Quién? —preguntó.

—Él lo sabe —repuso el forajido, señalando a Tuttle—. Fue él o

alguno de sus hombres.

El rostro de Rourke se tornó sombrío. Con voz dura increpó al abogado.

—Riley era cosa mía —dijo—. Juré matarle, y lo habría hecho aunque hubiese tardado cien años en conseguirlo. Y ahora usted me ha privado de ese placer. Debería...

—Deberías darle las gracias por haberte hecho la faena —le interrumpió Callaghan.

—No. Era algo que me hubiese gustado hacer con mis propias manos para devolver a Riley parte de su propia medicina. Pero ya no puede ser.

Apretó las mandíbulas.

—Le tienes a él —apuntó Callaghan—. ¿Qué hacemos con esos?

—Dejarlos aquí encerrados. No tenemos nada contra vosotros, muchachos —dijo a los forajidos, que le miraron casi con agradecimiento—. Os quedaréis aquí, pero os aconsejo que huyáis en cuanto nos perdamos de vista.

—La Policía anda detrás de los pasos de Tuttle —intervino Callaghan—. Si os sorprenden en la Casa con el cadáver de Cransborg...

—Adelante, Tuttle —dijo Rourke.

El abogado tembló como la hoja de un árbol.

—¿Qué van a hacer conmigo? —preguntó.

—Proporcionarle un largo baño en el lago —repuso Callaghan, y Rourke rio de buena gana.

—Creo que tengo algo mejor —dijo—. Tuttle no nos ha dicho aún quién le encomendó la muerte de Riley ni el motivo de ella; pero ahora nos lo dirá. ¿Cuánto cree que podremos sacarle a ese individuo por no entregarle a usted a la Policía, para que esta le saque del cuerpo todo lo que sabe y más? —preguntó con ironía.

La faz del abogado se tornó cenicienta. Rourke hizo un gesto con la cabeza.

—Vamos —dijo—. Trataremos de eso en el coche.

Los cuatro inermes forajidos quedaron encerrados bajo llave en la estancia, pero Rourke sabía muy bien que no tardarían en huir, valiéndose de las ventanas como medio de escape.

Una vez en el jardín, el grupo, llevando a Tuttle en el centro, dirigióse hacia el lugar en que se encontraban estacionados los dos vehículos, y una vez acomodados en ellos se pusieron en marcha hacia

El Pato Verde, haciendo jocosos comentarios sin percatarse de que un hombre, tendido en el suelo, les observaba con sus oblicuos

ojillos, escondido en una depresión del terreno a escasa distancia del camino.

Cuando salieron a la carretera, el chino se puso en pie y emprendió veloz carrera hacia el surtidor de gasolina. El encargado de la estación le miró perplejo, preguntándose qué haría por aquellos lugares a tales horas aquel oriental de aspecto cansado, cuyas ropas estaban manchadas de tierra.

—¿Puedo telefonear? —preguntó el oriental—. Es algo muy urgente.

—Hágalo —repuso el encargado—. Pero dese prisa.

El chino se introdujo en la cabina y marcó el número de Wong en el aparato.

Mientras tanto, Rourke pensaba intensamente para dar forma al plan que se le había ocurrido respecto a Tuttle. Y cuando al fin lo consiguió, una sonrisa vagó por sus labios.

—Callagham —dijo—: gracias por tu ayuda. Y no te molestes si te digo que esperaba que hubieseis sido vosotros los que facilitarais la fuga.

—Este tipo se nos adelantó —aseguró Callagham—. Pero en cuanto nos enteramos dónde estabas... —agregó como disculpa.

—¿Y “el Largo”? —preguntó Rourke a Tuttle.

—No lo sé —mintió este—. Le dimos dinero para que se marchase y no volviese a acordarse del asunto.

—Fueron ustedes muy hábiles, pero ahora intervengo yo en el juego. Tengo la mejor baza y le aseguro que voy a aprovecharla.

Los dos automóviles siguieron rodando. Los hombres que los ocupaban se sumieron de nuevo en el silencio, hasta que la proximidad de El Pato Verde desató de nuevo sus lenguas.

—¿Dónde vamos? —preguntó Rourke.

—A un lugar seguro —repuso Callagham—. Tengo un buen asunto entre manos, pero te necesito a ti.

—Cuenta conmigo; pero antes hemos de solventar lo de este amigo.

Los coches pasaron por delante de El Pato Verde, radiante aún de luz y animación, pero treinta yardas más allá penetraron en un caminito de grava.

—¿Es aquí? —preguntó Rourke.

—Sí. El negocio es mío.

—Parece próspero.

—Y lo es; pero lo será más aún ahora que estás tú entre nosotros —repuso Callagham.

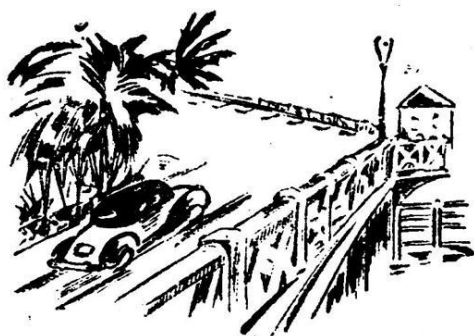
Rourke sonrió. Hacía escasamente media hora se encontraba tan

cerca de la muerte, que podía sentir su helado aliento en el cuello, pero aquellos treinta minutos habían bastado para cambiar totalmente el panorama, y ahora no solo se encontraba en libertad, sino que Callaghan y su hombres le apoyarían en todo. Y, además, Riley estaba muerto y él tenía en sus manos al asesino o instigador del crimen, mediante el cual tal vez pudiese sacar una buena suma a alguien con un poco de maña.

Los coches se detuvieron ante la puerta trasera del club. Más allá de la pequeña rotonda se extendían altos setos, de los cuales partían algunas plantas trepadoras, que formaban una tupida cortina que aislaba el camino del lago.

Fue esto lo que les impidió percatarse de que allí había alguien que no debía de estar. Cuando penetraron en la casa, el chino abandonó su puesto de observación y corrió hacia la parte delantera del edificio; pero no se detuvo ante este, sino que rebasó la zona de luz, perdiéndose en la oscuridad.

Un minuto después apareció de nuevo, sacando hasta la carretera una bicicleta en la cual montó, pedaleando furiosamente hacia Chicago.



---

---

## **EDITORIAL ROLLAN**

**¡LA EDITORIAL DE LOS EXITOS!**

**Publica:**

F. B. I. - PROEZAS - NEVADA  
NOVELISTAS DE HOY - JEQUE BLANCO  
EXTRAORDINARIA DEL OESTE - LOTO  
AVENTURAS DEL F. B. I.

**¡COLECCIONES POPULARES PARA TODOS!**



las nueve de la noche, Aland no había vuelto a tener noticias de Vicent, a pesar de que le dijo que le telefonease cada dos horas. La última comunicación entre ambos se estableció a las seis, hora en que su compañero le comunicó que estaba detenido ante el portal de Tuttle. A las nueve y cuarto la inquietud que se había apoderado de él aumentó en proporciones considerables, hasta el punto de hacerle casi olvidarse de que tenía concertada una cita con Dolly para las nueve y media.

No ignoraba lo peligroso de la aventura en que estaba embarcado Vicent. Había procurado meter en la cabeza de su compañero que no era una mera cuestión de trámite la que se le había encargado, sino una misión esencialísima que podía llevar acarreados grandes peligros, si Tuttle se percataba de la vigilancia de que era objeto.

Y aquel silencio de Vicent parecía justificar la idea que tenía acerca del particular, haciéndole albergar serios temores sobre la suerte que hubiese podido correr su compañero.

“Aún es pronto —se dijo—. Tal vez no pueda telefonar desde donde se encuentra”.

Cuando, media hora después, recordó la cita que tenía con Dolly, pensó en llamarla por teléfono para rogarla que aplazasen la entrevista; pero lo pensó mejor y, tras dar algunas órdenes por si le llamaba Vicent, se personó en el domicilio de la muchacha.

Dolly estaba radiante. Se había vestido a tono con la solemnidad de la ocasión, y, a pesar de la preocupación que le embargaba, Aland no pudo por menos de decirse que nunca en su vida había encontrado una belleza semejante; pero la periodista se percató que algo anormal sucedía y se lo preguntó sin rodeos.

—Es por uno de mis compañeros —repuso Aland—. Lo envié a seguir a un hombre y temo que le haya ocurrido algo.

—¿En relación con lo de Riley? —preguntó ella, con los ojos

brillantes—. No se olvide que me prometió...

—Lo recuerdo perfectamente. Bueno, Dolly —agregó, disculpándose—. El caso es que no podremos salir esta noche. Bien que lo siento; pero creo que va a suceder algo.

Ella dejó traslucir en el rostro la decepción que le causaba la noticia, haciendo alborozarse el corazón del agente.

—¿Qué vamos a hacerle? —repuso con una sonrisa—. Otra vez será.

—Pero supongo que sí podrá quedarse un ratito con nosotras —terció la abuela de la muchacha, que estaba presente—. Prepararé café y...

—¿Adónde pensaba llevarme? —preguntó Dolly.

—A El Pato Verde. Es un sitio que...

—Lo conozco. He ido varias veces y me agrada aquello —Dolly suspiró profundamente, y preguntó—: Bueno, ¿se queda usted?

La sonrisa que le dirigió era tan radiante y convincente que Aland estuvo a punto de decirle que no solo se quedaría un rato, sino que, de buena gana, habría pasado allí el resto de sus días.

Había olvidado ya por completo el encanto de las veladas familiares, charlando de mil cosas intrascendentes, y se mostró sorprendido cuando, al mirar el reloj, se dio cuenta de que había pasado con las dos mujeres cerca de una hora.

—¿Tiene prisa? —preguntó Dolly.

Antes de que Aland pudiese responder repicó el teléfono en el pasillo. Dolly salió a atenderlo, regresando enseguida:

—Es para usted —dijo desde la puerta.

Aland abandonó apresuradamente el saloncito y tomó el auricular. Dolly permaneció a su lado, escuchando atentamente.

Le llamaban de Jefatura para decirle que el coche de Vicent había sido localizado en la carretera de Joliet. Estaba detenido cerca de una estación de servicio, a dos millas de Chicago, y fue el encargado del mismo quien, al comprobar la prolongada permanencia del vehículo en aquel lugar, se acercó a él, observando que no había nadie en su interior, y que el motor estaba en marcha.

Un examen más detenido le mostró un profundo corte en una de las ruedas traseras, y, extrañado de que estando tan cerca de la estación no hubiesen solicitado su ayuda y de que el motor llevase tanto tiempo en actividad, decidió comunicarlo a la Policía, la cual no tardó en averiguar que pertenecía a Vicent.

—El inspector Stebbins está aquí y desea verle —concluyó el telefonista.

—Voy para allá enseguida.

—¿Es algo urgente? —le preguntó Dolly, mientras colgaba el auricular.

—Han encontrado el coche de mi compañero abandonado en la carretera de Joliet— repuso Aland, caminando hacia la puerta de la escalera—. Parece ser que el motor estaba en marcha y tenía cortada una de las ruedas.

—Téngame al corriente de lo que suceda—le rogó Dolly.

Su interés profesional estaba al rojo vivo. Aland abrió la puerta, pero se contuvo al oír otra vez el timbre del teléfono.

—Tal vez sea para mí —dijo.

De dos zancadas atravesó el pasillo, tomando de nuevo el auricular. Esta vez quien llamaba era Wong para comunicarle que Vicent había sido atacado en la carretera de Joliet.

—Ya le dije que dos de mis hombres vigilaban a Tuttle y a los que seguían al abogado —agregó.

—¿Le ha sucedido algo a mí compañero?

—Lo ignolo. Pelo quizá Tuttle lo sepa. Está en una casa denominada Hagemont. El camino que conduce a ella sale a la derecha de la cáletela, cuatro millas más allá de la gasolinela.

—Gracias por el informe —repuso precipitadamente, disponiéndose a colgar; pero Wong le contuvo.

—Espele aún —dijo—: El otro hombre mío ha seguido a los que atacaron a su compañero. Estoy espelando su infolme. ¿Dónde puedo comunicárselo?

Alan permaneció pensativo.

—Hágalo a Jefatura —dijo—. Llamaré allí cada diez minutos.

Wong mostró su conformidad, y Aland cortó la comunicación, saliendo de estampida hacia la puerta, casi sin despedirse de las dos mujeres.

Apenas aquella se cerró a sus espaldas, Dolly se abalanzó sobre el teléfono, marcando el número de Wong; pero el agente, que descendía los escalones de cuatro en cuatro, no pudo oírlo ya.

Stebbins le esperaba en Jefatura, paseando por su despacho como una fiera enjaulada. Apenas Aland penetró en la estancia salió a su encuentro, interpelándole rudamente:

—Pero ¿dónde demonios se ha metido usted?

—No he perdido el tiempo, inspector —repuso Aland, ligeramente amoscado—. Tuttle está...

—En una finca que tiene a siete millas de aquí, ya lo sé. Acaban de decírmelo por teléfono.

Aland no hizo comentario alguno, ni tampoco mostró su asombro ante la rapidez con que había actuado el inspector.

Supuso, simplemente, que Wong habría hablado también con él; pero Stebbins le sacó de su error al descubrirle por el camino su fuente de información.

—Cuando me dieron la noticia pensé que Vicent había sido atacado por los guardaespaldas de Tuttle y envié a un hombre a su casa. Tiene una vieja sirvienta, que informó al agente que Tuttle había ido a la finca. Cómo ve, el procedimiento no ha podido ser más simple.

Dos coches más, cargados de agentes, seguían al que ellos ocupaban. Poco después doblaban por el camino de Hagemont, y tras breve intervalo llegaron ante la casa.

—Hay luz en dos de las ventanas —dijo Stebbins.

Distribuyó a sus hombres por los alrededores del edificio y penetró en él por la puerta posterior, que encontró abierta, seguido de Aland y cuatro agentes más, armados hasta los dientes.

—Me parece que el pájaro ha volado —dijo, al comprobar el silencio que reinaba en el interior.

—Y, sin embargo, hay un coche en el jardín que debe ser el suyo —repuso Aland.

El registro efectuado por toda la casa solo dio como resultado el hallazgo del cadáver de Cransborg en una de las habitaciones del segundo piso. Estaba caliente aún y presentaba una herida de bala en la cabeza.

Stebbins miró a Aland, perplejo.

—No me lo explico —dijo—. ¿Conoce a este hombre?

—No. Tal vez lo mató Vicent —repuso el agente.

Ni un solo rincón de la casa quedó por registrar; pero, aparte de signos evidentes de que había sido ocupada durante algunos días por varios hombres, no encontraron nada de interés. El rastro de Vicent parecía perderse allí junto con el del abogado.

—Hemos sido unos idiotas no deteniéndole en el acto —gruñó Stebbins.

—No me lo explico —murmuró Aland—. Hay algo raro en todo esto.

—¿Qué es lo que ve de raro?

—¿Por qué no utilizó Tuttle su coche para huir? Es evidente que vino en él y...

—¿Acaso sabe usted si es el suyo el que está en el jardín? Quizá pertenecía al muerto.

La opinión de Stebbins era razonable. Dejaron dos agentes vigilando la casa hasta la llegada de la furgoneta para llevarse el cadáver, y los demás abandonaron la casa con la sensación del

fracaso en el alma.

Fue al pasar ante la gasolinera cuando Aland recordó que había prometido a Wong llamar a Jefatura cada diez minutos.

—Hágalo enseguida—le conminó Stebbins—. Y pídale a Dios que sus hombres hayan tenido más éxito que nosotros.

Aland desapareció de su vista, regresando poco después con el rostro radiante.

—Tienen a Vicent en el departamento de botes de El Pato Verde —dijo, mientras se acomodaba junto a Stebbins—. Es una especie de...

—Ahórrese la descripción. Lo conozco muy bien.

—Según parece, Rourke, Tuttle y una docena más de forajidos están también allí —agregó Aland, y Stebbins silbó por lo bajo.

—¡Qué golpe si todo sale bien! —exclamó luego.

Durante el camino, Stebbins expresó su opinión de que lo mejor era que solo Aland se acercase al club, examinando la situación con objeto de proteger a Vicent, cuya vida podía peligrar si los forajidos se percataban de la presencia de la Policía. Mientras tanto, él organizaría el sitio de la plaza con un cordón de policías, para evitar que alguien pudiese huir.

—No me gusta nada—confesó Aland—. Sería preferible que irrumpiésemos en tromba en el club y...

—Y se nos escapasen la mitad de los forajidos —le interrumpió el inspector con acritud.

—Lo importante ahora es Vicent.

—Lo importe es todo. ¿No recuerda que Rourke y Tuttle están allí? De un solo golpe podemos atrapar al forajido y solucionar el caso que costó la vida a Riley.

A regañadientes, Aland tuvo que conceder que tenía razón.

—Además —aseguró Stebbins—, ellos no tienen la menor sospecha de lo que se les viene encima. Wong se merece una medalla.

A media milla del club, Stebbins hizo detener los tres coches, y los hombres que ocupaban el suyo se trasladaron a los otros dos.

—Siga usted solo —ordenó a Aland—. Tenga los ojos bien abiertos, mientras yo organizo el resto de la función, y recuerde esto: no es preciso que se exponga en el caso de que no se vea precisado a ello.

Aland afirmó con la cabeza. Durante un corto trayecto los otros dos automóviles siguieron detrás del suyo, pero le abandonaron a su suerte al llegar el primer cruce de la carretera.

El agente lanzó un suspiro. Ahora sí que corría a meterse en la

boca del lobo. Si le reconocían, su vida no tendría el menor valor. Era de Tuttle de quien debería guardarse principalmente. El abogado le había visto una sola vez, pero podría recordarle, y entonces...

Sus pensamientos siguieron un rumbo más agradable. Dolly apareció de nuevo ante sus ojos, vestida de aquella deliciosa manera, creyendo que iba a pasar una hermosa noche junto a él.

“Y yo que pensaba traerla a El Pato Verde”, murmuró.

Dolly no bailarían con él aquella noche. Ni podrían bañarse juntos en las tibias aguas del lago Michigan. Era otra clase de diversión la que le esperaba en el club. Una diversión en la cual iba a jugarse la vida, con grandes probabilidades de perderla.

Las luces del club le volvieron al momento presente. Numerosos coches estaban aparcados en la entrada, ante la cual se encontraba detenido un taxi del que descendían en aquel momento nuevos clientes.

Aland dejó el suyo en el último extremo de la fila, en un lugar donde apenas llegaba la luz, y, tras cerciorarse de que llevaba la pistola en la sobaquera, se dirigió hacia la entrada del establecimiento.

Al llegar al pie de la escalinata se detuvo perplejo, mirando ante él, sin poder creer lo que estaban viendo sus ojos. Dolly parecía haberse materializado y estaba allí, mirándole sonriente. Aland lanzó una maldición.

La presencia de la periodista en El Pato Verde podía representar nuevas complicaciones. La tormenta se aproximaba y no solo tenía que pensar en capearla de la mejor manera posible, sino preocuparse por la seguridad de la muchacha.

Dispuesto a hacerla abandonar el campo, subió rápidamente la escalera. Dolly avanzó hacia él con una chispa de alegría, bailándole en los azules ojos.

—¿Qué haces aquí? —le preguntó él, comenzando a tutearla, sin percatarse de ello a causa de la excitación.

—Esperándote —repuso ella, sin perder la sonrisa—. Dijiste que me ibas a traer al club... y he venido.

Aland apretó los labios para contener la maldición que tenía a flor de boca.

—¿Quién te dijo que podías encontrarme aquí? —la preguntó, apretándola ligeramente un brazo—. ¡Ah! Ya comprendo, Fue Wong, ¿verdad?

—Me dio un recado para ti y me aproveché de él —repuso Dolly, con una frescura que en otra ocasión le hubiese hecho reír.

Pero ahora no estaba para bromas. Stebbins estaría montando el cerco del establecimiento y urgía explorar el campo. No tenía la menor esperanza de que Dolly se marchase ahora que su fino olfato de periodista presentía la gran noticia flotando en el ambiente; pero no por ello dejó de intentarlo.

—Escucha —dijo, con acento persuasivo—: debes marcharte. Mi coche está...

—Sé perfectamente dónde está, porque te he visto llegar; pero no pienses que voy a perderme la noticia —miró al uniformado portero, que los contemplaba con curiosidad, y agregó—: Sé que Rourke está aquí y que venís a por él, ¿y quieres que me vaya? Ni lo sueñes siquiera.

—Dolly —rogó él—: por lo que más quieras, márchate. Dentro de unos minutos esto va a ser peor que un campo de batalla.

—Me encantan las batallas —aseguró ella, entornando los ojos.

Aland lanzó un bufido.

—Está bien—decidió—. Si te ocurre algo, no me echas a mí la culpa. Desde ahora mismo te digo que no sé si podré ocuparme de tu seguridad.

—No te preocupes por mí. Sé guardarme sola.

Se colgó de su brazo y ambos penetraron en el establecimiento. El bar era espacioso y estaba bien iluminado. El mostrador corría a lo largo del testero de la izquierda y era un prodigio de colores, formado por botellas, espejos y banderines. Las mesas estaban adosadas a la pared y no había ni una sola libre. Al fondo, vieron una especie de jardín, separado del bar por una gran mampara de cristales, a través de los cuales se percibía el brillo de los farolillos.

—¿Prefieres esto o el jardín? —preguntó Aland.

—El jardín está mejor para las parejas de enamorados —repuso Dolly.

—¿Qué somos tú y yo? —preguntó de nuevo Aland con cierto dejo burlón—. ¿O es que tienes miedo de que me aproveche de la oscuridad?

—Vamos al jardín—decidió Dolly.

—Sólo de paso. Mantén los ojos bien abiertos y dime si observas algo anormal.

Del bar se pasaba a una pequeña rotonda, más allá de la cual se alzaban los árboles que llegaban hasta la playa, ocupada por buen número de bañistas, a pesar de la hora. Multitud de bombillas multicolores coadyuvaban con los esfuerzos de la orquesta transmitida por varios altavoces, para hacer el lugar agradable. Dolly paseó la mirada por los alrededores.

—¿Quieres que nos bañemos? —propuso.

—Otro día —repuso Aland—. No puedo llevar la pistola colgada a la vista del público y estoy seguro de que voy a necesitarla.

—Mira —exclamó Dolly a su oído—: el depósito de botes.

—Al parecer, Wong no ha tenido secretos contigo—refunfuñó Aland.

—Era parte de la noticia que me dio para ti.

Aland no dejó de percatarse de que varios hombres vigilaban la buena marcha del negocio con el mayor disimulo. Otros ojos menos experimentados que los suyos los habrían tomado por clientes que paseaban su aburrimiento por los diversos departamentos del club; pero a él no podían engañarle.

—Vamos a movernos —dijo—. No quiero despertar sospechas.

En el bar de la playa realizaron una consumición. Luego pasearon por ella, acercándose al depósito de botes como al descuido.

Era una nave de poca altura, cuya pared de ladrillo estaba pintada de azul y blanco, cerrada por una amplia puerta de madera, de vaivén, por debajo de la cual penetraba el agua del lago. La luz de los faroles iluminaba plenamente el lugar, pero se difuminaba en penumbras y sombras hacia la parte posterior del depósito, y Aland se dijo que tal vez hubiese una puerta en aquella que permitiese la entrada y la salida.

Un hombre en mangas de camisa, provisto de una visera de celofán, se levantó al verlos acercarse.

—No se alquilan botes —repuso a la pregunta de Aland—. El servicio funciona solo de día. Es por los bañistas —explicó— Ha habido algunos accidentes debido a la oscuridad.

Los dos jóvenes se escurrieron hacia la playa. Esta se encontraba separada del depósito por un seto de un par de yardas de altura. Aland se escurrió a lo largo de él, llevando a Dolly de la mano, y, al llegar a la parte trasera de aquel, entreabrió la hojarasca, disponiéndose a observar.

La playa estaba casi desierta por aquel lado, demasiado alejado del centro; pero el alto seto acababa de aislar la trasera del depósito de miradas indiscretas. Estaba envuelta en sombras, y, como Aland supusiera, había una puertecilla en la pared.

Los dos jóvenes se miraron, comprendiéndose al instante. Vicent estaría allí y era preciso libertarle, antes de que Stebbins atacase.

—Espérame aquí, Dolly —dijo Aland—. Voy a...

—De ti no me despega ni un tractor —repuso ella—. Donde vayas tú iré yo.

Aland lanzó un reniego. Intentó convencer a Dolly de que podía ser un estorbo para él y solo consiguió que la muchacha se sulfurase. Al fin, convencido de que nada podría contra su tozudez, se dispuso a penetrar a través del seto; pero, de pronto, se contuvo, taladrando la penumbra ante él.

—¿Qué sucede? —cuchicheó Dolly a su oído.

—Se acercan dos hombres —repuso.

Dolly quiso avizorar también a través del seto, y Aland volvióse hacia ella, iracundo.

—¿Por qué no te portas como una buena chica y te largas? —le preguntó—. Estás haciendo ruido como para despertar a una marmota.

Evidentemente exageraba. Los dos hombres penetraron en el depósito de botes, sin percatarse de que eran espiados.

Aland se coló a través del seto, seguido por Dolly, y ambos se aplastaron contra la pared. No tuvieron que esperar mucho, porque no habían transcurrido siquiera dos minutos cuando los hombres aparecieron de nuevo ante su vista; pero ahora no eran dos, sino cuatro.

Aland retiró la cabeza, aguzando el oído. Detrás de él, Dolly procuraba aminorar los latidos de su corazón. Afortunadamente el guardia del depósito fumaba apaciblemente, sentado ante la puerta principal, sin percatarse de lo que sucedía al otro lado de aquel.

La voz de Vicent hizo acelerarse los pulsos de Aland, al comprobar que, al menos, estaba vivo aún.

—Están ustedes jugando con fuego—decía.

—Eso se lo cuentas a Rourke —repuso uno de los hombres—. Y procura convencerle, porque si no...

Su amenaza quedó flotando en el aire mientras se alejaban. Aland arriesgóse a sacar la cabeza, a tiempo de ver cómo un tercer forajido, que seguramente vigilaba de cerca a Vicent dentro de su encierro, penetraba de nuevo en el depósito.

Más allá de este, las siluetas de Vicent y sus guardadores comenzaban a difuminarse en la oscuridad.

Lo llevaban a presencia de Rourke, esto era evidente. Y el forajido no dudaría en decretar su muerte, ahora que Vicent conocía su guarida. Urgía, pues, actuar, porque cuando saliese de nuevo su compañero, camino de la muerte, serían más de dos los hombres que llevaría al lado para aplastar cualquier postrer intento de rebelión.

Una idea cruzó por su mente y se alegró de que Dolly estuviese con él.

—Ven conmigo—le dijo, tirando de ella.

Mientras avanzaban con silenciosa rapidez detrás de la triple sombra que caminaba ante ellos, Aland explicó a Dolly su plan en breves palabras.

—¿Te atreves a hacerlo? —preguntó luego.

—Claro que sí. ¿Por quién me has tomado?

—Pues vamos allá.

Dolly pasó su brazo bajo el izquierdo de Aland, y este la estrechó por la cintura, acercando su rostro al de la muchacha. Cualquiera que los hubiese visto en esta forma no habría dudado de que se trataba de una pareja de enamorados que huía de la aglomeración para cantar a solas endechas a la luna.

El ruido de sus pasos y de sus palabras llegó a oídas de uno de los rufianes que vigilaban a Vicent, que se detuvo en seco.

—Espera un momento, Connelly.

Este miró hacia atrás. Aland y Dolly estaban ya lo suficientemente cerca como para no equivocarse respecto a su actitud.

—Déjalos. ¿No ves que están en la luna?

La tensión llegó al máximo en Aland y la muchacha. Vicent, a su vez, concibió la idea de empezar a gritar; pero Connelly le metió la pistola en los riñones.

Aland y la muchacha no parecieron percatarse de la extraña actitud del grupo e hicieron ademán de penetrar por un caminito enarenado, lo cual devolvió la confianza a los dos “gangsters”.

—Sigamos —dijo Connelly.

Apenas les volvieron la espalda cuando Aland se inclinó hacia el oído de la muchacha.

—Ahora —dijo.

Estaban a diez yardas de los forajidos. Estos se volvieron de nuevo sorprendidos al escuchar la rítmica rapidez de sus pasos; pero no tuvieron tiempo para evitar el empujón. Connelly cayó de espaldas en el camino, impelido por el terrible impulso de Aland. El otro se tambaleó hacia la izquierda, pero fue suficiente para que los reflejos hiperestesiados de Vicent entrasen en acción al entrever una posibilidad de fuga.

De un puñetazo a la mandíbula completó la obra de Dolly, haciendo que los pies de Durban se despegasen del suelo. Al mismo tiempo, Aland, con un salto felino, cayó sobre Connelly, que se disponía a sacar la pistola, y le inmovilizó apretándole el cuerpo con las rodillas, hasta cortarle la respiración.

Las luces del edificio brillaban a cincuenta yardas de distancia.

Connelly intentó exhalar un grito de alarma, pero la mano de Aland se abatió ferozmente sobre su boca, y el forajido sintió el regusto salobre de la sangre.

—Calla o te bailo encima —gruñó Aland.

Vicent, por su parte, había dado buena cuenta de Durban, enviándole a la región de los sueños mediante el poco suave anestésico contenido en la culata de su propia pistola, y se acercó a Aland.

—Hola —dijo, simplemente—. Ya sabía yo que vendrías.

Entre los dos pusieron en pie a Connelly, mientras Dolly tomaba mentalmente nota de todos los incidentes, prometiéndose plasmarlos en un apasionante artículo que le proporcionaría la fama.

—¿Qué hacemos? —preguntó Vicent.

—Esperar solamente —repuso Aland—. Stebbins está al llegar con un centenar de hombres. ¿Cuántos son ustedes aquí, contando a Rourke?

Connelly no contestó a la pregunta. Vicent le dio con el cañón de la pistola en la barbilla, abriendo en ella una pequeña brecha con el punto de mira. Aland repitió la pregunta, y el forajido repuso:

—Doce.

—¿Está también Tuttle?

—Si —repuso Connelly, señalando hacia el edificio—. Rourke le atrapó en...

—¿Cómo que le atrapó? —preguntó Aland—. ¿No trabajan juntos?

—¿Juntos? —repuso el “gangster”. ¿Trabajaría un perro con un gato? Pues igual...

Un grito de advertencia de Dolly hizo volver su atención hacia Durban.

—¡Cuidado!

Ambos volvieron rápidamente la cabeza, viendo al forajido que se alejaba a gatas. El grito de Dolly le previno de que había sido descubierto y se puso en pie, emprendiendo veloz carrera; pero Vicent saltó sobre él, derribándole otra vez al suelo. Luego lo arrastró hacia el grupo, mientras Durban pataleaba rabiosamente.

—Es peligroso seguir aquí, Aland. Tenemos que llevarlos a algún sitio. El mejor es donde yo estaba encerrado.

Aland fue de la misma opinión, y entre los dos empujaron a los prisioneros hacia la puerta trasera del depósito de botes.

—Hay otro dentro —murmuró Vicent.

—Connelly —dijo Aland—: si quiere hacer méritos, llámele.

Aquel vaciló un instante, pero debió pensar que todo estaba perdido y solo quedaba procurar salir lo mejor librado posible.

—Rocky —llamó—: sal un momento. Soy Connelly.

—Pegaos a la pared —ordenó Aland.

El aludido no tardó en aparecer en el quicio de la puerta, para recibir un terrible golpe entre los ojos que le hizo venir al suelo.

—Cogedle y adentro —ordenó Aland a sus compañeros.

Estos obedecieron la orden, apoyada por la contundencia de las pistolas. El cuarto donde llevaron a Connelly era pequeño, estrecho y carente de comodidades. Los dos agentes dejaron a los tres “gangsters” encerrados en él, tras comprobar que no tenía más salida que la puerta, y cerraron esta con llave.

Aland fue el primero en dirigirse hacia la salida del depósito, seguido por Vicent y Dolly, pero no llegó a franquear la puerta.

—Alguien viene —dijo—. Rourke debe estar impaciente.

En la oscuridad del depósito de botes esperaron la llegada del nuevo “gangster”, que no tardó en hacer su aparición. Aland le enfocó de pronto con la linterna, al mismo tiempo que su pistola y la de Vicent se clavaban en los riñones del forajido.

—Adelante, amigo. Y no ponga esa cara. Puede asustar a las damas.

El tabuco era incapaz de contener a los cuatro hombres, pero no hicieron el menor caso de sus protestas. Ahora estaban armados con dos pistolas cada uno, sin contar con la que llevaba Dolly, y se sentían del mejor humor del mundo.

—Si tarda mucho Stebbins se encontrará todo el trabajo hecho —dijo Vicent.

—Vamos fuera —repuso Aland—. Me preocupa lo que pueda sucederle a Tuttle. Rourke se vengará en él de una manera terrible.

—Así nos ahorrará un trabajo.

A pesar de todo, avanzaron hacia la casa adoptando precauciones. Afortunadamente, los setos eran lo bastante altos y tupidos como para ocultarles, y pudieron llegar a escasa distancia del edificio, en el mismo instante en que dos automóviles se detenían ante la puerta.

Los agentes se miraron perplejos.

—¿Qué te parece eso? —preguntó Vicent.

—Que Tuttle va a dar un paseo.

Pero Aland se equivocaba. Lo presintió al sentir el ahogado estampido de un disparo, que pareció llegar del interior del club, mezclado con el ruido de la música y de las conversaciones. Para

cualquiera poco acostumbrado habría sido fácil de confundir con el ruido producido por una botella de champán al ser descorchada; pero a ellos no les engañó.

—Parece un disparo —dijo Aland.

No tuvieron más que mirarse para comprenderse. Los dos pensaban que tal vez aquel fue destinado a Tuttle; pero ¿por qué se arriesgaban a matarle dentro de la casa?

La mortecina lucecita que iluminaba la puerta de salida del club apagóse de pronto. Aland sintió un extraño desasosiego, y los nervios de Dolly, a punto de explotar, encontraban un sedante en la fuerza con que apretaba el brazo del agente.

—Vicent: córrete hacia la izquierda —ordenó este—. Mucho me temo que...

No pudo terminar. La casa comenzó de pronto a vomitar hombres, que subían precipitadamente a los coches. No cabía duda de que, por el procedimiento que fuese, tenían noticias de la trampa que se cerraba sobre ellos.

—¡Dispara, Vicent! ¡Dispara! —gritó Aland, uniendo la acción a la palabra—. ¡Y tú también, Dolly!

Las cinco pistolas vomitaron fuego a la vez sobre la puerta del club, sembrando la muerte y la desolación entre los aterrados forajidos. En la situación en que se encontraban debieron creer que toda la Policía de la ciudad estaba ya diseminada por los jardines y dependencias del club y procuraban huir de la muerte que les llegaba de la oscuridad como Dios les daba a entender.

Unos se protegieron detrás de los coches; otros entraron de nuevo en la casa. Dos de ellos, enloquecidos, corrieron hacia Aland, que disparó velozmente sobre sus sombras, derribándoles al suelo.

La orquesta cesó de sonar, y una terrible algarabía producida por las preguntas consternadas de los clientes, el caer de muebles y cristales al ser destrozados por las personas que buscaban un refugio seguro, y los gritos de las mujeres, acabaron de infundir el pavor en el ánimo de los rufianes.

Nadie pensó en resistir, sino en buscar la huida a toda costa. Ni la serenidad de Rourke fue capaz de contener a sus hombres, que procuraban mezclarse con los clientes para pasar inadvertidos.

Los percutores de las pistolas cayeron al fin en el vacío. Aland pidió al Cielo que Stebbins hubiese oído el estrépito del tiroteo.

—¡Atrás! —ordenó—. ¡Atrás!

Al cesar de tronar los disparos, Rourke se percató de que aún podían tener una esperanza de salvación, y abriendo la portezuela del vehículo donde se encontraba arrojó a la calzada el cadáver del

conductor, ocupando su lugar.

—¡Callagham! —llamó—. ¡Callagham! ¡Salta al coche!

El poderoso “Cadillac” se puso en marcha, enfilando el estrecho camino que conducía a la carretera. Aland y Vicent le vieron partir con las mandíbulas contraídas.

—¿Irá Rourke en él? —preguntó Dolly.

—Me temo que sí.

Pero nada podían hacer, y de nuevo se escurrieron hacia el depósito de botes, para evitar la fuga de los cuatro forajidos enjaulados en él.

\* \* \*

Una vez en la carretera, Rourke pisó el acelerador. Detrás de él, Callagham, herido, sosteniendo la pistola en la mano derecha, se apoyó en el respaldo del asiento.

—¿Crees que podremos escapar? —preguntó, con voz ronca.

Rourke no contestó. Se estaba preguntando si había conseguido salir del cautiverio para caer en las garras de la muerte. Tuttle no volvería a molestarle más; pero o mucho o se equivocaba o la muerte del abogado era la última que podría cargar a su cuenta la Justicia.

La luz de los faros iluminaba la carretera, dejando atrás los árboles a una velocidad de vértigo. Callagham miraba hacia adelante, con los ojos desorbitados por la ansiedad, en contraste con la serenidad que se reflejaba en el rostro de su compañero.

No fueron muy lejos. Escasamente a media milla del club los faros envolvieron la figura de un policía que les hacía señas para que se detuviesen. Lejos de obedecerle, Rourke pisó a fondo el acelerador, y aquel saltó grotescamente hacia un lado; pero apenas lo habían rebasado cuando una serie de disparos sincronizados sonaron a su espalda, acompañados por el agudo pitido de un par de silbatos.

—Corre; corre más—apremió Callagham.

El auto volaban sobre el asfalto, pero la segunda línea de agentes que estrechaban lentamente el cerco de El Pato Verde estaba ya prevenida. Rourke vio de pronto la carretera obstruida por un automóvil cruzado en ella. No había nadie junto a él, pero el forajido estaba seguro de que los agentes se encontraban agazapados a ambos lados de la carretera, esperando poder disparar sobre ellos con plena seguridad de hacer blanco.

—No les daré ese gusto —masculló.

Callagham, perdidas las fuerzas, se derrumbó en el suelo del automóvil. La carretera se deslizaba sobre un pequeño desnivel del terreno, a la derecha del cual cabrilleaban las aguas del lago Michigan. Cuando el “Cadillac” llegó a cincuenta yardas del obstáculo comenzaron a sonar los disparos. Rourke sintió el crujido de los cristales al ser astillados por los proyectiles, y no dudó más.

De pronto hizo girar el volante vertiginosamente. El vehículo dio media vuelta sobre sí mismo, luego rebotó sobre el asfalto, y, al fin, impelido por la mano del forajido, saltó fuera de la carretera, como un caballo encabritado, perdiéndose en la sima.

Los agentes abandonaron sus refugios y se acercaron corriendo al borde del barranco; pero solo alcanzaron a oír el ruido sordo producido por el vehículo al hundirse en el lago. Las gotas de agua que llegaron hasta ellos parecían llevarles el anuncio del fin de Rourke.

\* \* \*

La redada fue completa. Doscientos agentes estrecharon inexorablemente el cerco sobre el establecimiento, hasta quedar casi pegados codo con codo, formando una tupida red imposible de salvar.

Sólo entonces otra veintena, acaudillados por el inspector Stebbins, entre los cuales se encontraban Vicent y Aland, que se habían unido a ellos, se dedicó a cazar a los forajidos, sacándolos de sus madrigueras y de entre los clientes, donde intentaban pasar inadvertidos.

Otros, que intentaron salvar el cerco, cayeron en manos de los agentes que vigilaban todos los accesos al club.

Luego, Stebbins, con los dos y Dolly, bajó al despacho de Callagham, donde encontraron a Tuttle muerto de un disparo.

—Bueno —dijo el inspector—. Esta es la confirmación de que Rourke y él no trabajaban juntos.

El registro efectuado en el despacho de Callagham fue bastante afortunado y les permitió enterarse de cuál era el puesto que ocupaba en la cuadrilla cada uno de los forajidos capturados, así como los planes que el pequeño delincuente tenía acerca de Rourke.

En casa de Tuttle pudieron adquirir valiosas noticias acerca del asunto que investigaba el inspector Riley cuando le sorprendió la muerte. Fue en el despacho del abogado, celosamente guardada en la caja fuerte, donde encontraron la identidad del miembro de la comisión para el cual trabajaba aquel, que fue inmediatamente

detenido en su domicilio por el inspector-jefe en persona.

Un coche esperaba a la puerta de la casa del abogado para conducirlos a Jefatura. Tuttle no podría explicar muchas cosas, pero poseían datos suficientes para rellenar todas las lagunas, y los forajidos de Callagham aportarían el resto de los detalles.

Stebbins había salido de estampía en cuanto se enteró del nombre del miembro de la comisión de compras que había defraudado la confianza puesta en él por el Gobierno, de forma que Vicent tomó el volante del coche, mientras Aland y Dolly se acomodaban en el asiento posterior del mismo.

Estaba amaneciendo y la ciudad volvía a recuperar el pulso perdido durante la noche. Vicent volvióse hacia ellos y preguntó:

—¿Adónde vamos?

—Tenemos que dejar a Dolly en su domicilio —repuso Aland—. Después, a Jefatura.

—¡Vaya horas de llegar a casa una muchacha decente! —comentó la periodista—. Cualquiera que me vea creerá que vengo de correrme la gran juerga.

—Cuando lean mañana los titulares de “El Globo” saldrán de su error. Este es tu gran éxito, Dolly.

—¿Lo crees así? —preguntó ella, sonriente—. Yo creo que he conseguido otro mayor aún.

—¿Cuál? —preguntó Aland, sorprendido.

—Enamorar a un agente del F. B. I. que presume de duro —repuso ella, con una sonrisa.

Aland estiró el cuello. Luego preguntó:

—¿Hay... reciprocidad?

—Prueba a ver.

Era cuanto Aland necesitaba. Sin pensarlo dos veces estrechó a Dolly entre sus brazos y fue a besarla en los labios; pero cuando levantó los ojos ligeramente vio la mirada de Vicent, burlonamente fija en ellos.

Aland frunció el ceño, soltó a la muchacha e inclinándose hacia adelante dio la vuelta al espejo retrovisor. Luego dejóse caer de nuevo en el asiento.

—Así está mejor —dijo—. Vicent: procura no distraerte. El tráfico comienza a aumentar.

Su compañero se puso a silbar alegremente, con los ojos fijos en la calzada. Los de Aland, por el contrario, estaban mirándose en los de Dolly Maxwell, radiantes de satisfacción.

FIN

# COLECCIONES DE EDITORIAL ROLLAN

¡LA EDITORIAL DE LOS EXITOS!

## NOVELISTAS DE HOY

Obras inéditas de gran altura literaria, por autores de fama internacional, con una presentación exquisita.

Publicación semanal — 5 Ptas.

## Aventuras del F. B. I.

Serie de cuadernos infantiles, con dibujos maravillosos, reflejando las arriesgadas misiones de dos agentes especiales del F. B. I.

Publicación quincenal - 1'25 Ptas.

## EXTRA DEL OESTE

Colección de inigualables novelas sobre los escalofriantes hechos sucedidos en el Far-West americano, con románticas escenas de amor.

Publicación semanal — 5 Ptas.

## PROEZAS

Nuevo género novelístico que ofrece emocionantes aventuras y realistas pasiones humanas, por autores de fama reconocida.

Publicación semanal — 5 Ptas.

## PEPOTE

Magnífica y original revista de humor para MAYORES, impresa a todo color con la colaboración de los mejores dibujantes humoristas.

Publicación quincenal — 2 Ptas.

## JEQUE BLANCO

Única serie de cuadernos infantiles, soberbiamente dibujados, narrando la peligrosa vida de un agente secreto norteamericano por todas las partes del mundo.

Publicación quincenal - 1'25 Ptas.

**F. B. I. ¡LA COLECCION SIN RIVAL !**

5 PESETAS